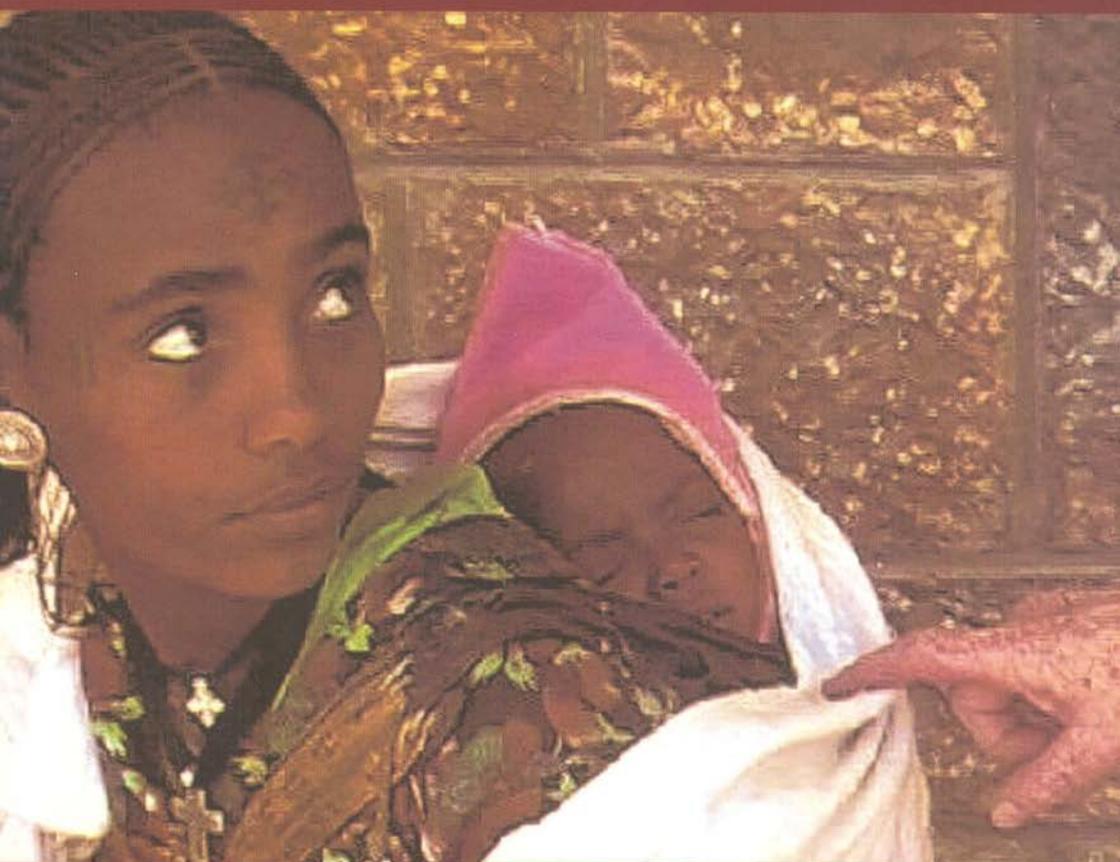


TOMÁS MARTÍ HUGUET

UNA MIRADA ETÍOPE



FLOR DEL VIENTO
Ediciones



El bello testimonio de un
oftalmólogo comprometido
en tierra seca

Tomás Martí Huguet

UNA MIRADA ETÍOPE



FLOR DEL VIENTO EDICIONES

FLOR DEL VIENTO EDICIONES, S. A. Barcelona, España
Director literario: Ramón Serrano Balasch

UNA MIRADA ETÍOPE
Primera edición: febrero 2001
Segunda edición: septiembre 2006

Ha cuidado la producción
de este libro OCTAEDRO

Los derechos de autor de esta obra serán íntegramente dedicados
a la financiación de obras sociales de «Proyecto Visión» en Etiopía

© Tomás Martí Huguet
© Paco Lobatón por el prólogo
© FLOR DEL VIENTO EDICIONES, para la presente edición
Cubierta de Loni Geest

Quedan reservados los derechos, incluidos los de reproducción,
total o parcial, bajo cualquier modalidad o soporte

Depósito legal: B - 26.829 - 2006
ISBN: 84-89644-56-X
Impreso en España - *Printed in Spain*

Índice

Traductor de miradas, prólogo de Paco Lobatón	9
Addis Abeba	11
Makallé	15
La clínica	19
El tracoma	21
La cirugía	27
Proyecto Visión	31
El lazareto ciego	35
La caravana de la sal	37
Wukro	39
La misa etíope	43
Gergist	49
La cultura tigrina	51
La corneta	55
La clínica de malnutrición	57
Invierno de 1985	61
El desierto de la pobreza	65
La foto perdida	71
El guardián	75
El negocio de Zenewe	77
Las mujeres en el Tigré	81
Las hermanas de Calcuta	87
La fábrica de piernas	91
Un paseo con Johnatan	95
Las escuelas	99
El lago Tana	101
El humo del Nilo	107
Los falasha	111
Una cena en casa de Haftu	115
Rastafaris	119
El hospital de Makallé	121
Vuelo 534 a Francfort	125
De nuevo la guerra	127
Una mirada etíope	133

Una historia maldita	135
Una mirada de esperanza	141
Epílogo: Diez años después	141

Para *sister Margaret* y Ángel, que viajaron mucho más lejos.
Para Cuca, Pilar y Viky, compañeras de viaje.
Para Gergist, donde quiera que se encuentre.

Traductor de miradas

Que el origen del hombre esté en África y que en África esté el paisaje más desolador del hombre como especie, es la más lúcida y cruel constatación de las páginas que siguen. El libro, a través de un ejercicio de observación directa, libre de prejuicios, nos sitúa ante tan dramática paradoja. Todo un alegato acerca del lado más oscuro de la globalización en curso. Una crónica que sin pretensiones ensayísticas, anota con rigor los datos de la realidad descrita –la de Etiopía, especialmente la de la región de Tigré–; y sin veleidades literarias dirige su foco con extraordinaria sensibilidad hasta el más estremecedor detalle de un entorno de pobreza extrema, de supervivencia al límite. Siendo todo esto muy valiosos en sí mismo, lo es más aún, en mi opinión, que su autor –Tomás Martí Huguet– no sea un viajero romántico, ni un periodista aventurero, sino un oftalmólogo que desde hace años dedica su tiempo de vacaciones a trabajar curando los ojos enfermos de los etíopes. Tomás, junto a otros médicos y enfermeras, forma parte de una ONG llamada «Proyecto Visión» que ha devuelto la luz a miles de etíopes víctimas de cataratas, glaucomas, infecciones, tracomas y otras enfermedades provocadas por la climatología de la zona, pero, sobre todo, por las condiciones de vida de esas gentes, muchos peldaños por debajo de lo que consideramos entre nosotros infrahumano. En contra de lo que caracteriza a ciertas ONG, «Proyecto Visión» ha trabajado con una extraña discreción y una ausencia casi total de burocracia. Los equipos desplazados a Etiopía se han pagado sus billetes de avión y sus gastos de estancia, todo, y, además, cada vez que han vuelto lo han hecho aportando cuanto han podido en material médico y en regalos.

Tomás no ha querido quedarse con lo vivido para sí, sino que, con el mismo delicado pulso con el que le imagino manejando el material quirúrgico, se ha sentado ante el ordenador a transcribir emociones y reflexiones. De todas ellas, una tiene fuerza de síntesis esclarecedora y, al tiempo, de declaración de intenciones: *«Aunque es un abismo, no es tanta la diferencia entre la pobreza y la riqueza: apenas ocho horas de vuelo, apenas cincuenta años de historia»*. Consecuente con su propia reflexión, Tomás pone en nuestras manos un verdadero salvoconducto para emprender desde nuestra propia casa el viaje a África, a Etiopía, a la dolorida región de Tigré.

De su mano podemos conocer a *sister Margaret* y a *Ángel*, infatigables misioneros de la causa humanitaria, dedicados en cuerpo y alma a curar, antes que las almas, los maltrechos cuerpos de los habitantes de este rincón olvidado del planeta. Nuestro guía nos desvela uno a uno sus descubrimientos, sus miedos, su momentánea desesperación ante el peso insoportable de la miseria y el apabullante dominio del sufrimiento. Con él somos testigos de la resignación y de la dignidad con la que sobreviven las víctimas de esta situación sin apenas otro horizonte que el de la ayuda humanitaria. A su lado, estamos en condiciones de salvar la aparentemente infranqueable barrera del idioma, para descubrir en la *mirada etíope* de una joven madre o en la de un niño prematuramente ciego, ojos que hablan, que nos hablan. A través de estas memorias, Tomás incorpora a su oficio de oftalmólogo una dimensión nueva y singularmente bella: la de traductor de miradas. Por eso leyéndole escuchamos las voces de los que no tienen voz, y aprendemos a mirara el mundo de otra manera. Si el problema no está tan lejos —ni geográficamente, ni en el tiempo— la solución tampoco tiene por qué estarlo. Está en nuestras manos hacer algo, pasar a la acción. La llamada sociedad civil, es decir, la sociedad de las personas cada vez más y mejor organizada en redes de solidaridad, es la única —y puede que también la última— esperanza de que los Gobiernos de los países ricos y las grandes agencias internacionales den una oportunidad verdadera a las tantas veces expoliada África. El corazón de sus hombres y mujeres sigue latiendo con el aliento de esa esperanza. Sus ojos claman silenciosamente un viejo sueño de paz y libertad. Éste es el desafiante horizonte que nos sugiere el relato de un médico solidario que hace tiempo traspuso la distancia que separa las palabras de los hechos y ha sabido ahora expresar en palabras esos hechos. Es nuestro turno ahora: escuchémosle.

PACO LOBATÓN

Addis Abeba

Eran las ocho de la tarde cuando el avión aterrizó en el aeropuerto de Addis Abeba. Durante horas habíamos volado a baja altura hacia el sur, divisaando por la ventanilla del avión la línea plateada del Nilo que brillaba a la luz del atardecer franqueada por el desierto. Bruscamente, entramos en una densa masa de nubes y cuando salimos era completamente de noche.

Viajaban conmigo otros dos médicos oftalmólogos y dos enfermeras formando un grupo organizado por la ONG «Proyecto Visión». Nuestro destino final era la población de Makallé, la capital del Tigré, una región del norte de Etiopía en donde la organización tenía, desde el final de la guerra civil etíope, un dispensario y un quirófano en los que se atendían los numerosísimos casos de ceguera de la zona.

La destartalada terminal del aeropuerto internacional de Bole se encontraba iluminada únicamente por unos pocos fluorescentes y un gran cartel luminoso de Pepsi Cola que te daba la bienvenida a Etiopía. Al fondo de la estancia había dos garitas para el control de los visados y pasaportes. Frente a ellas se dispusieron en dos largas hileras los pasajeros de nuestro avión. Después de hacer cola durante unos quince minutos apenas habíamos adelantado unos pocos metros, así que movido por la curiosidad, me salí de la fila y me acerqué a las garitas para intentar entender el motivo de la demora. El control de pasaportes era atendido por dos chicas de aspecto agradable e inteligente que hablaban un correcto inglés; el problema era que entre las dos sólo tenían un bolígrafo. Mientras una llenaba los impresos de admisión en el país, la otra simplemente esperaba a que su compañera acabara para recibir el bolígrafo desde la otra garita y poder realizar a su vez los trámites correspondientes. Me acerqué a una de las azafatas y le ofrecí mi bolígrafo. A partir de ese momento las colas avanzaron rápidamente. Al llegar nuestro turno, y una vez hubo estampado el sello de entrada en mi pasaporte, la azafata me devolvió el documento junto con el bolígrafo. Cuando le dije que podía quedarse con él me obsequió con una sonrisa, una de esas sonrisas que, mirándote a los ojos, te regalan las gentes de Etiopía y que tan familiares me resultarían al final del viaje.

Addis Abeba (en lengua etíope significa «Nueva Flor») fue fundada por el gran emperador Menelik II a finales del siglo pasado con la intención de modernizar y unir el país. A pesar de estar situada en un bello paraje a 2.400 metros de altura y rodeada por verdes colinas es, a primera vista, una ciudad desamparada y sucia. Está formada por miles de barracas de techo de uralita, con apenas algunos edificios importantes que corresponden a hoteles o a antiguos palacios de los monarcas. A diferencia de otras ciudades africanas, que fueron administradas durante años por potencias occidentales, carece de construcciones coloniales y apenas tiene edificios modernos, debido probablemente a las guerras que han assolado el país durante los últimos 30 años.

Aquella noche, tras pasar sin demasiados problemas la aduana con cerca de 400 Kg de material médico, Addis me pareció la ciudad más triste del mundo. Con dos furgonetas conducidas por sendas religiosas misioneras atravesamos la ciudad oscura, sin asfaltar, sin semáforos, apenas iluminada por algunas bombillas y las luces de los pocos coches que a esta hora circulaban. En las esquinas: mendigos, prostitutas, gente durmiendo en las aceras y miseria.

Sin embargo, cuando uno tiene la oportunidad de pasar algunos días en la ciudad, se da cuenta de que detrás de su fachada tercermundista y de extrema pobreza, Addis tiene un especial atractivo. El aire es limpio y lleno de aromas. Una luz especial, que probablemente se debe a la altura, baña la ciudad repleta de eucaliptos. El olor a café, especias, incienso, excrementos y humo lo abarca todo e inunda las calles repletas de gente y de vida. Un tráfico frenético de coches destartalados, sin apenas neumáticos, que circulan esquivando los baches, las bicicletas, los niños y los asnos cargados de sacos.

En Addis, contemplar la calle desde un lugar discreto es siempre un espectáculo fascinante. Un buen puesto de observación, donde la gente se concentra diariamente y el pulso de la ciudad es más perceptible, es en las proximidades del Mercato. Allí, en un colosal caos de ruidos, colores, olores y vida parece que todo el mundo acepta unas reglas tácitas y logra entenderse sin que surjan conflictos.

De los megáfonos colocados en lo alto del alminar de una mezquita cercana brotan quejumbrosos los versículos, apagados por las estridentes notas de la música etíope, que emite distorsionada un enorme altavoz propiedad del bazar de electrodomésticos de la esquina, y por los continuos bocinazos de los coches que no parecen inmutar a la multitud que invade la calzada desbordando las aceras. Sobre un pequeño y desvencijado coche, un verdadero prodigio de la mecánica, pintado de

azul y blanco (los colores de los taxis de Addis), unos muchachos sujetan con cuerdas ¡cinco enormes ataúdes!.

En una esquina, varios hombres negocian la venta de un gallo vivo. Sujeto por las patas, el animal viaja de mano en mano a velocidad de vértigo, hasta que finalmente se llega a un acuerdo y uno de ellos se aleja con el ave no sin antes haber puesto en la mano del vendedor un fajo de billetes sucios y arrugados. Sentados de cuclillas en las aceras, largas filas de niños asan en pequeños braseros mazorcas de maíz que ofrecen a los transeúntes. Limpiabotas, vendedores de baratijas, barberos y artesanos ocupan las aceras. Comerciantes incansables intentan llamar la atención de la gente frente a sus paradas repletas de artículos de plástico, comida, ropa usada o cualquier cosa imaginable. Santones cargados de estampas y cruces piden limosna mientras recitan monótonamente versículos y oraciones que son ahogadas por el parloteo de las mujeres, los gritos y las risas de los niños y las voces de los vendedores que pregonan su mercancía. Decenas de hombres, a la sombra de improvisados toldos, cosen velozmente a mano o confeccionan vestidos con viejas máquinas de coser. Las paradas y tenderetes, precariamente contruidos con lonas, piedras y ramas de árboles, forman un auténtico laberinto de pasadizos que albergan todo un universo de mercancías y animales. El Mercato de Addis, antaño el mayor mercado al aire libre de África, es sin duda un formidable espectáculo y una buena forma de tomar contacto con el país y sus gentes.

Pasear sin prisas por las calles de Addis, en donde se encuentran personas llegadas de todos los rincones de Etiopía, tiene, además, el aliciente de poder observar con detalle a la gente que pasa y descubrir la inmensa riqueza étnica de este maravilloso país.

Los etiopes, hombres y mujeres, son particularmente atractivos. Tienen el rostro ovalado con las facciones de líneas suaves y armoniosas. Su nariz recta y delgada y sus labios finos delatan sus raíces semíticas. Su tez es oscura pero algo más clara que la de las razas del centro de África. Tienen una boca grande y expresiva, de sonrisa fácil, en la que destacan unos dientes blanquísimos. Su pelo es rizado; las mujeres lo llevan recogido hacia atrás o trenzado formando vistosos peinados, mientras que los hombres lo llevan muy corto lo que resalta su frente ancha y despejada, sobre la que muchos ostentan una cruz tatuada como símbolo de su religión. En las sienes, junto a los ojos, algunos presentan unas muescas longitudinales y paralelas que sus padres les hacen al nacer intentando prevenir las enfermedades de los ojos tan comunes en Etiopía. Son altos, delgados y de huesos largos y finos. Caminan erguidos y con la barbilla alta incluso cuando transportan pesa-

dos recipientes sobre la cabeza. Las mujeres, con una elegancia innata, trasladan a los niños sujetos con un lienzo atado a la espalda. De la misma forma, las niñas de 8 o 10 años cargan con sus hermanos pequeños, entrenándose así en la dura tarea de ser madres.

Como en otros lugares de África, los etíopes cuentan las horas a partir de la salida del sol, hecho que se produce sin apenas variaciones a las 6 de nuestro horario. Así pues, cuando un etíope te dice que el autobús que esperas pasará a las 4, quiere decir que el horario previsto es a las 10 de nuestro reloj. (Otra cosa es que el vehículo lleve cierto retraso y aparezca en la estación diez horas después de la salida del sol).

La mayoría son cristianos ortodoxos que conviven sin problemas con los musulmanes y algunos judíos: los Falasha, tribu que practica el judaísmo desde tiempo inmemorial, y cuyos ritos milenarios parecen indicar que descienden directamente de los primitivos judíos huidos de Egipto. Los católicos forman una pequeña minoría de la población, relacionada de alguna manera con las numerosas órdenes religiosas occidentales, que ejerce una gran influencia en la enseñanza y en la sanidad.

Se rigen mediante el Calendario Juliano, formado por 12 meses de 30 días y un decimotercer mes de 5 o 6 días dependiendo del año, cuyo primer día corresponde a nuestro 11 de septiembre. Discrepando también en la fecha del nacimiento de Cristo, el número del año en Etiopía es 8 años menor al número que utilizamos en occidente.

Makallé

La primera vez que uno aterriza en el aeropuerto de Makallé, tiene la sensación de llegar al fin del mundo. Al final de la pista de tierra se encuentra la terminal: un barracón polvoriento con el techo de uralita, en cuyo interior parece no haber transcurrido el tiempo. En una esquina, sentados en el suelo, sestean unos mozos espantando las moscas con la ayuda de una rama. De un barracón vecino, que hace las funciones de bar, llegan las notas monótonas de la música tigrina y un intenso aroma a café.

Los pasajeros que esperan para embarcar en el avión en el que acabas de llegar se encuentran en el exterior, ocupando una especie de patio que resulta muy agradable para los que consiguen sentarse en una de las piedras que quedan a la sombra de los tres o cuatro árboles existentes.

Los «aseos» merecen una descripción aparte. Se trata de unos agujeros en el suelo que recuerdan vagamente a los antiguos retretes de las estaciones de ferrocarril, pero sin agua corriente. Separado por un tabique hay una especie de lavabo agrietado y reparado con un poco de cemento. Del grifo roto evidentemente no sale una gota de agua. En su lugar, a la derecha, hay un bidón metálico medio lleno de un líquido que recuerda el agua, aunque evidentemente no es incoloro ni inodoro y sospecho que tampoco insípido. Atravesando el techo pende un tubo de goma del que probablemente, cuando llueve, se obtiene el suministro necesario para llenar el bidón.

Tras recuperar todo nuestro material y comprobar que no faltaba nada salimos al exterior donde nos espera sonriente *sister Margaret*.

Allí, de pie junto a su viejo jeep, agitando los brazos a modo de bienvenida, con su toca al viento y rodeada de una nube de polvo, «la *sister*» es exactamente igual que como me la habían descrito.

Margaret, «la *sister*», es una monja irlandesa de unos 60 años. Alta, fuerte, enérgica, con el cabello blanco y la cara llena de pecas, los ojos de un azul intenso, la sonrisa cómplice y el ademán decidido, saluda efusivamente a los miembros de anteriores expediciones, a los que ya conoce, y luego se dirige hacia mí dándome la bienvenida.

Ella es la fundadora y el alma de la *St. Louis Eye Clinic* de Makallé, uno de los dos centros de atención oftalmológica que existen en el Tigré (con una extensión y población similar a Cataluña).

Indiferente a la guerra, los cambios políticos, las hambrunas y las calamidades que han assolado la región en los últimos años, «la *sister*» ha permanecido en el país formando una comunidad junto a otras tres monjas nativas, que dirigen una escuela, y una australiana que lleva un dispensario en el que se atiende a los niños afectados de malnutrición.

Con el vehículo todoterreno de «la *sister*», seguido de otra furgoneta que lleva nuestro material, nos dirigimos hacia la ciudad por una pista polvorienta a través de un territorio llano, árido y desolado. No es posible distinguir ni un sólo árbol donde alcanza la vista, únicamente piedras y polvo. En la cuneta divisamos algún coche viejo abandonado, y un poco más allá restos de trincheras y algún carro de combate destripado, testigos mudos de la guerra civil que ha padecido Etiopía durante 17 años.

Etiopía es uno de los pocos países de África que ya poseía identidad propia e independencia política antes de la II Guerra Mundial. Sometida a una monarquía feudal, permaneció, durante siglos, aislada del resto del mundo a excepción de la influencia ejercida por Portugal en el siglo XVI, y de los intentos de ocupación por parte de los Italianos a finales del siglo XIX.

Ha mantenido intactos hasta hoy su cultura, religión y costumbres debido al carácter orgulloso e indomable de sus gentes, en consonancia con una accidentada orografía formada por abruptas montañas y elevadas mesetas.

El último emperador etíope, Haile Selasie, gobernó desde 1930 hasta 1974 con la breve interrupción producida por la invasión de las tropas de Musolini durante la II Guerra Mundial. Haile Selasie obtuvo para Etiopía cierta consideración internacional, y con la ayuda de las potencias occidentales logró anexionarse Eritrea, que hasta la segunda gran guerra había sido una colonia italiana. A pesar de sus reformas constitucionales, más aparentes que reales, Haile Selasie permaneció ajeno a los cambios que durante la segunda mitad del siglo se produjeron en los demás países de África y tuvo que enfrentarse a numerosas revueltas. El desgaste producido por la guerra contra los grupos guerrilleros eritreos, que deseaban la independencia de su región, junto con la hambruna que afectó el Tigré y el norte de Etiopía en 1973, que contrastaba con la fastuosidad y riqueza de la corte imperial, acabó por desestabilizar su gobierno. El 12 de septiembre de 1974 fue derrocado por un golpe militar y confinado a una base militar donde murió un año más tarde.

Tomó entonces el poder un Comité Supremo de las fuerzas Arma-

das (DERG), de tendencia socialista, que se encontró con un estado empobrecido y hambriento, acosado por los movimientos independentistas eritreos en el norte y la sublevación del Ogaden (alentada por Somalia) en el sur, así como por los partidarios de establecer una verdadera democracia.

A todos estos problemas se añadieron las luchas intestinas en el seno de la propia junta que tuvieron como consecuencia la caída de su primer presidente Michael Andom (ejecutado en noviembre del mismo año), y el asesinato en 1977 de Teferi Benti que le había sucedido en la dirección de la junta.

Surgió entonces un nuevo hombre fuerte, el coronel Mengistu que viajó a Moscú donde obtuvo armas y ayuda militar para combatir a la guerrilla que en el sur había llegado ya a las puertas de Harar y amenazaba seriamente la unidad de Etiopía.

Mengistu, de formación marxista, inició en 1978 una auténtica purga de todo el que se opusiera a sus ideas radicales. Addis fue dividida en Kebeles o distritos bajo control de unos comités populares que se dedicaron a la caza y captura de todos los opositores. Las personas que vivieron en Addis durante este terrible periodo de la reciente historia de Etiopía lo recuerdan como un auténtico reinado del terror. Entre tres y cinco mil personas murieron ejecutadas en tres meses, sin distinciones entre monárquicos, maoistas o demócratas. Mengistu, dueño por fin de la situación, dedicó entonces su atención a la guerra del sur y contraatacó con la ayuda de rusos y cubanos recuperando el territorio perdido y llegando a un acuerdo fronterizo con Somalia.

En el norte, la guerrilla independentista eritrea, tras 16 años de conflicto, dominaba prácticamente la totalidad del territorio a excepción de las cuatro ciudades más importantes. De ideología marxista e independentista, los eritreos habían recibido durante años ayuda e instrucción militar de Cuba en su lucha contra Haile Selassie pero, por una de esas paradojas de la guerra fría, en pocos meses los cubanos abandonaron a la guerrilla eritrea para colaborar en su represión con el régimen de Mengistu, que a lo largo de 1978 consiguió reconquistar parte del territorio y rechazar de nuevo a la guerrilla hacia las montañas.

Desde 1975, el régimen de Mengistu tenía además un nuevo enemigo: el Frente de Liberación del Tigré (TPLF). El Tigré, un territorio vecino de Eritrea al que le unían grandes afinidades culturales e idiomáticas, cuna del antiguo imperio etíope, se había alzado en armas, apoyado por los guerrilleros eritreos, para exigir del gobierno de Addis la autodeterminación de la región y una mayor atención a su terrible situación de pobreza.

En la década de los ochenta, África se convulsiona víctima de una

feroz sequía y de numerosas guerras locales, en las que dictadores corruptos apoyados por potencias occidentales se relevan sucesivamente en los diferentes países sembrando el continente de hambre y destrucción. En Etiopía la guerra parece inacabable y la guerrilla permanece en sus reductos montañosos, dominando gran parte del país, mientras que las ciudades se mantienen bajo control del gobierno de Addis.

Durante los años de guerra, las condiciones de vida en la zona del Tigré y en la vecina Eritrea (ambas regiones hablan el mismo idioma), fueron especialmente duras. A la carencia de alimentos y agua se unió una feroz represión. Cuentan que cuando un sospechoso de pertenecer a la oposición era detenido y fusilado, la familia debía pagar el precio de la bala para recuperar el cadáver.

En 1988 Etiopía tenía 46 millones de habitantes, la mortalidad infantil era de 155 por mil, la esperanza de vida al nacer es de 39,5 años, un 44,8 % de la población es analfabeta y hay un médico por cada 100.000 personas.

Finalmente, en 1991 los frentes guerrilleros, unidos en un partido nacional y multiétnico: el Frente Democrático Revolucionario del Pueblo Etíope (FDRPE), destituyen a Mengistu, que huye a Zimbabwe, y Meles Zenawi es elegido por consenso nuevo presidente del país. En 1993, tras un referéndum, Eritrea consigue la ansiada independencia e ingresa en la ONU.

En junio de 1994 se celebran las primeras elecciones democráticas de la historia de Etiopía. El FDRPE obtiene la victoria, y aunque se le ha acusado de favorecer excesivamente a la zona del Tigré, bajo su gobierno liberal y de talante democrático el país ha iniciado una etapa de paz y progreso, lo que junto a unos años de buenas cosechas y a la ayuda internacional ha condicionado una tímida mejoría económica de las zonas más deprimidas del país.

Los tigríñas viven todo el año a base de la *injera*, una especie de torta hecha con el *tef*, un cereal que se cultiva en las tierras altas de Etiopía gracias a la estación de las lluvias que se prolonga durante los tres meses de verano. Desde tiempo inmemorial, aproximadamente cada diez años, la estación de lluvias se acorta y fallan las cosechas determinando hambruna, plagas y epidemias que diezman a la población. En 1985, en plena guerra civil, la zona del Tigré sufrió la peor hambruna que se recuerda. Se calcula que más de 1.000.000 de personas murieron mientras que la ayuda remitida por los países occidentales, conmocionados por las terribles imágenes que aparecieron en la televisión, era distribuida con enormes dificultades debido a la guerra.

La clínica

La *St Louis Eye Clinic* estaba situada dentro de un complejo de edificios que, incluyendo la residencia de las monjas, una iglesia y una escuela, poseían las *Daughters of Charity* en un barrio a las afueras de la ciudad de Makallé. Se accedía a la clínica a través de una puerta propia, independiente de la puerta principal del convento, que daba acceso a un patio de grava donde, a la sombra de algunos árboles, esperaban pacientemente los enfermos. Alrededor del patio se situaban las diferentes dependencias: cuatro habitaciones habilitadas como quirófanos, dos como dispensarios, un despacho que hacía las funciones de almacén, y una gran sala con 15 o 20 catres en los que pasaban la noche los enfermos recién operados y sus familias. Todo el recinto ofrecía un aspecto limpio, aseado y agradable. En un extremo había colgado un cartel con signos que permitían determinar la agudeza visual de los pacientes. Otro cartel mostraba, con dibujos y en lengua tigrina, las instrucciones para la administración de los colirios.

Las calles del arrabal, en donde estaba situada tanto la clínica como nuestra residencia, eran un auténtico pedregal difícil de transitar incluso para los animales. Las callejuelas formaban manzanas cuadrangulares compuestas por pequeñas viviendas de piedra de una sola estancia y techo de uralita, en las que vivían familias de tres, cinco y hasta siete hijos. En el interior de cada patio de manzana, normalmente compartido por varias viviendas, algunos corderos, cabras, mulas o gallinas, campaban a sus anchas intentando extraer algún alimento del suelo pedregoso. Muchos hogares tenían luz eléctrica, y por las noches se veía el resplandor de una bombilla en el interior desangelado y sucio de las casas, en donde prácticamente no había muebles ni por supuesto televisión u otros electrodomésticos.

Nuestros vecinos realizaban sus necesidades fisiológicas en el interior de los patios o en el cauce seco de un río que atravesaba el barrio. Por las mañanas se les podía ver allí, de cuclillas, en plena «faena» mientras charlaban en grupos.

No había recogida de basura, de hecho no había basuras pues se aprovechaba absolutamente todo. Era imposible ver en la calle un papel o algo susceptible de ser quemado. Hasta las boñigas de los animales eran cuidadosamente recogidas y secadas en el interior de los patios

para servir luego de combustible. Con las latas vacías se fabricaban recipientes, vasos o sartenes, y con los neumáticos viejos se hacían sandalias.

En los patios de las casas las mujeres realizaban sus quehaceres cotidianos. Allí lavaban y tendían la ropa, daban de comer a sus animales, hacían el café, y cocían la *injera*, el plato nacional de Etiopía por excelencia. Delante de muchas barracas había un horno de barro endurecido. Se trataba de una especie de pirámide truncada en cuyo interior encendían un fuego de leña, y en cuya superficie lisa vertían con una jarra la harina diluida del *tef*. De esta forma, obtenían unas tortas de gran diámetro que introducían en unas enormes cestas de paja, en donde, a modo de despensa, guardaban la comida de toda la semana.

Al cabo de algún tiempo mucha gente del barrio nos conocía, especialmente los niños que nos saludaban agitando las manos y gritando algo así como *¡Mister!*, *¡Mister!*. Poco después me enteré que lo que realmente decían era *¡Sister!*, *¡Sister!*. Para ellos, todo el que salía del recinto de las monjas, independientemente de su sexo, era «un *sister*». De la misma manera, cualquier persona que saliera del colegio que los Salesianos tenían en el otro extremo de la ciudad era llamada *brother*.

El tracoma

A las 6 de la mañana me despertó la luz y un ruido extraño que procedía de la calle: eran pájaros, gallinas y las risas de algunos niños.

Aquel día tampoco había agua, así que tomé un recipiente de plástico, de los que se utilizan para poner la ropa en lejía, y fui a coger agua de un gran bidón situado en una esquina del patio. Me afeité, me lavé y vertí el resto del agua en el water.

Cuando salí, en la calle había ya gente que iniciaba su actividad cotidiana coincidiendo con la salida del sol. Numerosos trabajadores con la cabeza cubierta, cada uno con su pico o su pala al hombro —en Etiopía por lo visto cada obrero lleva su herramienta al trabajo—, parecían sombras amenazadoras que emergiendo de entre la luz azulada del crepúsculo se dirigían presurosos hacia su quehacer cotidiano. Muchas mujeres iban hacia las afueras en busca de agua o de leña, mientras que otras se acercaban al mercado o llevaban su rebaño, compuesto por cuatro cabras famélicas, a pastar las pocas briznas de hierba que crecían a la orilla de los caminos. En las esquinas se instalaban algunas ancianas vendiendo cualquier cosa; de todas las casas salían niños de rostro somnoliento, que unos minutos más tarde corrían ya calle arriba jugando, riendo y formando grupos camino de la escuela.

Eran las 7 de la mañana cuando llegue con mis compañeros al dispensario. *Sister Margaret* ya había organizado a los enfermos que esperaban formando una larga y silenciosa cola. Cubrían su cabeza con una túnica con la que tapaban también su ojo enfermo para protegerlo de la luz y de las moscas. La mayoría iban descalzos, todos venían acompañados de alguien: su hijo, su hermano o un niño que les servía de lazarillo. En sus manos sostenían un largo bastón y un trapo envolviendo probablemente algo de comida.

—Buenos días «*sister*».

—Buenas tardes —respondió «la *sister*» con su característico sentido del humor.

—¿Hay problemas con la electricidad? —pregunté.

—He llamado a la compañía y me han asegurado que hoy habrá luz hasta las 4 de la tarde, después tendremos que utilizar el generador —respondió *sister Margaret*.

Empezamos a pasar visita con la ayuda de tres intérpretes. Eran dos

chicas y un chico tigríñas que hablaban inglés y tenían conocimientos de oftalmología dado que normalmente ayudaban a *sister Margaret* en su trabajo.

Aquel día, mi primer paciente era un adolescente con un tumor en la órbita que le deformaba la mitad de la cara. Acudía acompañado de su hermano mayor que hablaba y gesticulaba continuamente señalando repetidamente el ojo del muchacho. Era un tumor grande, que por lo visto había aumentado recientemente de tamaño, y que evidentemente no podíamos operar allí.

¡Que fácil sería en España! –pensé mientras examinaba al joven palpando la zona enferma–. Con una simple petición en poco tiempo tendría una exploración radiológica completa, y con una pequeña biopsia el patólogo obtendría un diagnóstico exacto.

Intentando que mi cara no reflejara la sensación de impotencia que me invadía, pensé en lo que podía decir a aquel muchacho angustiado. Era imposible explicarle que, para curarle, era necesario un hospital bien equipado y quizá un neurocirujano, y que nada de todo ello existía en más de 1.000 Km a la redonda. Los esquemas de comportamiento adquiridos durante años de ejercicio de la medicina «cura lo que puedas y remite a otro colega lo que no domines», se vieron bruscamente interrumpidos: el colega simplemente no existía. Envié al muchacho hacia el hospital de Makallé con la vaga esperanza de que quizá encontraría allí alguna solución a su problema. Luego me enteré de que en todo Etiopía no hay aún ni un solo escaner.

El segundo paciente era un niño de unos tres años. Sus pupilas blanquecinas revelaban la presencia de unas cataratas congénitas. Lo observamos durante un largo rato y nos pareció que tenía suficiente visión para desplazarse sorteando los obstáculos. Decidimos no operarlo, el riesgo era demasiado grande sin la ayuda de un anestésico. Horas después, cuando salí del dispensario, me esperaba su padre. Quería saber si su hijo se iba a quedar completamente ciego... si sería posible operarlo en el futuro... ¡Dios, que impotencia!

Es difícil explicar al lector lo que siente un médico recién llegado de Europa y armado con poco más que una linterna, cuando se encuentra ante una larga fila de enfermos y, basándose en una somera exploración, tiene que decidir quien es merecedor de entrar en el quirófano y quien no. No hay tiempo para muchas explicaciones. Una valoración rápida de la agudeza visual y de la tensión ocular. Comprobar que la catarata no impide al enfermo localizar correctamente la luz de la linterna... y decidir: éste es apto para cirugía, éste no, éste sí, éste tampoco... A mi lado uno de los ayudantes apuntaba en un li-

bro los nombres de los pacientes aceptados y el día de la intervención. Los demás daban media vuelta y regresaban a sus casas, a veces situadas a centenares de kilómetros.

A lo largo de la mañana visitamos unas 70 personas. Seleccionamos 25 o 30 con cataratas y un buen pronóstico quirúrgico, y las apuntamos para operar en los días siguientes.

La mayoría eran ancianos campesinos de edad indefinida. Los hombres, altos, delgados y con barba blanca iban envueltos en túnicas raídas, que dejaban al descubierto las piernas finas como palillos y los pies descalzos. Las mujeres, de aspecto bondadoso, con el rostro curtido y arrugado, llevaban la cabeza cubierta y el cuello y las orejas adornados con humildes abalorios. En sus caras se reflejaba el cansancio de un largo viaje, pero también una mezcla de dignidad, orgullo y resignación. En sus ojos sin luz se adivinaba el sufrimiento de quien ha sobrevivido a la guerra, la enfermedad y el hambre.

Otros pacientes más jóvenes tenían cataratas traumáticas. En aquel país no había más que piedra, y con piedra se construían las casas y los muros después de picarla adecuadamente, con piedras jugaban a fútbol los niños en la calle, a pedradas se peleaban a la salida de las escuelas... Las cataratas traumáticas eran habituales y en ocasiones afectaban a ambos ojos.

Por la tarde proseguimos visitando enfermos. Le tocó el turno a una mujer de mediana edad que entró con los ojos enrojecidos y el paso incierto de las personas que ven con dificultad.

—Dice que tiene dolor en los ojos y que apenas puede ver —me tradujo la intérprete.

La examiné con la ayuda del microscopio y pude diagnosticar una inflamación del interior de los ojos, que se había complicado con cataratas y aumento de la presión. Pensé que probablemente era consecuencia de alguna enfermedad general por lo que, con ayuda de la intérprete, proseguí el interrogatorio.

—¿Tiene fiebre?

—Dice que no.

—¿Tiene dolor en algún otro sitio? ¿Se encuentra bien de salud?

—Dice que sólo tiene enfermos los ojos y que por lo demás se encuentra bien —me respondió la intérprete.

—¿Tiene tos? ¿Tiene niños enfermos en casa? —insistí pensando que podía padecer una tuberculosis.

La paciente habló entonces en tigrina durante un largo rato, al tiempo que dos lágrimas asomaron en sus ojos enfermos. Cuando acabó, la intérprete me tradujo.

—Dice que ha tenido cinco niños, dos murieron poco después de na-

cer, otro murió cuando tenía un año y los otros dos se los robaron cuando eran pequeños.

La intérprete no pareció asombrarse de semejante historia clínica.

Pronto me percaté de que algunos enfermos mentían deliberadamente. La inmensa mayoría tenían cataratas muy maduras, completamente blancas, que impedían visualizar el fondo del ojo. Para intentar descartar la presencia de otras enfermedades, sólo operábamos a aquellos que eran capaces de situar correctamente la luz de nuestras linternas. Ello descartaba, por ejemplo, la presencia de un desprendimiento de retina que pudiera pasarnos desapercibido detrás de su catarata. Sin embargo, un número enorme de pacientes se manifestaban incapaces, no tan sólo de localizar la posición de la luz, sino también de percibirla. Sólo al cabo de un rato, y tras ser preguntados repetidas veces, confesaban la verdad. Pronto comprendí que decían no ver absolutamente nada, ni la luz, con la esperanza de que así serían admitidos y operados.

—¿Cómo te llamas? —pregunté en inglés al siguiente de la larga fila de pacientes que esperaban ser visitados.

Se trataba de un muchacho de aspecto inteligente que llamaba la atención porque iba bien vestido, con una chaqueta azul sobre su camiseta.

—Yohanes —me contestó rápidamente.

—Veo que entiendes el inglés, ¿dónde lo has aprendido? —le interrogué.

—En la escuela, voy al 8º grado por la noche —me contestó.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté calculando que tendría unos 10 años.

—13 años —me respondió.

—¿Has venido solo? ¿Dónde está tu familia? —pregunté observando que no había nadie a su alrededor, mientras examinaba su ojo izquierdo y comprobaba que padecía una densa catarata traumática.

—No tengo familia —me respondió tímidamente dirigiendo la mirada hacia el suelo.

—¿No tienes familia? —interrogué incrédulo. No parecía vivir en la calle. Iba limpio y su indumentaria era correcta.

—Mi madre murió hace cuatro años y mi padre está en la cárcel. Es prisionero político.

Miré sorprendido a Haftu (uno de nuestros ayudantes locales), que se encontraba escuchando la conversación a mi lado. Haftu habló durante unos instantes con el muchacho en tigríña y luego me aclaró:

—Su padre es uno de los líderes del antiguo partido comunista de

Mengistu, En Etiopía hay algunos presos políticos del antiguo régimen. Algunos aún no han sido juzgados.

—¿Y con quién vives tú? ¿De dónde has sacado esta ropa? —pregunté al niño.

—Vivo en casa de unos señores ricos a los que hago de sirviente. Ellos me dan la ropa —respondió.

—Y, ¿cuál es el trabajo que haces en esa casa? —le pregunté interesado.

—Cuido las vacas y las ordeño —me contestó con seguridad.

Al día siguiente operamos a Yohanes, desgraciadamente no mejoró casi nada. Tras quitar su catarata pudimos ver una lesión en la retina, causada por el mismo traumatismo, que limitó enormemente su visión.

Al final de la tarde me trajeron una niña de unos 10 años. Tenía una úlcera sobre uno de los párpados que estaba muy inflamado. La niña parecía enferma, permanecía encogida, se tapaba con su túnica blanca, los dientes le castañeteaban y daba la sensación de tener mucho dolor.

Le puse la mano sobre la frente para comprobar si tenía fiebre, la niña se encogió entonces aún más y se acurrucó en un rincón.

—¿Desde cuándo está enferma? ¿Desde cuándo no juega? —pregunté a la intérprete.

—Dice su madre que no está enferma, que solo tiene enfermo el ojo. La niña juega normalmente con sus hermanas y no tiene dolor. Hoy han venido al mercado y la traen para que le curemos el ojo.

—¿Y por qué le castañetean los dientes y está tan encogida? —pregunté.

—Dicen que está muy asustada. La niña no había visto nunca antes a una persona de color claro— me respondió textualmente la intérprete.

Todos los niños, la mayoría de las madres y muchos ancianos tenían tracoma activo o secuelas de haberlo padecido. Todos tenían permanentemente 3 o 4 moscas alrededor o dentro de los ojos que no parecían molestarles, y cuando con un movimiento de manos intentabas ahuyentárselas, las moscas tampoco parecían inmutarse y los niños se ponían a reír pensando que se trataba de un nuevo juego.

El tracoma es una enfermedad muy extendida en los países del tercer mundo. Es una conjuntivitis causada por un germen de la familia de las clamidias y transmitida por las moscas. Los bebés de pocas semanas se infectan rápidamente a partir de sus hermanos. La conjuntiva se inflama y aparecen legañas. Los niños se tocan los ojos y se sobreinfectan con

otros gérmenes. Si la infección persiste sin tratamiento a lo largo de la infancia y la juventud, la conjuntiva de los enfermos adultos se encuentra llena de cicatrices, lo que hace que los párpados se retraigan hacia el ojo y las pestañas les rayen la córnea con cada parpadeo. Finalmente, la córnea se vuelve opaca y se pierde la visión.

La clínica de *sister Margaret*, en cuyo recinto trabajábamos, estaba especializada en el tratamiento del tracoma. «La *sister*» atendía numerosos pacientes todos los días. A los casos leves les administraba pomadas de tetraciclina, mientras que los casos graves los trataba con comprimidos. Cuando el enfermo tenía pestañas que se le introducían en los ojos, los operaba para que no se quedara ciego.

Ver operar a «la *sister*» era todo un espectáculo. Introducía al enfermo casi a empujones en un pequeño quirófano. Antes de que el paciente se hubiera dado cuenta se encontraba estirado en una camilla con los párpados anestesiados. En pocos minutos, con movimientos rápidos y precisos, cortaba con el bisturí y suturaba la herida empleando pequeños fragmentos de hilo de seda que aprovechaba hasta el límite. Al finalizar la intervención lavaba cuidadosamente el instrumental, se lavaba las manos con los guantes quirúrgicos puestos, se los quitaba y los introducía en un recipiente junto con los instrumentos para esterilizarlos y utilizarlos de nuevo. De otro empujón sacaba al enfermo del quirófano, al tiempo que estiraba del brazo al siguiente de la fila y así sucesivamente. Cada día realizaba 12 o 14 operaciones de este tipo.

Daba vértigo pensar en el número de intervenciones que habría practicado durante los años que llevaba en la clínica, y la cantidad de personas a las que, con su labor, había librado de una ceguera segura.

La prevención y erradicación del tracoma se basa ante todo en lavar las manos y la cara de los niños. Ninguno de los niños, ni tampoco de los adultos que habíamos visitado aquel día se había lavado desde hacía mucho tiempo. En muchas casas ni siquiera tenían jabón. Sólo los musulmanes, obligados por su religión, se lavaban regularmente.

El agua era escasa, cada día algún miembro de la familia, normalmente las mujeres o las niñas, iba a buscarla a los pozos donde se formaban largas colas de mujeres cargadas con pesadas vasijas de barro a sus espaldas. Otras empleaban modernos recipientes de plástico; las más afortunadas utilizaban burros a cuyos lomos ataban con cuerdas los bidones. Durante una o dos horas al día, la gente podía también comprar agua en algunos surtidores instalados en lugares céntricos. El agua tan difícilmente conseguida la utilizaban para beber, cocinar o hacer el café. Prácticamente ninguna casa de Makallé tenía agua corriente.

La cirugía

A los quirófanos se accedía atravesando una pequeña antesala donde los enfermos se lavaban los pies, la cara y las manos en un balde; después se les ponía un gorro de quirófano, una bata limpia y unas polainas en los pies. De esta forma entraban en la habitación que hacia las veces de quirófano en donde se estiraban en una camilla para ser operados. Contábamos con dos microscopios portátiles, que en caso de fallo en el suministro eléctrico podían ser conectados a una batería de coche.

En la pared había colgado un gran cartel en el que, a modo de diccionario, teníamos escritas en español las palabras básicas en tigríña para pedir al paciente que dirigiera la mirada hacia arriba o hacia abajo, que no se moviera, o preguntarle si tenía dolor.

Siempre a mano había también un matamoscas, instrumento imprescindible para eliminar los molestos insectos que, a pesar de nuestros esfuerzos, se introducían en el quirófano cada vez que se abría la puerta para que entrara o saliera un paciente. Para ello, uno de los ayudantes, que, además, servía de intérprete, permanecía siempre en la habitación.

Aún recuerdo el día en el que estábamos operando a un anciano. Una mosca se posó en la parte baja de su abdomen sin que nadie se percatase. El ayudante, muy atento, al ver el insecto se acercó sigilosamente, y con gran habilidad pulverizó la mosca con el instrumento golpeando el vientre del pobre hombre, que sobresaltado, se incorporó en la camilla en medio de una delicada cirugía... afortunadamente no pasó nada irreparable.

Antes de entrar en el quirófano, a los pacientes se les colocaba una bata limpia con la intención de aislar la ropa sucia que llevaban del ambiente aséptico de la sala de operaciones. Para ello, en ocasiones era *necesario despojarlos de sus vestimentas, operación que podía ser eterna dada la cantidad de «capas» que algunos llevaban sobre sus delgados cuerpos. La mayoría de las mujeres usaban únicamente un sencillo vestido, pero muchos hombres, especialmente los más ricos, acarrebaban consigo todo su guardarropa. Los más «afortunados» poseían incluso uno de esos gruesos abrigos siberianos, largos hasta los pies, que sin duda habían formado parte de una partida de ayuda soviética, en la época en la que ambos países mantuvieron estrechas relaciones.*

Producía auténtica grima ver a aquellos hombres de pie, sin pestañear bajo un sol de justicia en pleno trópico, con un atuendo que hubiera resultado adecuado para soportar los rigores del más crudo invierno ruso.

Me ayudaban a operar dos mujeres extraordinarias de las que conservo un gratisimo recuerdo. Con ellas, durante muchas horas cada día, sufrimos operando uno tras otro a decenas de pacientes. La primera se llamaba Évelin. Era una monja filipina bregada en mil batallas y curtida en los quirófanos de medio Tercer Mundo. En ocasiones hablaba de las experiencias vividas durante los años que había pasado en el sur de Etiopía, recorriendo los pueblos con un equipo de salud ambulatorio. Pertenecía a la misma orden que *sister Margaret*, y se encontraba destinada temporalmente en el Tigré. Era una persona extraordinariamente alegre y cariñosa y la encargada de la música. En un reproductor de discos compactos introducía, entre cirugía y cirugía, los temas más románticos y tórridos de la historia de la música: *Je t'aime, Love story*,... que frecuentemente tarareaba, con la consiguiente sorpresa de los pacientes, en un ambiente ciertamente surrealista. Hablaba algo de español, o quizá sería más correcto decir que lo chapurreaba. Para ella no existían los tiempos verbales pero en cambio dominaba los diminutivos.

—Pacientito *have* dolorcito— me decía cuando el enfermo se quejaba—. El *need poquito anestesia*— me recomendaba... y llamaba a nuestra enfermera gritando: —*Una poquito more anestesia please*—

La otra instrumentista se llamaba Negisti, que significa «reina» en tigrina. Era una mujer joven y discreta siempre sonriente e infatigable trabajadora. Aunque no tenía prácticamente conocimientos previos de instrumentación en oftalmología, rápidamente aprendió las normas básicas de esterilización y los diferentes pasos de la cirugía, que la enfermera de nuestro equipo le fue enseñando. Ella había sido novicia en la orden de *sister Margaret* y, aunque finalmente renunció a convertirse en monja, seguía colaborando con la clínica. Su ilusión —me contó— era ingresar en la escuela de enfermería que había en Makallé, para lo cual estaba estudiando. Con una delicadeza y elegancia naturales, Negisti acabó realizando incluso pequeñas operaciones quirúrgicas y fue para nosotros un gran estímulo.

En medio de las largas sesiones quirúrgicas en ocasiones surgía la sorpresa. Un día estábamos operando un caso particularmente difícil cuando, de repente, a través del microscopio, vi una larga procesión de gigantescas hormigas que atravesando el campo quirúrgico estéril se dirigían directamente hacia el ojo. Probablemente procedían del pelo ensortijado del paciente y habían conseguido atravesar el débil obstáculo del gorro a través de algún agujero.

A pesar de las penosas condiciones de nuestros pacientes, y gracias sin duda a la competencia y cuidados de nuestras enfermeras y de las ayudantas locales, no se presentó durante nuestra estancia ningún caso de infección postoperatoria.

Proyecto Visión

«Proyecto Visión» había nacido unos años antes casi por generación espontánea. Uno de nosotros se había enterado por casualidad de la existencia de la clínica de *sister Margaret* y se presentó allí un buen día con una caja de instrumental bajo el brazo y muchas ganas de trabajar. La guerra acababa de finalizar y pocos occidentales se aventuraban por aquel entonces hasta aquellas latitudes, así que entre mi compañero y «la *sister*» se estableció pronto una fuerte amistad.

Pocos meses después, mi compañero volvió acompañado esta vez por otro oftalmólogo y una enfermera dispuestos a trabajar allí durante su período de vacaciones. Éstos volvieron a su vez acompañados de otros amigos y poco a poco las expediciones se fueron haciendo más frecuentes, las ramas del árbol se fueron ampliando al tiempo que sus raíces se fueron asentando en un grupo de personas, en su mayoría amigos, conocidos o pacientes españoles que contribuían con su tiempo, su trabajo o su dinero en la organización o la consecución de fondos.

Los médicos y enfermeras que viajaban hasta el Tigré costeaban el viaje y la manutención de su bolsillo, así que la joven ONG pudo destinar todos sus fondos a la adquisición de equipos, medicamentos y lentes intraoculares. Pronto se consiguió montar un quirófano bien equipado en el interior de la clínica que a partir de entonces contó con dos pabellones bien diferenciados: en uno continuaba trabajando «la *sister*» con sus incontables pacientes afectados de tracoma, y en el otro nosotros atendíamos a los enfermos con cataratas, glaucoma y otras enfermedades de los ojos.

El éxito que desde el principio consiguió el proyecto, se debió en gran parte a la colaboración de lo que en el argot de las ONG se ha llamado «la contraparte local»: *sister Margaret*, las autoridades sanitarias de la zona y el doctor Fitsum, el único oftalmólogo del Tigré.

Fitsum era un excelente cirujano, con una inmensa experiencia y una gran capacidad de trabajo. Había nacido en Makallé y estudiado en la capital, pero a diferencia de los demás oftalmólogos etíopes, que tras sus estudios habían permanecido en Addis montando allí sus consultas y gozando de una notable calidad de vida, él había decidido volver al Tigré y dedicaba todo su tiempo a la atención de la salud ocular de su pueblo. Trabajaba en una pequeña clínica situada a las afueras de Ma-

kallé, en donde realizaba con pasmosa facilidad 15 o 20 cirugías cada día.

Desde el principio, el Dr. Fitsum y las autoridades sanitarias nos brindaron toda su ayuda. Fitsum se acercaba a la clínica siempre que sus obligaciones se lo permitían, nos echaba una mano y al mismo tiempo aprendía algunas técnicas quirúrgicas completamente nuevas para él. Las autoridades sanitarias nos recibieron siempre con los brazos abiertos y nos dieron todo tipo de facilidades: desde convalidarnos nuestros títulos para poder ejercer legalmente en el país, hasta facilitarnos la entrada en Etiopía del costoso material médico que comprábamos en España.

Por otra parte, todos los miembros de nuestra organización eran veteranos oftalmólogos, contaban con una dilatada experiencia y obtenían excelentes resultados en aquellas difíciles condiciones de trabajo. Ello contribuyó a que la clínica adquiriera pronto una sólida reputación entre los habitantes de la zona. El «boca a boca» funcionó, y cada vez que llegaba una de nuestras expediciones se encontraba con una larga cola de pacientes, algunos procedentes de cientos de kilómetros, que esperaban para ser operados.

Enseguida se vio que nuestra labor, casi exclusivamente asistencial, era completamente insuficiente y hasta cierto punto frustrante. Lógicamente los pacientes nunca se acababan y uno tenía la sensación de no estar haciendo prácticamente nada ante aquella gran cantidad de enfermos. Pronto surgió la idea de crear una escuela de enfermeras especializadas.

La idea consistía en organizar un curso para enfermeras locales, de un año de duración, con el fin de especializarlas en oftalmología. Las enfermeras, una vez finalizado el curso, podrían ser capaces de reconocer y tratar el tracoma y las principales infecciones de los ojos, diagnosticar una catarata, extraer cuerpos extraños, ayudar a las intervenciones quirúrgicas y operar ellas mismas los párpados deformados por el tracoma, de la misma forma que lo hacía *sister Margaret*.

En pocos años podríamos tener formadas 16 o 20 personas y dotarlas de los medios necesarios para trabajar en diferentes poblaciones del Tigré, a cambio de un sueldo al que contribuiría el gobierno del país. Se podría formar así una pequeña red de asistencia oftalmológica, gracias a la cual los enfermos podrían ser tratados en su lugar de origen, remitiendo a la clínica o al hospital de Fitsum solamente los casos quirúrgicos más complicados.

El proyecto había ido madurando poco a poco, y una de las principales misiones de nuestra expedición era poner las bases para que la futura escuela llegara a ser pronto una realidad.

Fitsum aceptó ser el director y profesor de la nueva escuela, y aunque nosotros podríamos dar algunos seminarios y *sister Margaret* aceptó también contribuir en la enseñanza, necesitábamos la colaboración de otro oftalmólogo local que ayudara a Fitsum en su labor asistencial durante los meses que durara el curso. Iniciamos pues las gestiones para contratar alguno de los que había en Addis, y conseguir que aceptara pasar algunas temporadas en Makallé, trabajando al mismo tiempo en nuestra clínica durante nuestras ausencias.

Pronto conseguimos un lugar idóneo para el emplazamiento físico de la escuela, aparecieron las primeras enfermeras interesadas en seguir el curso y se empezó a especular sobre la posible fecha de apertura. Por fin parecía posible que nuestra labor tuviera alguna continuidad, que algún día pudiéramos volver como simples observadores y comprobar que nuestro pequeño modelo asistencial funcionaba. Por fin, el viejo dicho «no le des peces sino una caña, y enséñale a pescar» estaba en condiciones de hacerse realidad.

El lazarillo ciego

Pasar visita a los operados el día anterior era sin duda el momento más agradable del día. La expresión de su rostro cuando, tras quitarles el vendaje, comprobaban que podían ver de nuevo con claridad era muy variable. Unos, los más expresivos, comenzaban a dar alaridos chasqueando la lengua contra el labio superior. A otros les daba por intentar besarnos las manos o incluso los pies, mientras los intérpretes intentaban hacerles entender que debían guardar reposo. La mayoría se quedaban muy quietos y simplemente sonreían con los ojos muy abiertos como si no se atrevieran a parpadear. De vez en cuando algún enfermo no veía bien; a pesar de haberles extraído la catarata, otra enfermedad de la retina o un glaucoma previo les impedía recobrar la visión. Cuando se lo explicábamos, intentando dulcificar el pronóstico y recomendándoles algún tratamiento, se retiraban apesadumbrados no sin antes hacernos varias inclinaciones de cabeza y darnos repetidamente las gracias.

Un día estaba curando a un anciano recién operado y muy excitado porque por fin podía ver. No hacía más que darme las gracias y repetir que se acordaría de mí en sus oraciones. No había forma que atendiera a las instrucciones.

—Repítele que debe ponerse este colirio tres veces al día— le dije al intérprete.

Pero el paciente continuaba haciendo inclinaciones de cabeza sin escuchar absolutamente nada.

—Busca a algún familiar de este hombre con el que podamos entendernos— le pedí a Haftu. Al cabo de un rato Haftu regresó acompañado de un chico de unos 15 años que, haciendo de lazarillo, había traído al anciano hasta la clínica. Cuando le miré para explicarle el tratamiento que tenía que seguir su abuelo se me cayó el alma a los pies. El chico tenía las dos córneas blancas y un ojo completamente desviado. Como buenamente pudimos les explicamos a los dos cómo se debía poner el colirio, y poco después los vi salir juntos de la clínica. El abuelo delante caminaba seguido de su lazarillo.

Otra paciente era una anciana delgada y frágil que se encontraba encogida en posición fetal. Una enfermedad degenerativa la mantenía rígida e imposibilitada. No hablaba, sólo gemía y se tapaba con los ha-

rapos su ojo enfermo y enrojecido. Tenía la presión ocular muy alta y decidimos operarla para aliviarle el dolor, aunque sin ninguna esperanza de que recobrarla la visión. Cuando el día siguiente, después de la operación visitamos a la mujer en la cabecera de su cama, el ojo estaba mucho mejor y la anciana ya no se quejaba de dolor, así que llamamos a su familia para que se la llevaran a casa. Entraron en la habitación un hombre fuerte y bien alimentado y su mujer, probablemente la hija de la paciente. Después de darles a ambos algunas instrucciones y unos colirios para el tratamiento de la anciana, la mujer joven cargó sobre sus espaldas a la frágil viejecita como si fuera un niño, y salió de la estancia seguida por su marido que llevaba en sus manos el frasquito de colirio...

Aunque no recuerdo su nombre, los nombres etíopes son muy difíciles, siempre recordaré su rostro. Era preciosa, tendría 12 o 13 años, llevaba el cabello trenzado en uno de esos complicados peinados típicos del Tigré, y el cuello y las orejas adornados con collares y pendientes dorados. Era ciega. Cuando tenía seis años una bomba había explotado en su casa y su ojo izquierdo se encontraba en la más completa oscuridad mientras que con su ojo derecho, tapado por una catarata traumática, solo podía distinguir la luz y las sombras. Cuando después de operada quité el vendaje que lo cubría, me miró intensamente y su rostro se iluminó sonriendo.

La caravana de la sal

Aquel sábado por la mañana, después de visitar a los pacientes operados el día anterior, *sister Margaret* nos propuso pasar el fin de semana con Ángel, un religioso español que vivía en Wukro, una población situada al norte de Makallé, en donde trabajaba en un centro de formación profesional.

Abandonamos temprano Makallé atravesando los suburbios de la ciudad y comenzamos el viaje hacia Wukro a través de la larga carretera sin asfaltar, construida por los italianos, que partiendo de Addis Abeba se dirige hacia Eritrea y el puerto de Massaua, en el Mar Rojo, a lo largo de 800 kilómetros.

La carretera transcurría en línea recta a través de un inmenso y monótono altiplano sólo interrumpido por pequeñas colinas salpicadas de matorrales, y profundas grietas causadas por el agua en la estación de las lluvias. Era un paisaje desolador. Un mar de tierra reseca y piedras que se perdía en el horizonte uniéndose a un cielo azul intenso sin una nube.

A lo largo de todo el camino encontramos grupos de gente caminando en fila india con bultos en la cabeza o con burros cargados de leña. De vez en cuando nos cruzábamos con camiones de gran tonelaje que en medio de una gran polvareda parecían grandes buques cruzando un mar de arena. Cada cierto trecho, la carretera atravesaba pequeños poblados compuestos por algunas chozas miserables a ambos lados del camino.

Desde la altura infranqueable de nuestro poderoso coche, la vida y la pobreza se deslizaban al otro lado del cristal. Desde su interior confortable, mientras sonaban las notas de la música de Rosana, *«sin miedo lo malo se nos va volviendo bueno... / las calles se confunden con el cielo y nos hacemos aves, sobrevolando el suelo... / sin miedo, las olas se acarician con el fuego...sin miedo...»*, podíamos ver claramente el rostro de las mujeres que detenían momentáneamente su trabajo y dirigían hacia nosotros sus miradas indiferentes, las risas de los niños que gritaban y agitaban frenéticamente sus brazos a modo de saludo, los mendigos, los enfermos, los tullidos... el interior de las casas y de los patios. Recorrer una aldea de Etiopía desde la formidable protección de un enorme coche todoterreno, es como ver una película de guerra desde la confortable butaca de la primera fila de un cine. La escena se desarrolla allí mismo pero

uno no es protagonista, tan sólo un espectador al otro lado de la pantalla. La acción, el sonido, el olor y el dolor son amortiguados por el grueso cristal y por la velocidad del vehículo cuyos bocinazos apartan a hombres y animales del camino.

Apareció a lo lejos una nube de polvo. Cuando nos acercamos resultó ser una larga caravana de camellos que avanzaban lentamente por la carretera en dirección a Makallé. Cada camello llevaba en sus lomos dos grandes bloques de sal. Iban atados de cinco en cinco y cada grupo de animales era conducido por un hombre que caminaba delante de ellos con la cabeza envuelta en un turbante y una curiosa falda a cuadros.

—Son los Afar— explicó *sister Margaret*. —Viven en el desierto de Danakil en donde extraen la sal que luego transportan con los camellos hasta Makallé, para venderla en el mercado de los lunes.

El Danakil, una extensa zona situada al norte del Tigré, es probablemente una de los lugares más inhóspitos del planeta (allí fue donde, hace unos años, se encontró el esqueleto de uno de nuestros más antiguos antepasados —Lucy—, un *Australopithecus afarensis* que vivió hace 3,5 millones de años y cuyos pequeños y delicados huesos pueden examinarse en el museo de Addis). Se trata de una profunda depresión que desciende hasta 116 metros bajo el nivel del mar (es el lugar más profundo de la superficie de la Tierra), en cuyo fondo se encuentra el lago Asale, que corresponde al lecho seco de un antiguo mar y se encuentra cubierto de una enorme capa de sal.

En este lugar, donde las temperaturas pueden alcanzar los 50 grados centígrados, viven los afar. Son un pueblo temido por la violencia con la que guardan su territorio y su preciado tesoro: la sal. Cuentan que los afar tienen la disuasiva costumbre de cortar los genitales a los extranjeros que osan violar su territorio sin la compañía de uno de ellos.

Cada semana, durante el tiempo que permanecemos en el Tigré, pudimos ver largas caravanas de camellos que procedentes de las profundidades del Danakil y cargados con su valiosa mercancía, ascendían hasta la altiplanicie para llegar puntualmente los lunes al mercado de Makallé.

Ocasionalmente, algún afar vestido con su peculiar falda de cuadros aparecía en la cola de enfermos que esperaban ser visitados en la clínica. Aún recuerdo la foto que nos hicimos con un sonriente grupo afar, tras la operación de uno de ellos, que por fortuna acabó felizmente.

Wukro

A mediodía llegamos a Wukro, donde se encontraba el centro de formación profesional de St. Mary, un extenso recinto con varios edificios que correspondían a las aulas, talleres, establos y demás dependencias, que junto con varias viviendas y una zona destinada a huerto y árboles frutales, formaban el conjunto de la instalación. Ángel, que ya conocía de expediciones anteriores a algunos de los miembros del grupo, nos brindó una calurosa acogida. Sobre la mesa nos esperaba una simple pero sabrosa comida basada en verduras, hortalizas y fruta, recolectadas en el mismo centro.

—Pan para los que tienen hambre y hambre para los que tienen pan— dijo alguien a modo de bendición.

Acto seguido nos sentamos alrededor de la mesa junto con Ángel, un sacerdote polaco, un seminarista eritreo, un padre keniano y varios políticos etíopes que también habían sido invitados a comer. Tras una divertida comida, en la que en algunos momentos se cruzaron frases en inglés, español, catalán, tigrina y swahili, comenzó una interesante conversación en la que, debido a la presencia de los etíopes (uno de ellos era el delegado de sanidad de la zona), se habló extensamente de la terrible situación sanitaria de Etiopía; la malaria, el SIDA, la tuberculosis, las enfermedades de los ojos y la malnutrición, figuraban entre los problemas más graves.

Aquel día, y más adelante en las ocasiones en las que tuve la oportunidad de hablar con los responsables de sanidad del Tigré, pude darme cuenta de las dificultades que entraña, para un gobierno que me pareció honrado, establecer las prioridades para repartir los escasos recursos económicos de que dispone delante de una situación sanitaria en la que había que partir de cero.

¿Qué tenía preferencia?: ¿Vacunar a los niños de la poliomielitis?, ¿Iniciar campañas para la prevención del SIDA?, ¿Potabilizar el agua?, ¿Operar las cataratas?... En cualquier caso me pareció que habían tomado la decisión de olvidarse, probablemente durante mucho tiempo, de las enfermedades crónicas. Los pacientes con glaucoma, los diabéticos o aquellos con enfermedades para las que se precisan tratamientos caros y prolongados, especialmente si había que importarlos, estaban condenados a la ceguera o a la muerte. Una de las consignas que pude

entrever en su política era la de no incrementar, en ninguna circunstancia, la deuda externa del país.

Aquella tarde la recordaré toda mi vida. Aún ahora, a pesar del tiempo transcurrido, pienso con frecuencia en la terrible impresión que me causó la visita que, acompañando a Ángel, hicimos a la población de Wukro.

Wukro es una pequeña ciudad de aluvión que se fue formando durante la guerra alrededor de un centro militar. Tiene unos 25.000 habitantes y es probablemente una de las zonas más pobres del Tigré, que a su vez es la zona más pobre de la pobre Etiopía.

Ángel, al que todos llaman «*Aba*» (que en tigrina significa padre), hablaba perfectamente su idioma y parecía conocer por sus nombres y problemas a todo el mundo. Él era una auténtica institución en el ghetto. Con las donaciones que le llegaban desde España mantenía a varias decenas de familias que se encontraban en situación desesperada, algunas de las cuales visitamos en sus casas. La mayoría eran familias compuestas por una mujer enferma y sola con la que vivían cinco o seis criaturas. La historia de estas mujeres era siempre la misma: la mayoría quedaron embarazadas durante la guerra de hombres que las dejaron. Para defenderse y alimentar a sus hijos se unieron entonces a otros hombres de los que quedaron también embarazadas, y por los que fueron sucesivamente abandonadas aumentando el problema. Ahora, enfermas probablemente de SIDA, eran incapaces de mantener y cuidar a sus hijos que sobrevivían gracias a la ayuda de Ángel. Visitamos también a una anciana con la que vivían ocho niños, cuyas madres dejaron al cuidado de la abuela antes de irse a Asmara para ejercer la prostitución.

Las calles de Wukro se encontraban repletas de niños. Al salir de la casa de Ángel se nos acercó una multitud de pequeñas criaturas descalzas y vestidas con harapos que nos rodearon jugando y riendo, todos querían que les diéramos la mano. En un momento determinado cada uno de nosotros tenía cinco niños a cada lado, ¡cada uno de ellos sujeto a uno de nuestros dedos!. Delante y detrás nos seguían otras decenas de ellos, formándose a nuestro alrededor un extraño y divertido cortejo que nos acompañó hasta el centro del poblado.

Por la calle salieron a nuestro encuentro personas que acudían a saludar a Ángel o a explicarle sus problemas. La mayoría eran cristianos ortodoxos, se les reconocía porque llevan pequeñas cruces colgadas del cuello o tatuadas en la frente; otros, los musulmanes, iban vestidos con túnicas blancas y turbantes.

Nos adentramos en el pueblo y empezamos a visitar enfermos. Entramos en una casa que como todas tenía una sola habitación de unos 15 metros cuadrados. No había ventanas y la penumbra del interior contrastaba con el resplandor intenso de la calle. Cuando nuestros ojos se acostumbraron a la oscuridad, pudimos ver que en un rincón había una cama donde yacía la enferma, una mujer de unos 30 años, cubierta de harapos y moscas. En la misma cama descansaba un gato famélico que nos miró con cara de pocos amigos. La suciedad era infinita y por el suelo de tierra corrían algunos polluelos. En las paredes, hechas de barro y excrementos secos, pendían fotos amarillentas arrancadas de viejas revistas occidentales.

Al percatarse de nuestra presencia, la mujer intentó incorporarse sin conseguirlo. Le costaba respirar y tosía con dificultad. Evidentemente tenía tuberculosis. Acurrucados en un rincón se encontraban una niña casi adolescente y tres niños pequeños que nos observaban asustados. La hija mayor nos invitó a sentarnos sobre unos cartones que puso en el suelo, cerca de la enferma. Ángel se sentó en la cama de la enferma, le cogió la mano, acarició su cabeza y durante un largo rato le susurró algo en el oído. La mujer apenas podía abrir los ojos, pero finalmente, le miró agradecida y esbozó una débil sonrisa. Recuerdo que el hedor era insoportable, hacía calor y se oía el griterío de los niños que jugaban en la calle. Finalmente, Ángel dejó algún dinero en la cama de la mujer y salimos a la calle.

La visita se repitió en una y otra casa de forma similar. En algunas nos pidieron que visitásemos a sus niños con tracoma, a los que diagnosticamos simplemente evertiendo sus párpados. Ángel apuntó el nombre de todos ellos para traerles las tetraciclinas que le daríamos cuando nos acompañase de nuevo a Makallé.

En una de aquellas chabolas me llamó la atención un papel brillante que pendía de la pared. Me acerqué, y con la ayuda de una linterna pude ver que era el envoltorio dorado de una conocida marca de galletas españolas. A su lado había la fotografía de una mujer que me resultó familiar y que había sido recortada de una revista. Al acercarme, vi que era ¡Rosa M^a Sardá!. ¡Poco se imagina mi admirada actriz, que su foto adorna las paredes de la chabola de una mujer enferma en un remoto lugar de Etiopía!.

Visitamos también a una viuda que acababa de perder a su marido. Unas 30 personas se habían instalado delante de su casa debajo de una especie de toldo. Eran parientes que habían venido a darle el pésame y que, según nos dijo Ángel, permanecerían allí durante toda una semana. Nos sentamos con ellos durante unos 10 minutos. Todos nos saludaron ceremoniosamente, uno a uno nos dieron la mano tomando la

nuestra entre las dos suyas mientras hacían una ligera reverencia. Uno de ellos nos ofreció un poco de tef en una palangana.

Cuando salimos de nuevo a la calle, nos encontramos con un grupo de 25 o 30 mujeres que gritaban escandalosamente. Eran plañideras que se acercaban a la casa de otro muerto, esta vez un musulmán.

Continuamos visitando enfermos. En una casa cercana una anciana se estaba muriendo. Su marido nos explicó que tenía dolores en el abdomen y que vomitaba continuamente. Él era un sacerdote ortodoxo y nos pidió que examináramos también sus ojos: a la luz de una linterna vimos que tenía las córneas opacas, tracoma, cataratas y una infección del saco lagrimal que supuraba por una fístula. Ángel apuntó también su nombre para hacerle llegar antibióticos.

De nuevo, al salir nos esperaban los niños. Uno más mayor, de unos trece años, tiraba piedras a los demás para ahuyentarlos. Quería que viéramos a su madre a la que Ángel no conocía. Insistió mucho y finalmente nos dejamos llevar a una trastienda donde en la penumbra yacía la mujer enferma rodeada de otras mujeres. Al acercarnos, se apartaron y pudimos ver que tenía lepra.

Cuando finalmente salimos del barrio, respiré hondo y encendí un cigarrillo. El impacto había sido terrible. Tuberculosis, desnutrición, tracoma, lepra, SIDA y niños en unos pocos metros cuadrados. Ángel nos explicó que la mortandad infantil era enorme, casi ningún niño había visto nunca ni la fruta ni las verduras, sólo la injera. Para todo el conjunto de chabolas sólo había unos pocos grifos públicos, a los que la gente acudía con bidones para llenarlos a cambio de algunos céntimos. Los niños huérfanos circulaban por la calle cogiendo lo que podían. Como pudimos comprobar ninguno llevaba zapatos y algunos iban completamente desnudos.

Y en las paredes de sus casas colgaban fotos de mares azules, praderas verdes y montañas nevadas; de niños y mujeres blancos y rubios.

La misa etíope

Seiscientos años antes del nacimiento de Cristo, en las tierras altas de Etiopía que habían sido colonizadas por tribus semitas que procedían de la otra orilla del Mar Rojo, se formó el poderoso imperio Aksumita. En la actual Aksum, una pequeña población del norte del Tigré, se conservan monolitos y restos de lo que fueron suntuosos palacios que dan una idea de la importancia que alcanzó el antiguo imperio.

En el siglo IV de nuestra era, el imperio aksumita se encontraba en su máximo esplendor y se extendía desde Nubia (actual Sudán) hasta Saba (actual Yemen), en la otra orilla del mar rojo. Gobernaba tan vasto territorio un rey llamado Ezana, cuyas proezas y conquistas quedaron grabadas en las piedras de Aksum. Ezana, convertido al cristianismo por los hermanos Edesio y Frumencio que habían llegado hasta el Mar Rojo desde Tiro, estableció la religión cristiana en todo su imperio. Cuando en el siglo V, tras el concilio de Calcedonia, se comenzó a producir el Cisma de Oriente, los cristianos etíopes permanecieron unidos a la Iglesia Oriental dependiendo del patriarcado de Alejandría. En los siglos sucesivos, el Islam se extendió por todo el norte de África y la Iglesia Etíope permaneció aislada del resto de la cristiandad, manteniendo un rito independiente que no ha evolucionado desde entonces.

Cualquiera que pase una temporada en Etiopía, especialmente en el Tigré, se percata de la gran importancia que la religión tiene para sus habitantes. Su fe ciega en la oración, el ayuno, la limosna y el sacrificio como vía para conseguir la curación de la enfermedad, la prolongación de la vida o la salvación eterna en una tierra castigada hasta el límite por el hambre, la guerra y las plagas, nos sumerge de lleno en la oscuridad de la edad media.

Las misas comienzan por la noche o de madrugada y se prolongan durante horas haciendo coincidir la consagración con la salida del sol. Todo el territorio está lleno de pequeñas iglesias, que normalmente se encuentran en las afueras de las poblaciones o en lo alto de pequeñas colinas, rodeadas de árboles de los que esta prohibido romper ninguna de sus ramas. Son pequeños recintos circulares u octogonales divididos en tres partes: en el exterior de la iglesia, que se encuentra rodeada por un muro, permanecen normalmente la mayoría de los fieles que siguen las ceremonias desde el exterior orando mientras dan vueltas a la iglesia y besan sus muros. Un reducido número de personas penetra en el

interior y participa en el sacramento de la comunión. Allí los diáconos y sacerdotes celebran la ceremonia cantando y golpeando pesados tambores en un ambiente de gran fervor. En el centro del templo se encuentra un recinto separado del resto de la iglesia por unas cortinas. Es el llamado «santo de los santos» (equivalente al sagrario de las iglesias católicas). En este lugar sagrado, al que accede únicamente el sacerdote, se encuentra una piedra, el Taboth, que representa el arca de la alianza y las tablas de la ley.

Desperdigadas por todo el norte de Etiopía se encuentran las iglesias excavadas en la roca. Son construcciones de muchos siglos de antigüedad realizadas en el interior de una montaña que ha sido moldeada desde el exterior y horadada por dentro formando falsas bóvedas y columnas, puertas y ventanas en un esfuerzo que debió ser colosal.

El sacerdote y su mujer viven en los alrededores de la iglesia, a veces en el interior de pequeñas cuevas y frecuentemente en condiciones miserables. Cuando muere, la mujer se convierte en monja y se queda a vivir en una pequeña choza junto al muro que rodea la iglesia en la que ejerció el sacerdocio su marido. En ocasiones pudimos ver dos o tres de estas mujeres, vestidas de amarillo, sobreviviendo juntas en una pequeña caseta construida con cuatro piedras y un trozo de uralita.

Los sacerdotes son casi todos ciegos (tuvimos la oportunidad de examinar los ojos de algunos), y son capaces de recitar durante horas, sin equivocarse, larguísimos textos del antiguo testamento que conocen de memoria. Han destinado toda su vida a la memorización de las sagradas escrituras en Gueez, el antiguo idioma del imperio aksumita y aún hoy idioma oficial de la iglesia etíope (equivalente a lo que fue al latín en la iglesia católica), y también origen de la mayoría de las más de 80 lenguas que se hablan en Etiopía. Con frecuencia puede verse cerca de las iglesias a pequeños grupos de seminaristas, jóvenes aprendices de sacerdote, que repiten una y otra vez los viejos salmos que un anciano religioso, sentado a la sombra de un árbol, les recita monótonamente.

Habíamos pedido a Ángel que nos llevara a una misa etíope. Después de cenar subimos a su coche, un potente Toyota todo terreno con tracción en las cuatro ruedas, y salimos de Wukro por un camino que discurría cercano al cauce seco del río. Poco después abandonamos el valle y comenzamos a subir hacia las montañas. A medida que ascendíamos el camino se hacía más y más difícil. En varias ocasiones bajamos del coche para indicar a Ángel el lugar donde debía poner las

ruedas para superar profundos surcos o esquivar enormes piedras. Finalmente, el camino se volvió impracticable y no nos quedó más remedio que continuar a pie. Al apagar las luces del coche nos envolvió la más completa oscuridad, pero seguimos avanzando a través de la senda en la que se había convertido el camino, ayudados por la luz de nuestras pequeñas linternas, de las que se usan para explorar a los enfermos.

Después de ascender durante unos 20 minutos, llegamos a una explanada salpicada de pequeños montículos de piedras coronados, cada uno de ellos, por una piedra mayor colocada de forma vertical. Al final de la explanada se divisaba la sombra oscura de un gran edificio.

—Estamos en un cementerio— dijo Ángel—, la casa del fondo es donde viven los seminaristas. Hasta hace poco era casi una ruina, pero desde hace un año la están restaurando ellos mismos. Un poco más arriba se encuentra la iglesia— añadió.

Atravesamos el cementerio y tras pasar por delante de la casa de los seminaristas, que se alzaba lúgubre en la oscuridad de la noche, continuamos subiendo unos minutos más para finalmente llegar al pie de una escalinata, que permitía ascender hasta la cima de la colina donde se encontraba la iglesia.

A través de una puerta, que encontramos entreabierta, franqueamos el muro que rodeaba el recinto sagrado en cuyo centro se encontraba el templo. Ayudados únicamente por la débil luz de nuestras linternas seguimos andando. Cuando ya casi llegamos a lo que en la oscuridad parecía la fachada del edificio, de repente, nos detuvimos sobresaltados por el ruido de algo que se movía en el suelo delante de nosotros.

—¡Mirad! Hay gente durmiendo a la intemperie —exclamé.

Efectivamente, delante de la iglesia dormían 30 o 40 personas que yacían sobre el suelo envueltas en unas túnicas blancas.

—Son los seminaristas —dijo Ángel susurrando—. La misa aún no ha empezado.

—¿Que hacemos?— preguntó entonces una de las enfermeras—. Aquí no nos podemos quedar.

—Será mejor que volvamos al coche o los vamos a despertar— sugirió Ángel.

Casi de puntillas, en absoluto silencio, dimos media vuelta y nos retiramos siguiendo en fila india el camino por donde habíamos venido. Cuando llegamos a la altura del cementerio distinguimos a lo lejos la figura de un hombre envuelto en una túnica que se nos acercaba ascendiendo la montaña en dirección a la iglesia. Al cruzarnos, se detuvo y pudimos ver que se trataba de un sacerdote ortodoxo; llevaba en una mano un pequeño libro y en la otra una cruz plateada. Ángel se di-

rigió al sacerdote en tigríña y tras una breve conversación nos lo presentó.

—Es el sacerdote principal de la iglesia, dice que la misa empieza hoy a las 11, dentro de 15 minutos y que estará encantado de que asistamos.

Acompañados esta vez por el clérigo etíope subimos de nuevo hacia la iglesia. Cuando llegamos, los seminaristas que parecían dormidos se levantaron bruscamente mientras el sacerdote introducía una enorme llave en la cerradura de la puerta y abría la iglesia.

Siguiendo las indicaciones de Ángel, nos descalzamos dejando los zapatos junto a la puerta y entramos en el templo. Una vez adentro y a medida que los seminaristas encendían algunas velas, advertimos que nos encontrábamos en el interior de una montaña que había sido horadada formando una gran nave cuya planta tenía forma de cruz. En el centro de la cruz había un recinto cuadrangular separado del resto de la iglesia por unas cortinas raídas detrás de las cuales desapareció el sacerdote. En las paredes, a medida que nuestros ojos pudieron ver mejor, advertimos la presencia de unos dibujos muy simples, hechos en un estilo que recordaba el de los retablos románicos, y que con gran profusión de colores representaban escenas bíblicas. En uno de ellos podía verse claramente la figura de San Jorge matando al dragón. Algunas pinturas tenían el aspecto de haber sido realizadas recientemente, otras habían perdido los colores y parecían tener cientos de años. Todo el recinto tenía un aspecto destartado y sucio. En el suelo esparcidos sin ningún orden había unos libros enormes de aspecto antiquísimo y llenos de polvo, así como algunas esteras y unos curiosos tambores que se encontraban agrupados en un rincón.

Nos invitaron a ocupar un lugar preferente en el centro de la iglesia y poco después dio comienzo la ceremonia. Un hombre anciano con largas barbas y aspecto venerable tomó uno de los grandes libros del suelo, lo puso sobre un viejo atril, y después de una larga búsqueda entre sus páginas comenzó a leerlo con voz grave entonando una especie de cántico. Ayudado por la luz parpadeante de una vela que sostenía en la mano, su oración se prolongó durante cerca de una hora. De vez en cuando parecía equivocarse y el sacerdote principal, desde el otro extremo de la iglesia, le interrumpía para corregirle; sin duda se sabía el contenido del libro de memoria. No había asientos, así que tanto los religiosos como la gente del pueblo, que poco a poco fue llenando la iglesia, permanecían de pie. Afortunadamente, uno de los seminaristas nos proporcionó unos largos bastones con forma de T en los que apoyamos el pecho, descansando en ellos el peso del cuerpo, siguiendo el ejemplo de algunos ancianos que también los utilizaban. Poco a poco el

resto de religiosos y seminaristas comenzó a participar en la oración. La bóveda de la iglesia amplificaba el sonido de sus cánticos y tambores. La gente del pueblo oraba fervorosamente. Una mujer arrodillada golpeaba con su cabeza el suelo y otras, que parecían haber entrado en una especie de trance, gemían con los ojos cerrados. Nosotros éramos, por supuesto, los únicos blancos en aquel lugar y por un momento, en aquel templo casi milenario, a la luz de las velas y rodeado de aquel ambiente de fervor y oración, creí haber sido transportado varios siglos en el tiempo. Finalmente, vencidos por el cansancio y el sueño, aprovechamos una breve interrupción entre dos oraciones y salimos al exterior de la iglesia.

A la mañana siguiente nos levantamos a las seis con la intención de asistir al final de la ceremonia religiosa. Cruzamos el pueblo de Wukro y nos unimos a un río de gente que lentamente se dirigía hacia una iglesia situada a las afueras de la población. Allí, de forma similar a la iglesia de la montaña, los religiosos, diáconos y sacerdotes habían pasado toda la noche orando y cantando acompañados por los tambores y cuernos de viento. Durante la noche se había ido añadiendo una gran cantidad de fieles; en la pared que rodeaba la iglesia había unas 300 personas arrodilladas en círculo rezando, eran los impuros: las personas que convivían con alguien sin estar casadas, las mujeres que menstruaban, etc. Al otro lado del muro y sin entrar en el templo una multitud rodeaba el edificio dando vueltas a su alrededor, era el pueblo en general que seguía la misa desde el exterior. La iglesia tenía dos puertas, delante de ellas se encontraban los zapatos de los pocos fieles que los tenían. Dejamos allí los nuestros y entramos abriéndonos paso entre la gente que abarrotaba el recinto hasta situarnos junto a los seminaristas, jóvenes de unos 14 años que participaban en la ceremonia con especial devoción. ¡Llevaban seis horas de liturgia! Sin embargo, cuando llegó el momento de la comunión, los cantos y salmos subieron de tono acompañados de nuevo por el sonido de los tambores y de las campanas, dirigido todo ello por un sacerdote de blanca barba que con los ojos cerrados marcaba el inicio de las oraciones. De entre la gente apareció entonces un féretro, probablemente de alguien que había muerto durante la noche. Lo bendijeron y lo sacaron fuera a hombros de un grupo de gente. Nos incorporamos al cortejo fúnebre y salimos con ellos al exterior de la iglesia donde se encontraba la multitud. Ya en el exterior, un sacerdote vestido con una túnica dorada, al que protegían del sol con una especie

de paraguas morado, bendijo de nuevo el muerto antes de que el cortejo iniciara el camino del cementerio.

En la puerta de la iglesia se encontraban los más pobres de entre los pobres: leprosos, enfermos consumidos por la tuberculosis o por el SIDA, inválidos y ciegos yacían inmóviles literalmente tirados en el suelo. Completamente envueltos en unas túnicas grises de las que sólo sobresalía la mirada perdida y resignada de quien espera la muerte, cada uno de ellos tenía a su lado un pequeño pañuelo en el que fieles caritativos iban colocando algunos granos de cereales a modo de limosna.

Aquel domingo al atardecer volvimos a Makallé acompañados por Ángel. Durante el trayecto el sol se puso bruscamente, como ocurre en el ecuador, y las sombras de la noche cubrieron el desierto a ambos lados de la carretera que recta y solitaria parecía adentrarse en el horizonte infinito. Algunas hienas salieron de sus escondites merodeando cerca del camino.

Mientras conducía intentando esquivar las piedras, Ángel nos explicó algunas de las muchas anécdotas vividas en el Tigré. Unas semanas antes le había despertado por la noche una familia de Wukro: una mujer se encontraba de parto desde hacía varias horas, con intensos dolores, sin que naciera la criatura. Ante esta situación Ángel pensó que lo mejor era llevar a la mujer hasta Makallé, en donde había un hospital, recorriendo el mismo trayecto que estábamos haciendo nosotros. Por el camino, nos explicó, en una cuneta de la carretera a la luz de la luna y bajo el cielo estrellado, la mujer dio a luz dos sanas y hermosas niñas. Acabado el parto, ya de madrugada, dieron la vuelta y volvieron a Wukro.

Gergist

La pequeña se llamaba Gergist, de la abuela no recuerdo el nombre. Un buen día entraron en la clínica. Gergist, con los ojos muy abiertos y llenos de miedo, tiraba con determinación de su abuela que la seguía con el paso torpe de los ciegos. Poco a poco cruzaron el patio y se situaron en el final de la fila de enfermos que esperaban para ser visitados.

Cuando llegó su turno examinamos a la abuela. No veía casi nada a causa de unas cataratas muy maduras. A pesar de ello tenía un buen pronóstico quirúrgico, así que la apuntamos en la lista de pacientes para operar el día siguiente.

Por la noche, mientras cenábamos, *sister Margaret* me comentó que las conocía. La niña era huérfana y vivía con su abuela. No tenían casa y sobrevivían vendiendo una especie de chufas en una esquina próxima a la clínica, dormían en la misma calle. Por este motivo, «la *sister*» las había autorizado a dormir en la habitación de la clínica destinada al descanso de los enfermos operados.

Al día siguiente operamos a la abuela. Como todo fue bien decidimos operarla también del otro ojo. Entre la primera cirugía, la segunda y la recuperación de ambas, Gergist y su abuela vivieron en el recinto de la clínica 10 o 12 días.

Pronto Gergist comenzó a ser mimada por todos los miembros del equipo. Tendría unos 10 años, alguien le había cortado el pelo al cero (seguramente para curarle alguna parasitosis del cuero cabelludo), y ella cubría coquetamente la cabeza con su túnica. Con una permanente sonrisa nos miraba atentamente con ojos grandes y asombrados que destacaban en su carita negra y sucia. Todos los miembros del equipo le hacían pequeños regalos: unos caramelos, una pelota de goma, una libreta o un bolígrafo que ella guardaba celosamente junto al lecho de su abuela. Yo le había regalado un oso de peluche que mi hija había puesto en mi maleta antes de partir de Barcelona. De común acuerdo, con nuestro lenguaje basado en signos, le pusimos el nombre de «Tedi-ber» para simplificar las cosas.

Durante su estancia entre nosotros pude comprobar que aquellas dos personas que no tenían absolutamente nada, eran completamente felices. Se tenían la una a la otra. La niña permanecía siempre atenta a las necesidades de la abuela, a la que ayudaba a caminar y servía de la-

zarillo; la abuela, con una ternura infinita acariciaba a la niña mientras sonreía feliz. En una ocasión las sorprendí durmiendo una abrazada a la otra, completamente en paz.

Habíamos estado discutiendo con mis colegas sobre la forma más eficaz de eliminar el tracoma de una comunidad. Todos estábamos de acuerdo en que las medicinas eran insuficientes si al mismo tiempo no se educaba a la población en la higiene de las manos y la cara. Así que, cuando aquella tarde vi a Gergist observándome como siempre desde un extremo del patio, esperando que dispusiera de algún tiempo libre para jugar o quizá algún regalo, me dirigí hacia ella y tomándola de la mano la introduje en la clínica llevándola delante del lavabo del dispensario. Me dirigió una mirada de interrogación y entonces yo abrí el grifo. De un salto se encaramó al lavabo y acercando su boca al chorro, empezó a beber ávidamente sin dejar escapar una sola gota de agua, como esperando que de un momento a otro yo cerrase el grifo. Cuando no pudo más y finalmente se retiró, le señalé el jabón que había en la jabonera, lo cogió y empezó a frotarse violentamente las manos y la cara a toda velocidad, absolutamente sorprendida de que dejara que toda aquella agua se escapara por el agujero del desagüe.

Un día, completamente recuperada la abuela, ambas desaparecieron por la puerta de la clínica cogidas de la mano y sonriendo como siempre.

La cultura tigrina

La gente del Tigré es, sin duda, particularmente afectuosa. Al hablar gesticulan con el rostro y con las manos, se tocan y son extraordinariamente expresivos. En este país es común ver a dos hombres andando por la calle cogidos de la mano, o a un grupo de muchachos o de chicas riéndose a la salida de la escuela cogidos por los hombros.

Recuerdo con cierta incomodidad que en una ocasión fuimos invitados, en un pueblo no muy lejano, a las fiestas de la localidad en la que vivían algunos alumnos de la escuela de Wukro. Se trataba de un conjunto de chozas dispersas a lo largo de la falda de una colina. Cuando llegamos, todo el pueblo nos estaba esperando para visitar una a una todas las casas de la localidad. En cada casa nos ofrecieron asiento, pan y una cerveza local elaborada especialmente para la ocasión. Cuando ya habíamos visitado unas cuantas viviendas y la alegría colectiva, propia de las fiestas e incrementada por la cerveza, fue en aumento, uno de los alumnos de la escuela, al que sin duda le caí particularmente bien, me cogió de la mano para acompañarme la mayor parte del recorrido. Sólo ocasionalmente me soltaba la mano, desaparecía unos minutos y volvía enseguida, para cogérmela de nuevo y proseguir con el resto del pueblo la visita a las casas más alejadas. Por la noche, uno de mis compañeros me informó del motivo de las misteriosas desapariciones de mi amigo local: cada vez que soltaba provisionalmente mi mano era para eliminar fisiológicamente el exceso de cerveza ingerida contra la pared trasera de la choza más próxima.

Cuando dos tigrinas se encuentran por la calle, especialmente si hace tiempo que no se han visto, el saludo constituye todo un ritual. Se dan la mano derecha y la mantienen estrechada mientras que se rozan lentamente las mejillas tres, cuatro o hasta seis veces. Dado que el número de besos debe ser proporcional a la alegría del encuentro, yo, personalmente, nunca sabía cuál era el número adecuado, y casi siempre me encontraba besando el aire, cuando mi interlocutor o interlocutora decidía que ya nos habíamos saludado lo suficiente. En cierta ocasión una joven musulmana llamada Fátima, con la que hicimos cierta amistad, se despidió de nosotros besando nuestra mano y ofreciéndonos la suya para que hiciéramos lo mismo.

En este contexto de ceremonias, inclinaciones de cabeza, sonrisas y saludos no dejaba de sorprenderme aún más la extraordinaria dureza

del idioma tigríña. Es un idioma gutural, que se habla con la laringe, lleno de vocablos secos y duros. Por ejemplo para decir «si», los tigríñas aspiran aire y emiten un sonido seco, parecido a un hipido, que al principio es sumamente desconcertante. En cierta ocasión estaba explicándole a una de nuestras ayudantas, que estaba embarazada, el funcionamiento de un nuevo aparato para esterilizar el instrumental. La chica me escuchaba atentamente con los ojos muy abiertos y asintiendo continuamente... recuerdo que pense que debía encontrarse mal y estuve a punto de sugerirle que bebiera un poco de agua. En otras ocasiones pedía a nuestros ayudantes que hablaran con el enfermo que estábamos a punto de operar, al que notaba particularmente nervioso, y procuraran tranquilizarlo explicándole que no iba a notar dolor, que la operación duraría únicamente algunos minutos, etc. Normalmente las palabras tranquilizadoras sonaban como una retahíla de insultos que difícilmente podían considerarse como una psicoterapia efectiva.

Por el contrario la escritura etíope, común al idioma amárico, al tigríña, y hasta cierto punto al gueez, es de una gran belleza. Consiste en 26 consonantes que pueden combinarse con siete vocales diferentes constituyendo un total de 182 signos o sílabas. De una especial belleza son los documentos religiosos o libros de oraciones antiguos, que te muestran los sacerdotes cuando visitas las viejas iglesias y monasterios. Estos libros, repletos de preciosos dibujos llenos de colorido que recuerdan el estilo de los retablos románicos, contienen textos manuscritos a través de los cuales las leyendas e historias de este país han sido transmitidas a través de generaciones.

El gueez, una lengua semítica originaria del sur de la península arábiga, cruzó el mar rojo algunos siglos antes de nuestra era y fue el idioma oficial del imperio axumita. Aún hoy, esta lengua emparentada con el hebreo, el árabe y el arameo, es la utilizada en la liturgia de la iglesia ortodoxa etíope. De la mezcla del gueez con otras lenguas couchíticas propias de la región (Koussh es el nombre con el que en la Biblia se designan los territorios ocupados por la actual Etiopía) surgieron el tigríña, el amárico y otras lenguas habladas en el norte y centro del país. Si consideramos además las lenguas derivadas de otras fuentes como las omóticas o las nilo-saharianas, en total podemos encontrar unas 150 lenguas vivas que se utilizan actualmente y que hacen de Etiopía una de las regiones lingüísticamente más ricas del mundo. La riqueza cultural de Etiopía esta íntimamente ligada a su orografía a su

historia y a su religión. El difícil acceso a muchas zonas del territorio y su temprana cristianización salvaron a Etiopía de la invasión del islamismo y la consiguiente implantación del idioma árabe que aconteció en los demás países del este de África.

El multilingüismo era un hecho palpable continuamente. Al inglés, idioma adoptado para los estudios superiores y la comunicación científica, se unía el amárico, lengua común en toda Etiopía y el tigrina propio de la región. Pero había pacientes que hablaban afar, oromo u otras lenguas o dialectos que en ocasiones hacían imposible la comunicación. Recuerdo que en cierta ocasión llegó a la clínica un hombre al que nadie entendía. Fue imposible comunicarse con él y aquel paciente permaneció allí dos o tres días hasta que otro enfermo pudo traducir su historia al amárico y de éste al inglés: había perdido vista de un ojo y estaba muy asustado porque toda su familia se había vuelto ciega.

El Tigré es sin duda una realidad cultural fuertemente arraigada en la población. Su idioma, su música y sus costumbres, su cultura en fin, está íntimamente ligada a su extraordinaria historia. Su orgullo parece derivar del hecho de ser los descendientes del imperio aksumita, de ser los introductores del cristianismo en Etiopía, de poseer en su territorio el Arca de la Alianza... y sin duda consecuencia también de los 17 últimos años, en los que el TPLF (Frente de liberación del Tigré) ha dominado la vida del territorio y dirigido la lucha contra el gobierno central.

La corneta

No podía dormir, las imágenes de aquel día interminable se sucedían en mi mente. Fuera, las hienas reían mientras se introducían en las calles de la población a través del cauce seco del río, hasta las mismas puertas de nuestro alojamiento, buscando desperdicios o quizá alguna gallina. Los perros, alertados, respondían ladrando furiosamente.

Salí al patio. Aquella noche no había luna y sin luz eléctrica la oscuridad era absoluta. Soplaba una suave brisa que agitaba las hojas de los árboles. A más de 2.000 metros de altura y sin contaminación contemplar el firmamento, que parecía un castillo de fuegos artificiales, producía escalofríos. La Cruz del Sur brillaba justo delante de mi puerta.

Unas horas más tarde, serían las tres de la madrugada, me despertó el sonido de una corneta. Era un toque agudo y prolongado seguido de una voz masculina que pregonaba una especie de letanía. Durante cerca de media hora, el sonido de la corneta y el pregón fueron alejándose y acercándose periódicamente dando vueltas por las calles del barrio. Finalmente, me dormí de nuevo.

A la mañana siguiente pregunté a las monjas el significado de aquella corneta.

—Aquí en Etiopía, cuando muere alguien lo entierran enseguida —me respondieron—, cuando mueren por la noche llaman la atención del vecindario mediante un toque de corneta y anuncian el nombre de la persona que ha muerto.

Otra noche, alrededor de las once, volvimos a oír el toque de corneta seguido del pregón. Salimos a la calle apenas iluminada por la que aún circulaba gente. Algunos niños todavía correteaban y pequeños grupos de hombres charlaban delante de algunas casas. En una esquina estaba el séquito fúnebre compuesto por tres hombres: uno tocaba la corneta, el segundo pregonaba con voz potente una larga letanía que el tercero le dictaba en voz baja. Seguimos al grupo a cierta distancia calle arriba. Cada dos o tres manzanas se paraban y repetían el toque de corneta y la letanía. A su paso, la gente guardaba silencio y escuchaba atentamente. De repente, una de las veces, antes de que acabara el pregón, uno de los niños que estaban jugando en la calle emitió un grito desgarrador y estallando en llanto comenzó a correr calle abajo en dirección a su casa.

La clínica de malnutrición

Una tarde sin electricidad decidimos visitar el centro de malnutrición que *sister Mary*, una de las compañeras de *sister Margaret*, tenía a poca distancia de la clínica. Se trataba de una simple habitación en cuyo exterior, sentadas en un banco, esperaban tres o cuatro madres con sus bebés en brazos. Dentro, una pequeña camilla permitía explorar a los niños. En un extremo había un botiquín que contenía los suplementos vitamínicos necesarios para el tratamiento, y el otro extremo, para nuestra sorpresa, estaba ocupado por un televisor y un reproductor de vídeos. —Es para enseñar a las madres a preparar el alimento de sus hijos— nos explicó *sister Mary* señalando el televisor. —¿Pero aquí no les dais alimentos? —pregunté— No, sería contraproducente —respondió *sister Mary*—. En épocas de hambre o durante la guerra veíamos muchos casos de malnutrición proteica, pero normalmente, al contrario de lo que mucha gente cree, el problema no es debido a la carencia de alimentos.

—Sin embargo, aquel niño parece francamente desnutrido— le dije señalando a uno de los pacientes que esperaban ser atendidos.

—El problema radica en que aquí las mujeres tienen muchos hijos y muy seguidos. Cuando nace uno le quitan el pecho al anterior y alimentan al mayor con papillas preparadas con agua contaminada. El niño pronto adquiere una gastroenteritis o una parasitosis intestinal lo que le ocasiona una diarrea crónica con la consiguiente desnutrición.

—¿Y que es lo que muestra el vídeo?

—Mediante vídeos editados por la OMS les enseñamos a hervir el agua y a prevenir las infecciones. El problema es que el combustible es muy caro y en ocasiones más difícil de conseguir que los propios alimentos. La gente debe hacer largas colas para obtener algo de queroseno, que es relativamente barato al estar subvencionado por el gobierno. El otro problema serio es la calidad de la dieta —continuó explicando *sister Mary*—. Después de la leche materna los niños tienen una dieta muy pobre, sin verduras ni frutas y por lo tanto con una importante carencia de vitaminas. Ello condiciona con frecuencia un desarrollo deficiente y problemas oculares que seguramente habréis visto en la clínica de *sister Margaret*.

Sister Mary nos enseñó entonces las estadísticas de los niños atendidos en el centro en los últimos 10 años. Siguiendo los criterios de la

OMS había anotado cuidadosamente todos los parámetros para valorar cuantitativa y cualitativamente el grado de nutrición de los niños de la zona.

—Como podéis comprobar la situación ha mejorado mucho desde que acabó la guerra —señaló—. Hace 10 años el 80% de los niños que acudían aquí estaban gravemente desnutridos, actualmente la proporción ha descendido al 20% —nos explicó mientras media el grosor del tejido subcutáneo de un bebe de unos 6 meses y exploraba sus ojos y su abdomen. Otro de los grandes problemas es la ausencia de letrinas, la gente hace sus necesidades en el cauce seco de los ríos, pero cuando llueve la porquería es arrastrada hacia las charcas a donde todo el mundo acude para obtener el agua. Nos enseñó entonces una letrina que una ONG alemana había construido en la parte trasera del centro.

—¿Y que hay acerca del control de la natalidad?— pregunté con cierto reparo sabiendo de antemano la opinión de la iglesia católica al respecto.

—Aquí enseñamos a las mujeres los métodos naturales de control de la fertilidad— me contestó.

Nos enseñó los carteles que utilizaban para ello. En unos se veía a una familia numerosa: los niños enfermos y hambrientos en una choza miserable. En otro cartel se veía una familia de natalidad controlada: los niños bien vestidos y alimentados, toda la familia sonriente y feliz.

Colgado en la pared otro cartel mostraba el ciclo reproductor femenino. Los días fértiles estaban representados por un dibujo que mostraba la estación húmeda, con los campos repletos de cosechas, y a su lado montones de niños. Los días no fértiles estaban representados, por el contrario, por la estación seca con los campos yermos y el paisaje desértico.

—El problema es que las mujeres no quieren ni oír hablar de control de la natalidad. Socialmente están mejor consideradas cuantos más hijos tienen y hay una presión tremenda para que empiecen lo más pronto posible a parir y criar a sus hijos...

La deficiencia de vitamina A o Xeroftalmía (ojo seco), es una terrible enfermedad que ya era conocida por los antiguos egipcios hace 3.500 años. La vitamina A, que se encuentra en el hígado de peces y aves, en los huevos, la leche, las frutas y algunas verduras, es imprescindible para la síntesis de los pigmentos visuales que, en la retina, permiten la visión en condiciones de escasa iluminación. Además, en su

ausencia, las mucosas como la conjuntiva pierden la humedad que las caracteriza y se convierten en un tejido semejante a la piel. En muchas zonas del Tercer Mundo la alimentación se basa en cereales y la población sufre una carencia crónica de vitamina A. Son los niños de entre uno y cinco años las principales víctimas de la avitaminosis. Los niños nacen de madres con deficiencia de vitamina y comienzan su existencia con unas reservas mínimas. En la primera infancia las necesidades son máximas debido al crecimiento y frecuentemente las enfermedades febriles, tan comunes a esta edad, precipitan el problema.

El síntoma más precoz es la incapacidad para ver en la oscuridad. Muchas lenguas locales, en África y Asia, tienen palabras específicas para definir el problema que afecta a una parte importante de la población. Si la carencia no es paliada, la conjuntiva y la córnea adquieren un aspecto seco y deslustrado y el paciente empieza a perder visión. En esta situación, si se produce un ayuno prolongado o aumentan bruscamente las necesidades vitamínicas, la córnea se ulcera y se forman pequeñas perforaciones que pueden ocasionar la ceguera o incluso la pérdida del globo ocular. Esta situación se produce con frecuencia cuando el niño sufre el sarampión, una gastroenteritis o una neumonía. En estas circunstancias el pequeño pierde el apetito y se encuentra particularmente debilitado.

En la época en la que nosotros visitamos Etiopía, después de una temporada de buenas cosechas, pudimos ver sólo unos pocos casos de avitaminosis aguda que en general afectaban a niños huérfanos o abandonados. Sin embargo, muchos adolescentes que habían sobrevivido a la hambruna de 1985, presentaban cicatrices y complicaciones oculares producidas por el hambre y las terribles condiciones que sufrieron en su infancia.

Invierno de 1985

El viaje entre Addis y Makallé, atravesando el norte de Etiopía en un pequeño avión de hélice que vuela a baja altura, es un espectáculo difícil de olvidar. Lentamente, va desfilando bajo el avión una sucesión interminable de formidables montañas separadas por vastas mesetas. Apenas se divisan algunos núcleos de población que parecen aislados en la enormidad del paisaje. La tierra es árida, reseca y rocosa sin un solo árbol en kilómetros y kilómetros. Inmensos altiplanos surcados por tremendos despeñaderos y profundos cráteres se suceden sin interrupción. Parece imposible que allá abajo la vida haya podido subsistir, y que algunos seres humanos hayan sido capaces de sobrevivir durante generaciones y generaciones en un lugar tan terriblemente desolado.

Contemplando la inmensidad de semejante espectáculo, sólo comparable a la del mar, el desierto o quizá a la de la superficie de la luna, no resulta difícil imaginar lo que allí ocurrió en el trágico invierno de 1985.

Durante los años 1983 y 1984 casi no llovió en grandes zonas del norte de África. En octubre de 1983, tras fracasar la estación de las lluvias, la FAO dio la voz de alarma: millones de personas corrían el peligro de morir de hambre.

Tras meses y meses sin caer ni una sola gota de agua, la vida casi se había extinguido en las inmensas mesetas etíopes. De la tierra reseca no brotaba ni una brizna de hierba. Los pocos árboles se debatían entre la vida y la muerte. El ganado había muerto irremediablemente hacía ya tiempo. La población se había concentrado en los alrededores de las ciudades, en donde la muchedumbre se consumía poco a poco agotando sus últimas reservas. Kobbo, Alematá, Korem, Makallé... nombres de lugares que pasarán a la historia por el dantesco espectáculo de miles y miles de personas hacinadas en campos de refugiados, sentadas en silencio, esperando morir de hambre.

Ni siquiera tan espantosos acontecimientos fueron capaces de detener la guerra. La guerrilla del TPLF dominaba el 80% del territorio del Tigré y acosaba sin descanso los convoyes de las tropas gubernamentales en cuyo poder permanecían las principales ciudades. La guerrilla estaba formada por hombres y mujeres bien adiestrados e imbuidos de fuertes sentimientos nacionalistas. Hombres y mujeres desesperados y dispuestos a todo, convencidos de la necesidad de liberar a su pueblo

del abandono y de la pobreza a la que había estado sometido durante siglos. Los guerrilleros reclutaban a sus partidarios haciendo incursiones en los pueblos en donde mediante mimo y teatro, a los que tan aficionadas son las tigríñas, convencían a sus habitantes de la bondad de su movimiento.

En cierta ocasión, al preguntar a un exguerrillero el porqué de una guerra tan prolongada y cruel, me respondió con un sencillo ejemplo: ¿ves estas marcas que tenemos todos los del Tigré junto a los ojos?, pues durante muchos años a cualquiera que llevara estas marcas o hablara en nuestro idioma le era muy difícil estudiar o simplemente conseguir trabajo en el resto de Etiopía.

Las tropas gubernamentales, por el contrario, combatían sin motivación. Habían sido reclutadas a la fuerza en las calles de Addis y otras grandes ciudades. En ausencia de un censo fiable, la policía cerraba una calle y obligaba a todos los varones en edad militar a subir a los camiones para ser conducidos al frente.

El gobierno, consciente de su debilidad militar, optó por evacuar del Tigré a los damnificados por la sequía. En aquellos primeros meses de 1985, miles de tigríñas fueron forzosamente reasentados lejos de la tierra donde habían nacido. Caravanas interminables de autobuses y camiones fletados por el gobierno y atestados de personas procedentes del Tigré, pasaron por Addis en dirección al Sur y el Oeste del país, zonas supuestamente menos afectadas por la hambruna, donde fueron reubicadas. Poco se conoce sobre el destino de los infelices supervivientes de tan espantoso viaje.

Las crudas imágenes de la catástrofe inundaron los periódicos y televisores de occidente provocando una gran ola de solidaridad. «*La Vanguardia*» de Barcelona se hace eco durante estas semanas de la espontánea reacción de la gente de la calle, que reúne alimentos y mantas para ayudar a los damnificados, así como de las dificultades para hacerla llegar hasta los afectados diseminados en un inmenso territorio, sin vías de comunicación y asolado por la guerra. Las ayudas son divididas en dos partes: la primera es enviada por vía aérea hacia Addis, mientras que la segunda se remite por vía marítima hacia los puertos de Eritrea para distribuirla en la zona dominada por la guerrilla.

Poco queda ya en la memoria colectiva de aquel catastrófico año para la historia de África, año en el que 35 millones de africanos pasaron hambre, cerca de 1.000.000 murieron en el norte de Etiopía... año en el que se produjo un enésimo golpe de estado en Nigeria, en el que Milton Obote fue derrocado en Uganda, en el que un cruento golpe de estado asoló Guinea Conakry, en el que continuó interminable la guerra en el Chad, los levantamientos en Sudáfrica...

En julio de 1985 una nueva reunión de la OUA (Organización para la Unidad Africana) acuerda un plan quinquenal para combatir las sequías, se decide invertir entre el 20 y el 25% del gasto público en la tierra. Los años siguientes se encargaron de demostrar que, de nuevo, aquel acuerdo había sido papel mojado. Entre otras causas, la abrumadora deuda externa se encargó de ello.

De poco sirvió tanto sufrimiento. Los problemas de África continuaron sin ser resueltos, las potencias occidentales siguieron jugando su macabra partida en el tablero africano, hasta que otras catástrofes, como la tragedia de los grandes lagos o la reciente hambruna del Sudán, volvieron a mostrarnos el trágico espectáculo televisivo de la muerte y el hambre.

Pero en la memoria de muchas de las personas que hoy habitan el Tigré persiste el recuerdo de aquellos meses terribles, y en la mirada inocente de aquellos niños, ahora adolescentes, pudimos adivinar las cicatrices irreparables causadas por el hambre.

International-Ethiopian boundary is not authoritative. Locations of Badme and Zela Anbesse relative to the boundary are not shown.

Eritrea and Northern Ethiopia

- International boundary
 - ★ National capital
 - Railroad
 - Road
 - Track
- 0 50 100 Kilometers
0 50 100 Miles
Mapmaker Projection





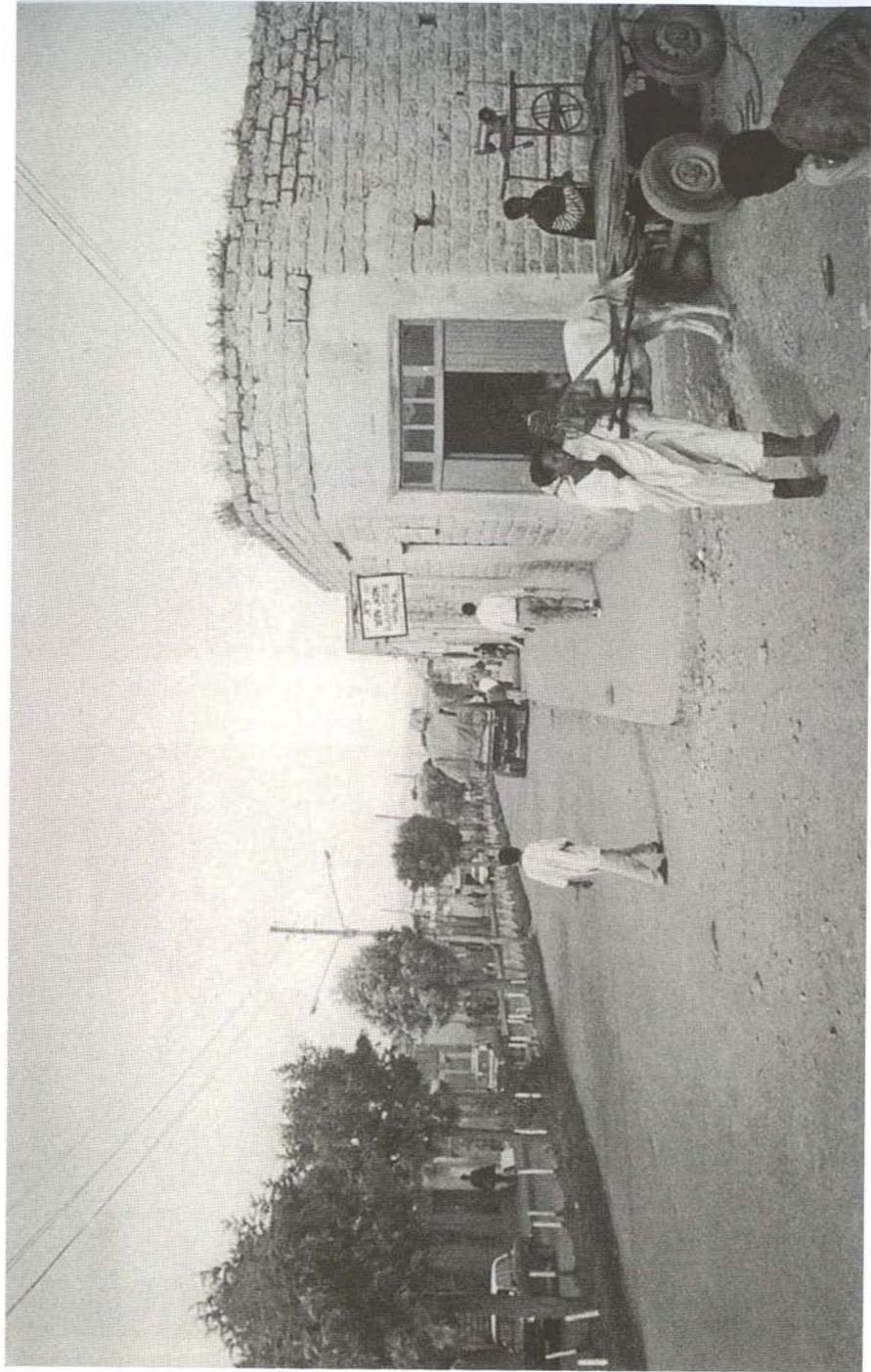
Una anciana llega hasta la puerta de la clínica para ser atendida. (Foto. J.Loscos)



Colaboradores de "Proyecto Visión" y *sister Margaret* en el aeropuerto de Makallé.



El Dr. Fitsum, con algunos miembros de "Proyecto Visión" en la *St. Louis Eye Clinic*.



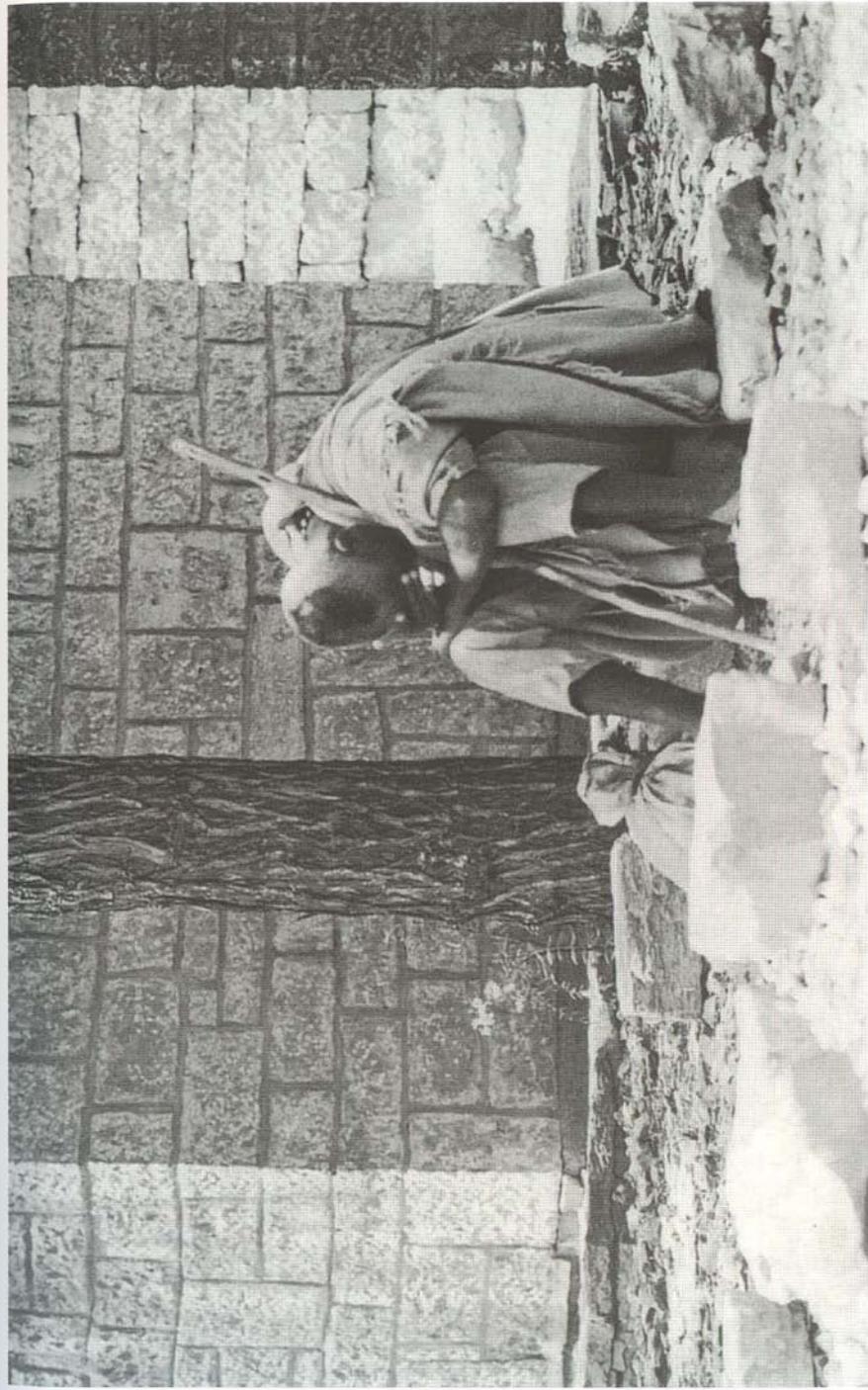
La calle principal de Makallé. El sastre con una máquina de coser instalada sobre un carro ofrece sus servicios a los vecinos.



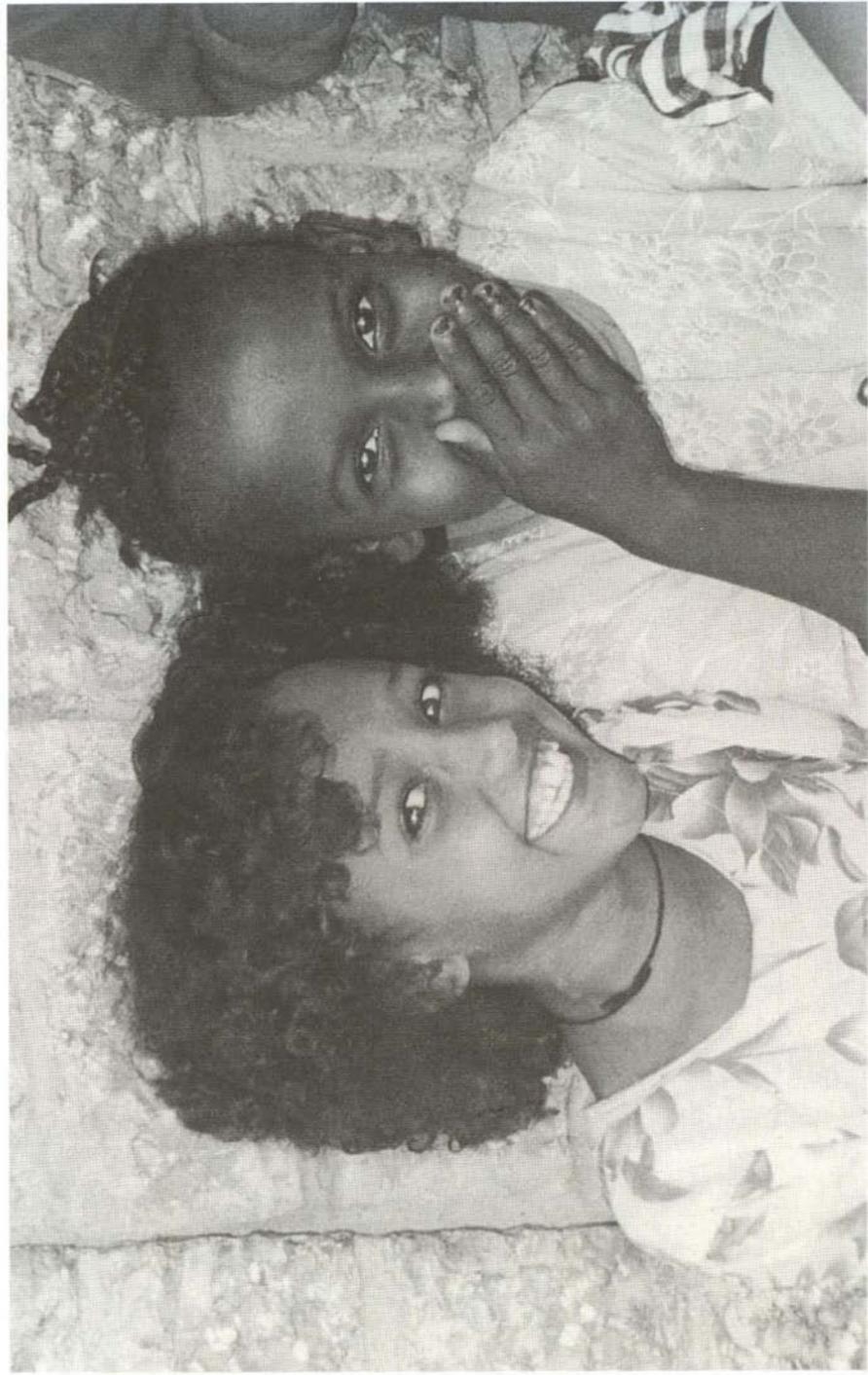
Una mujer en la puerta de su choza en una zona urbana (Makallé).
El techo de la vivienda es de uralita y un cable eléctrico alimenta la única bombilla de la casa.



Algunos vecinos y sus animales aprovechan el agua de un charco en el cauce seco del río cercano a la clínica.



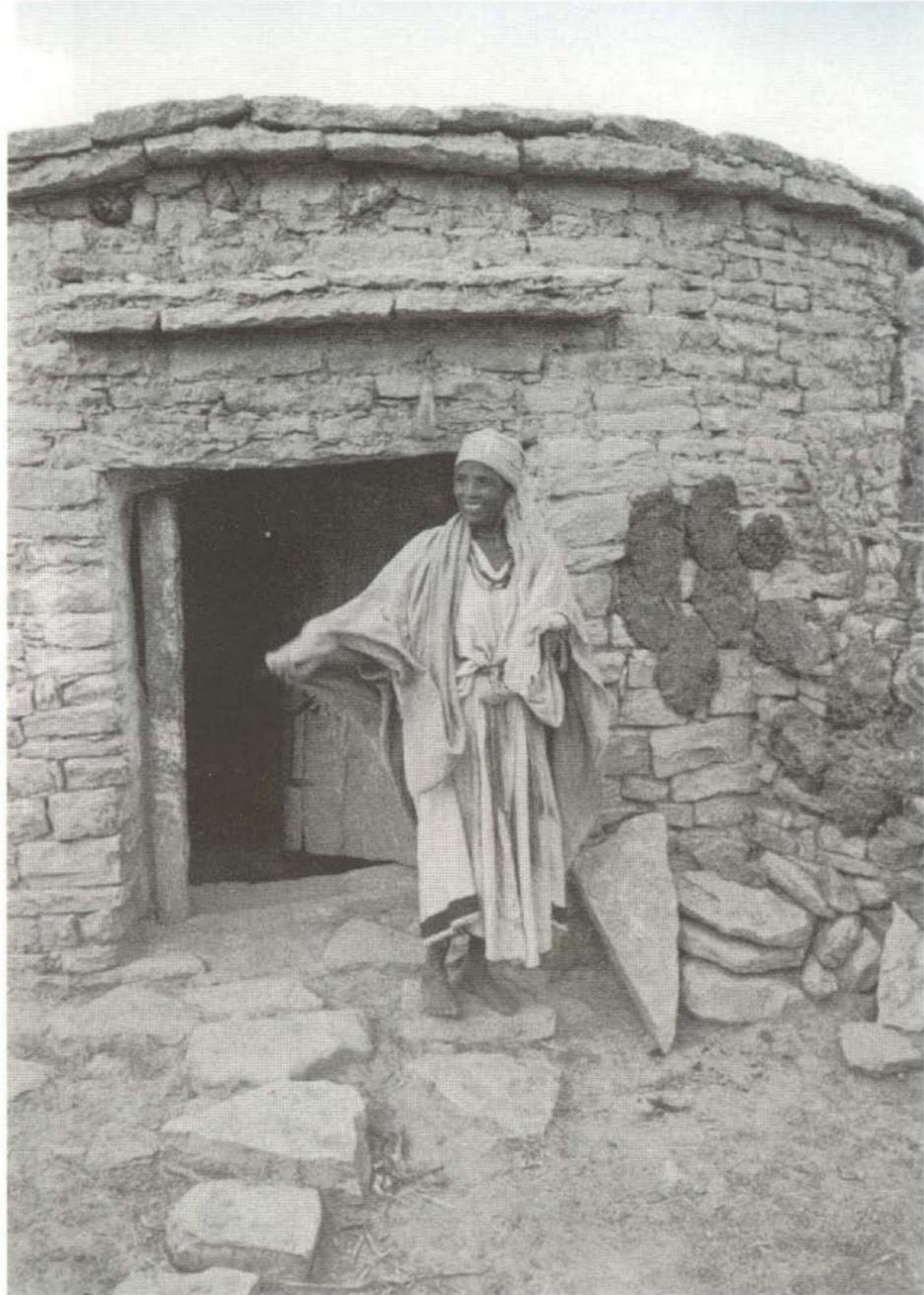
Un paciente descansa, recién llegado a la clínica, agotado por el largo viaje realizado.



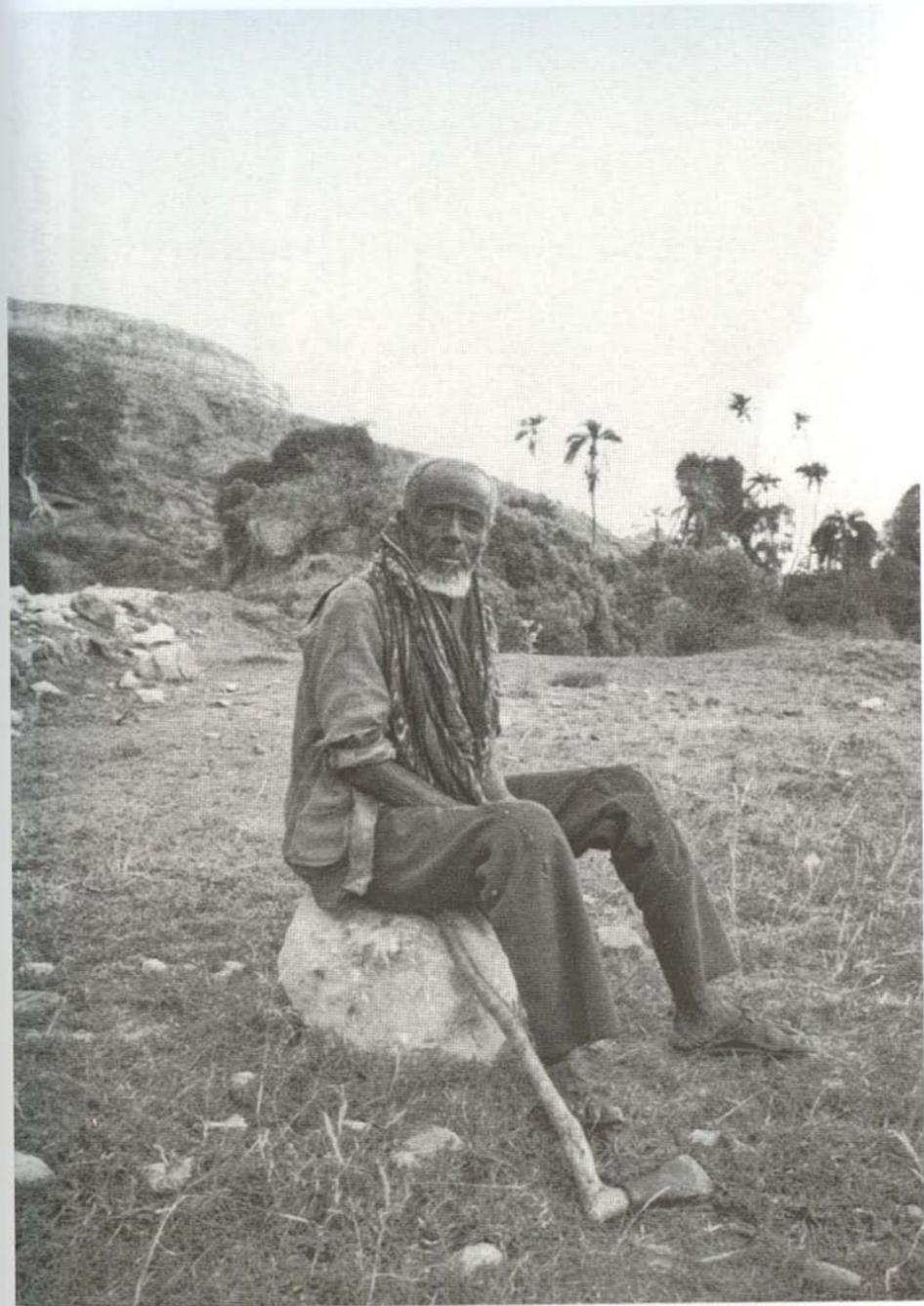
Dos niñas cuchichean divertidas por nuestra presencia.



En Makallé, una niña posa sonriente en la puerta de su casa.



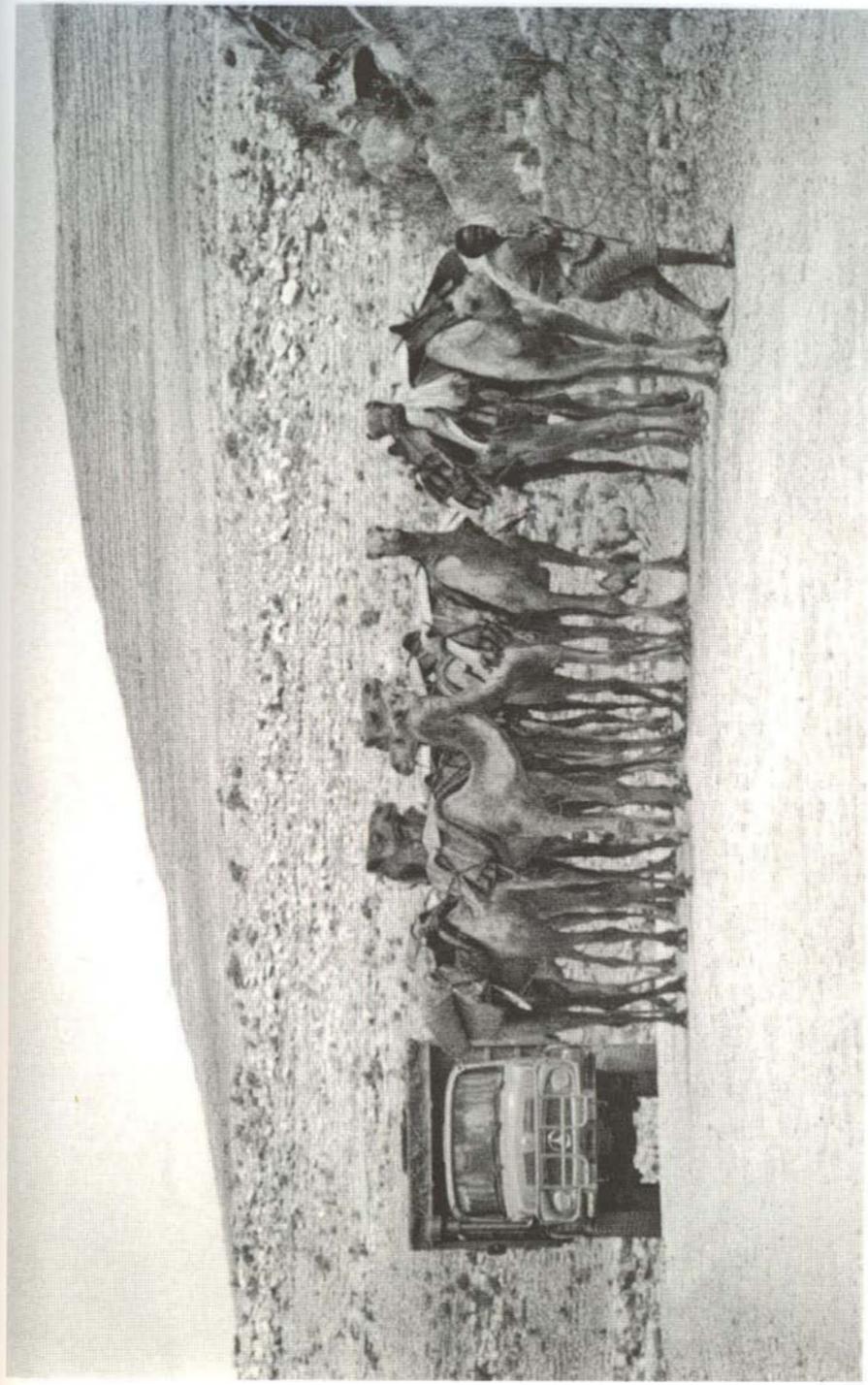
Otra mujer sale de su hogar en una zona rural del Tigré. En la pared se secan las boñigas que constituyen su principal fuente de energía. (Foto. J. Loscos).



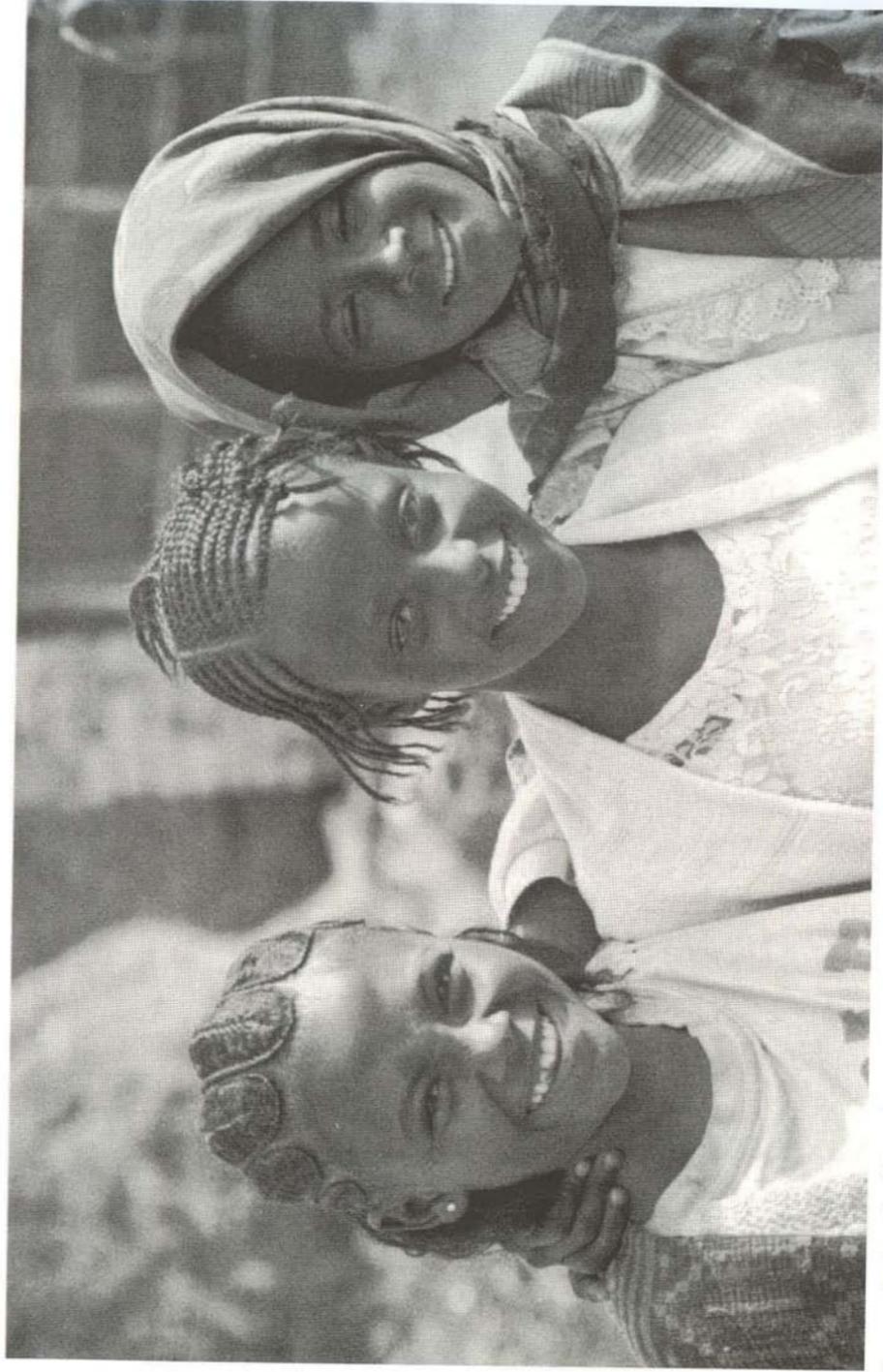
Un campesino en una zona rural del norte del Tigré. (Foto. J.Loscos).



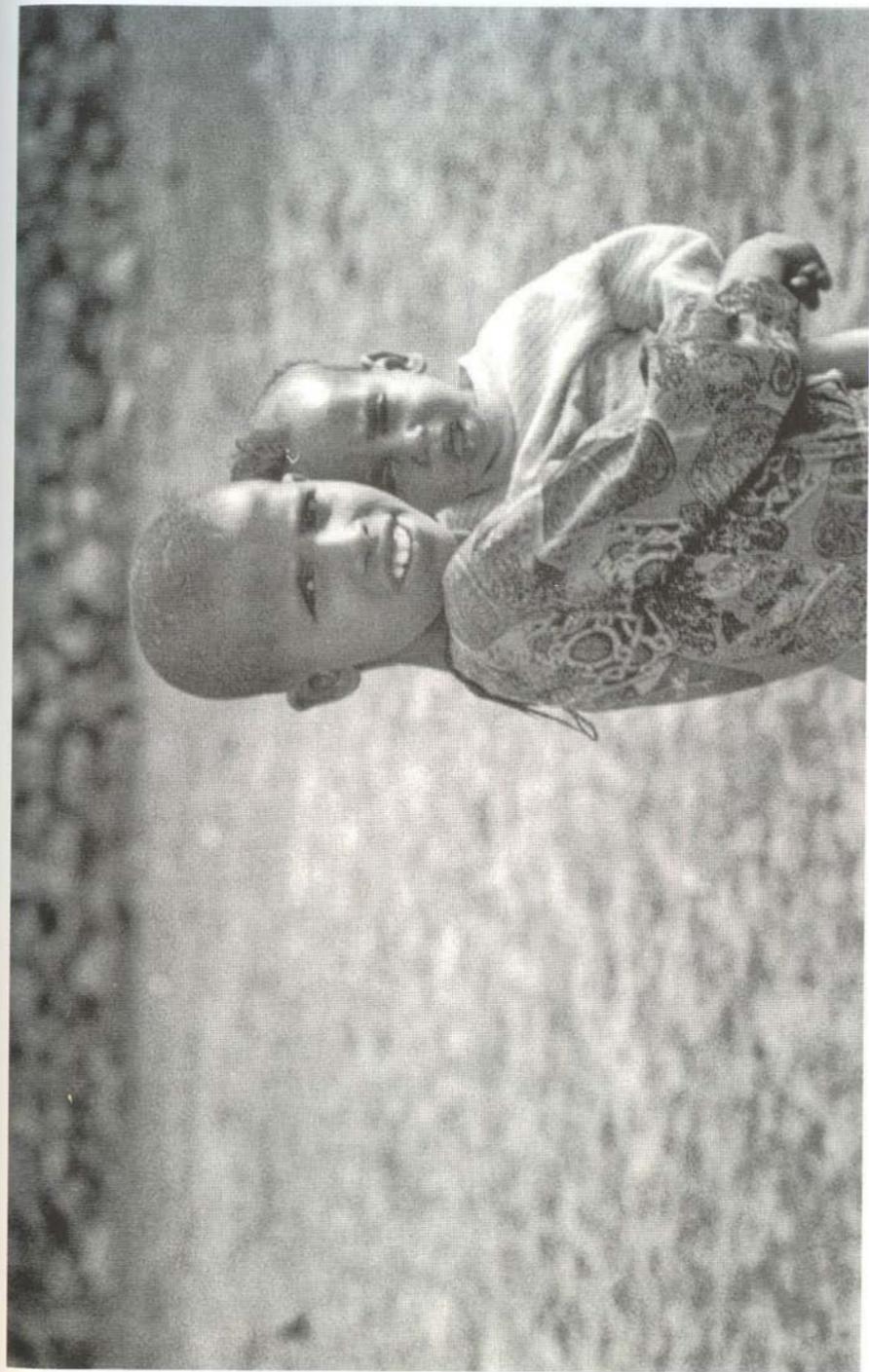
Un sacerdote de la Iglesia Ortodoxa Etíope delante del templo excavado en la roca que se encuentra en las proximidades de Wukro.



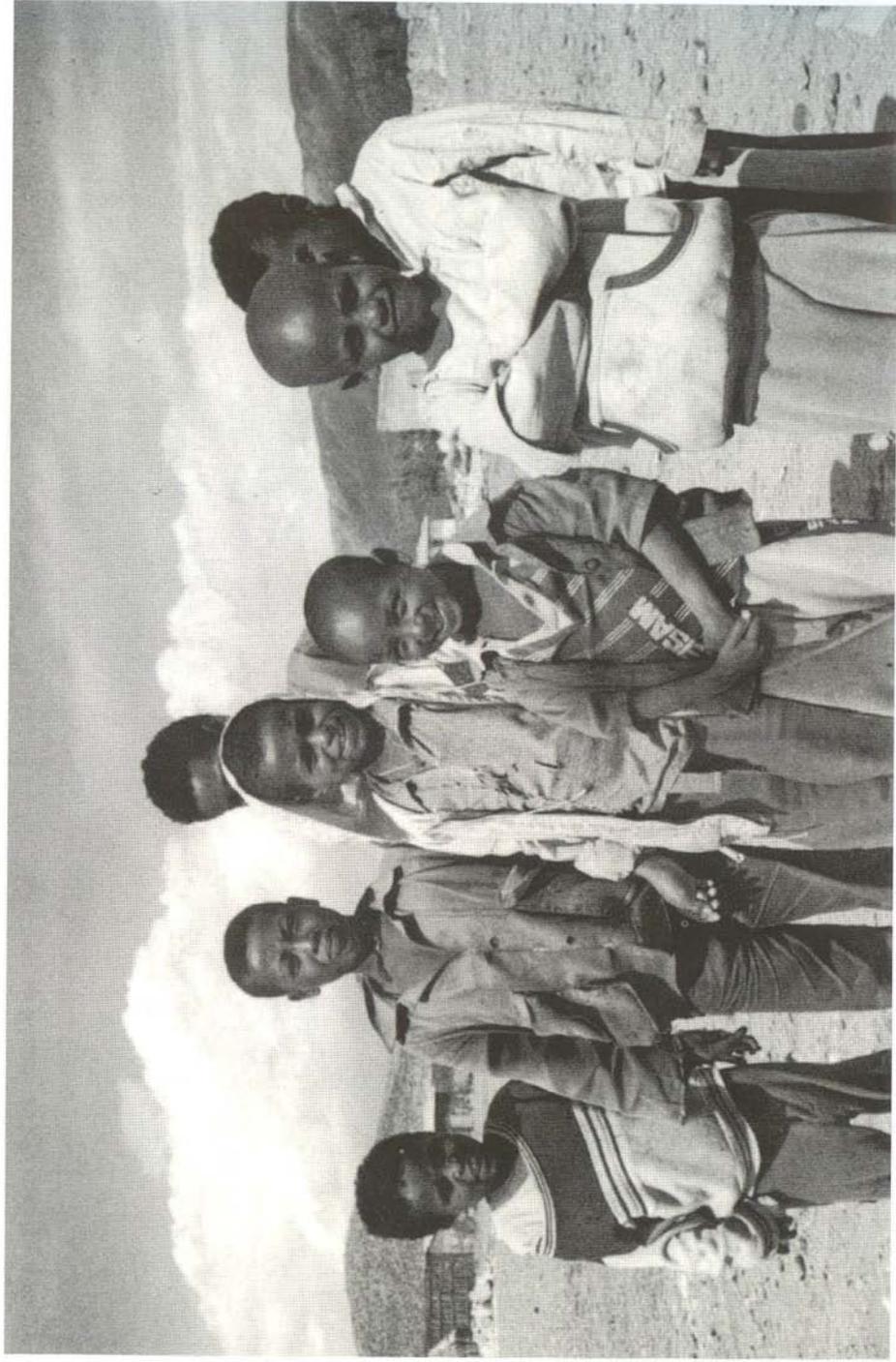
Un grupo de camellos, conducidos por un afar, transportan la sal desde el Danakil hasta Makallé.



Tres muchachas, familiares de una trabajadora de St. Mary, (Wukro) posan sonrientes luciendo sus extraordinarios peinados.



En Wukro, los niños parecen cuidarse los unos a los otros.



Niños de todas las edades llenan las calles de Wukro.

El desierto de la pobreza

Era un día particularmente caluroso. El sol de plomo parecía querer aplastarnos contra el suelo polvoriento. Sin embargo, por el camino habíamos podido ver algunas personas que andaban descalzas, casi trotaaban, con bultos, sacos o leña sobre sus cabezas sin que el sol asfixiante pareciera afectarlas demasiado. Habíamos dejado el coche al final de una pista de tierra y nos disponíamos a iniciar el corto trayecto que, a través de un empinado sendero que discurría entre las piedras, ascendía hasta la colina en donde se encontraba una iglesia ortodoxa muy conocida y frecuentada por los habitantes de la zona.

Una vez al año, nos explicaron, alrededor de aquella iglesia se reunía una gran cantidad de gente para celebrar la fiesta de un santo, que gozaba allí de una especial veneración, con cuya intervención esperaban lograr una buena estación de las lluvias y una fértil cosecha.

Aquel día no había allí nadie. La soledad más completa rodeaba el edificio que se encontraba casi en la cima de la colina, apenas visible rodeado de una espesa vegetación. La presencia de enormes árboles de frondosa copa, de arbustos y hasta de hierba en el suelo, contrastaba con la tierra yerma, desértica y polvorienta que rodeaba aquel asombroso oasis en el que se encontraba la iglesia.

El templo era un sólido edificio cuadrangular de color blanco y con el techo inclinado presidido por una pequeña cruz. El borde del tejado estaba adornado por pequeñas plaquitas de hojalata que pendían de un hilo resiguendo todo su perímetro. Al soplar el viento, las pequeñas campanillas reflejaban los rayos del sol y tintineaban produciendo un sonido muy agradable, tanto más intenso cuanto más fuerte era la brisa que corría. Era una maravillosa forma de adornar la iglesia, invitando al mismo tiempo a la meditación, y haciendo perceptible algo tan etéreo como el mismo aire.

Cuando nos introdujimos en el interior del bosquecillo la temperatura cambió bruscamente. La agradable sensación de frescor que reinaba debajo de aquellos árboles, el tintineo de las campanillas en el silencio de la montaña y la necesidad de recuperar el aliento después de la penosa ascensión hasta la cima del montículo, hizo que me apartara del camino para introducirme en la vegetación y descansar un poco sentado sobre una piedra.

—¡Cuidado!— oí que gritaba el guía a mis espaldas. Me giré casi asustado.

—Sobre todo no toques ni cortes ninguna rama, procura no romper nada —, prosiguió al tiempo que me alcanzaba.

—¿Qué ocurre?— Pregunté sorprendido.

—Este terreno que rodea a la iglesia es terreno sagrado. Está prohibido cortar ningún árbol, ni siquiera romper una rama— me respondió.

—¿Por esto la vegetación es aquí tan exuberante?— pregunté al muchacho, un alumno de la escuela de Wukro que nos hacía de guía.

—Si —me contestó—, dicen que hace años, en este territorio había muchos árboles que incluso unían unas iglesias con otras. Los más viejos del pueblo aún lo recuerdan— prosiguió el guía.

—¿Y cómo ha podido ocurrir algo así?— pregunté incrédulo mientras que sentados a la sombra de aquellos árboles contemplaba el desierto que nos rodeaba.

—Dicen que poco a poco la población fue talando los árboles para hacer fuego y ganar terreno para la agricultura —me respondió—. La guerra también destruyó grandes zonas de vegetación. Ahora la gente cada vez tiene que ir más lejos para conseguir algo de leña. Afortunadamente, desde que acabó la guerra el gobierno suministra queroseno bastante barato y todo el mundo puede cocinar con él.

Ya de vuelta a Wukro, a medida que avanzábamos por aquel territorio desértico, observé que efectivamente toda, absolutamente toda la superficie que se divisaba había sido cultivada. El terreno era pedregoso, reseco, sin una brizna de hierba o de verde, pero toda la tierra que alcanzaba mi vista se encontraba delimitada con piedras, roturada y preparada para ser sembrada en cuanto llegara la estación de las lluvias. Incluso las laderas de las colinas habían sido aplanadas formando terrazas con piedras cuidadosamente colocadas, ganando así tierra cultivable a la montaña.

En los días siguientes, hablando con técnicos agrícolas y profesores de la escuela de Wukro, pude confirmar lo que me había dicho el guía: años atrás, en el Tigré, había habido una notable vegetación que había desaparecido como consecuencia de la sobreexplotación para obtener combustible, la guerra y la obtención de terreno para la agricultura. Sin duda, lo que allí había ocurrido era un desastre ecológico de enormes proporciones. En todo el Tigré apenas había árboles. Sólo quedaban las arboledas que rodeaban las iglesias, algunos eucaliptos amarillentos en las proximidades de los caminos, supervivientes de un ambicioso plan de reforestación emprendido por el nuevo gobierno, y un pequeño bos-

que, del cual me habían hablado, situado en el norte del país. No había más árboles en todo el territorio (de una extensión parecida a Cataluña).

Unos días después se produjo un fenómeno celebrado como una auténtica fiesta por toda la población de Makallé: llovió. Estábamos en Pascua y todos los años por estas fechas acostumbra a llover unos días. Hacia media tarde, de improviso, el cielo se cubrió de negros nubarrones, el aire se tornó agobiante, casi irrespirable, y poco después comenzó a llover. Primero fueron gruesos goterones que mojaron rápidamente el polvo de los caminos y golpearon ruidosamente los techos de uralita. Un agradable olor a tierra mojada lo inundó todo. Poco después fue el diluvio. Duró apenas una hora, pero cuando acabó, el río que conocíamos, siempre seco y lleno de porquería, se había convertido en una masa marronácea de lodo y piedras que bajaba imparable arrasando todo lo que se encontraba a su paso.

Una hora después el sol lo había secado todo, en el río solo quedaban algunos charcos y la tierra ofrecía de nuevo su habitual aspecto de sequedad, polvo y piedras.

En Etiopía, un país eminentemente agrícola, la vida gira en torno a las dos estaciones. La estación seca dura desde mediados de septiembre hasta principios de julio. Durante esos meses no llueve absolutamente nada a excepción de unos días en Pascua: es la llamada pequeña estación de lluvias. En los meses de julio y agosto, cuando llueve prácticamente todos los días, ocurre un curioso fenómeno de cuya importancia cuesta hacerse a la idea: el polvo se torna barro.

Cuando llevas unas horas sin salir a causa de la lluvia y por fin para de llover, lo primero que se te ocurre es dar una vuelta. Es entonces cuando te percatas que el barro puede ser peor que la nieve: lo paraliza todo. El lodo cubre los caminos y las inexistentes aceras obligando a la gente a permanecer en sus casas. Un paseo sobre el barro puede constituir entonces una experiencia casi inolvidable. En el barro cada paso es como una proeza: tras hundir un pie en el fango el siguiente paso se hace imposible, la bota se niega a levantarse y el pie amenaza con escurrirse dejándola perdida bajo el cieno. Tras intentarlo un par de veces, uno se da cuenta que quizá el dar una vuelta no es muy buena idea. Arrastrando los pies, cada uno cubierto por una gran bola de barro, te vuelves a casa y esperas pacientemente —al modo africano— que la tierra se seque y el barro se endurezca. Los niños dejan de jugar en las ca-

lles, el ganado se queda junto a las barracas. Los autobuses o los escasos coches quedan inmovilizados. La mayoría de los aeropuertos, cuya pista no esta asfaltada, quedan inhabilitados. Las carreteras y caminos, sin puentes que vadeen los ríos, permanecen cerrados manteniendo a amplias zonas del país completamente incomunicadas.

Con semejante clima, basado en lluvias torrenciales y bruscas durante sólo algunos meses al año, la tierra se encuentra extraordinariamente erosionada y el paisaje adopta una configuración particularmente inhóspita con grandes mesetas surcadas por enormes grietas.

Ya en la obra *Nueva Geografía Universal* que en 1878 publicaron Vivien de Saint-Martin y otros autores franceses, podemos leer refiriéndose al Tigré:

«No hay bosques propiamente dichos; únicamente en los valles se ven acá y allá algunos grupos de árboles altos, y sobre todo una especie de sicomoro cuyo aspecto no carece de gracia y majestad. Las colinas están por doquier desnudas de árboles, porque los indígenas les pegan fuego para fecundar la tierra y confiar después sus cosechas al escaso humus que el incendio deja al descubierto...»

Sin embargo, en la misma obra, el autor que cruza el norte de Abisinia desde el lago Tana hasta el mar Rojo, describe una gran variedad de especies vegetales y animales de las que hoy no parece haber quedado rastro. Sorprendentemente, durante el mismo viaje, realizado hace 150 años, se describen las cimas de las montañas del Simien— que se encuentran al este del Tigré— como *«casi constantemente cubiertas de nieve»*. Actualmente, incluso en la cima del Ras Dashan (4.620 m), la cumbre más alta de esta cordillera, es difícil ver nieve.

El Tigré, situado inmediatamente por debajo de las desérticas tierras del Sahara y del desierto de Nubia, forma parte del llamado cinturón del Sahel (orilla en árabe). Una zona que se extiende desde el océano Atlántico hasta las costas del Índico, a través de Mauritania, Argelia, Níger, Chad, el norte de Sudán y el norte de Etiopía, en donde la arena y la vegetación libran una dura batalla ganada irremisiblemente por el desierto. Hace no demasiados años el cinturón del Sahel, la orilla del desierto, era una zona fértil y rica salpicada de importantes poblaciones, escala imprescindible de las grandes caravanas que recorrían las rutas comerciales. Sus habitantes que antaño subsistieron del pastoreo y la agricultura han visto sus tierras anegadas por la arena del desierto. En esta zona, particularmente vulnerable desde el punto de vista ecológico, la subsistencia de sus pobladores depende de la presencia de la estación húmeda. Aunque tradicionalmente la estación de las lluvias fracasa aproximadamente cada diez años, las prolongadas sequías que

ha padecido el África subsahariana y particularmente Etiopía durante las últimas décadas, parecen ser una consecuencia directa de la gran deforestación que ha sufrido el África tropical durante este último siglo. Los frentes húmedos, a su paso por el continente deben regenerarse con la humedad procedente de las zonas selváticas tropicales. La disminución de estos bosques tropicales determina un descenso de las lluvias o una aún mayor irregularidad de las mismas. Como consecuencia, el desierto del Sahara avanza, al parecer, unos 10 kilómetros cada año. A causa de la deforestación y desertización, con los años han desaparecido de la zona una gran cantidad de especies vegetales y animales. El resultado de todo ello es la difícil supervivencia del hombre, especie tan resistente como la que más, que parece aferrarse desesperadamente a la tierra de sus antepasados.

Hoy, el Tigré depende completamente de la ayuda exterior tanto desde el punto de vista alimentario como en la obtención del combustible necesario para el sustento de la población. Esta dependencia absoluta del Tigré de la ayuda que le llega desde fuera, hace curiosamente a esta tierra menos sensible a los caprichos de la climatología. Mientras lleguen las ayudas, aunque no llueva, la población se mantendrá en el límite de la subsistencia. El único temor es que la ayuda habitual cese o sea desviada para paliar situaciones más graves en otros lugares de Etiopía.

La foto perdida

Hacia ya algunas semanas que nos encontrábamos en Etiopía y poco a poco nos habíamos ido adaptando a las condiciones de vida del país. Habíamos solventado la ausencia de agua corriente con un práctico sistema de ducha. Consistía en un cubo lleno de agua que vertíamos sobre nuestras cabezas con la ayuda de un jarro. Para beber era necesario hervir el agua que introducíamos después en unos grandes tanques, donde muy lentamente se iba filtrando para extraer la gran cantidad de cal que poseía.

El proyecto de la escuela de enfermeras iba avanzando lentamente. Habíamos conseguido el programa de una escuela similar que ya funcionaba en Malawi y que adoptamos íntegramente haciendo hincapié en el tracoma y en su prevención, aspecto que considerábamos fundamental en el ambiente en el que nos movíamos. Conseguimos instalar un ordenador personal en la clínica, que conectamos a internet a través del teléfono del convento. Ello iba a facilitar enormemente las comunicaciones con España. Hicimos también una lista de todo lo que iba a ser necesario en la nueva escuela y nos entrevistamos con el jefe de sanidad del Tigré que se mostró dispuesto a hacer las gestiones necesarias para conseguir algo fundamental: la autorización y el reconocimiento de Addis para abrir la escuela y conseguir que el título que expidiéramos fuera reconocido en el resto de Etiopía. Fitsum parecía cada día más motivado con el proyecto y las gestiones para conseguir un oftalmólogo en Addis parecían ir por buen camino.

Al principio comíamos en el convento con las monjas, pero pasados unos días se demostró que los horarios variables a los que nos obligaba la inconstancia del suministro eléctrico, eran incompatibles con el riguroso horario de las religiosas. Optamos pues por contratar a una mujer del pueblo llamada Aburu, toda dulzura y atenciones, que aunque no hablaba una palabra de inglés tenía un don especial para la cocina, y de la que conseguimos incluso unos estupendos huevos fritos con patatas.

Más difícil fue superar lo que las monjas llamaban riendo el «cultural shock»: la inmensa sensación de impotencia ante la imagen constante de la pobreza, la miseria y la enfermedad que nos rodeaba. Una permanente sensación de angustia, de falta de aire, de ganas de gritar ante la constatación día a día, minuto a minuto, de lo cruel que

podía ser la vida en condiciones adversas. Sin embargo, de la misma forma que siendo estudiante de medicina, había sabido adaptarme a los dramas que se vivían en las salas de urgencia de los hospitales, una buena mañana me sorprendí a mí mismo riendo y bromeando de nuevo con mis compañeros. La sensación de opresión había desaparecido, volvía a tener apetito y a ser capaz de trabajar de nuevo mucho más eficazmente. Ya no me encontraba permanentemente pendiente de lo que sucedía a mí alrededor. Algo había cambiado, se había producido el aterrizaje forzoso desde la abundancia y el despilfarro europeos hasta el pozo de miseria y sufrimiento en el que se encontraban aquellas personas.

Pasábamos en Wukro, en casa de Ángel, la mayor parte de los fines de semana. Allí, después de cenar, alrededor de un buen café etíope y gracias a la experiencia acumulada en varios países de África por los diferentes misioneros que allí vivían, nos hicimos una idea global de la terrible situación del continente. El integrismo en el norte, el hambre en el Sudán, la tragedia en la zona de los grandes lagos, la guerra en el Congo, la situación en Tanzania (país que Ángel conocía bien por haber vivido allí durante muchos años), el SIDA y las catástrofes naturales parecían haber llevado al continente hasta cotas insostenibles de sufrimiento en una dinámica de empobrecimiento que parecía no tener fin. Durante el día acompañábamos a Ángel en sus actividades habituales de los fines de semana. Asistíamos con él a los entierros, cristianos o musulmanes, que se celebraban en la comunidad; a los bautizos y fiestas de cumpleaños de los hijos y hermanos de los estudiantes de su escuela; a las fiestas de los pueblos cercanos, en donde nuestra llegada era siempre recibida como un gran acontecimiento, o simplemente íbamos de excursión hasta pueblos remotos con su vehículo todoterreno.

Una tarde fuimos de excursión con un objetivo muy concreto. Meses antes una expedición de Proyecto Visión había llegado con Ángel hasta un pueblo lejano, donde habían hecho algunas fotografías a un grupo de niños de una familia de campesinos. Uno de los miembros de la expedición había prometido a uno de los muchachos que, una vez reveladas, le haría llegar las fotos. Nuestro colega, recordando su promesa, nos había entregado las fotos en Barcelona con el encargo de llevarlas a su destino. Salimos pues de Wukro con el objetivo de encontrar el pueblo en cuestión, buscar allí al muchacho y darle las fotografías.

Tomamos un sendero que ascendía por las montañas hasta un valle lejano. Tras unas dos horas de camino el paisaje había cambiado completamente. Una inmensa llanura se abría ante nosotros salpicada por grandes montañas rocosas cuyo aspecto recordaba a los escenarios de

las películas del Oeste americano. Poco a poco los signos de vida humana se habían ido haciendo más y más escasos. Apenas se divisaba de vez en cuando alguna vivienda aislada, algún campo cultivado o un rebaño de cabras que recordaban la presencia del hombre en aquellas latitudes. Al pie de una de aquellas montañas, en una zona que parecía algo más fértil, divisamos un conjunto de casas esparcidas por la ladera. Dejamos el coche junto al camino y continuamos a pie, a campo través, dirigiéndonos hacia una de aquellas chozas, en la que una columna de humo delataba la presencia del hombre. Allí encontramos a unos niños a los que enseñamos las fotografías. Rápidamente uno de ellos reconoció a sus vecinos y nos guió hasta una de las viviendas más alejadas. Una mujer de mediana edad con un bebé en brazos salió de su interior al oír nuestras voces. Otro grupo de niños apareció bruscamente de detrás de unos matorrales y rápidamente se formó a nuestro alrededor un bullicioso grupo de curiosos sorprendidos por tan inesperada visita. Cuando finalmente enseñamos la foto a la mujer y le preguntamos si conocía a aquel muchacho de la imagen, su rostro cambió de repente estallando en gritos y sollozos: el chico de la foto, su hijo, había muerto hacía algunas semanas. Sin duda, su reencarnación a través de aquella fotografía le había ocasionado el mayor susto de su vida. Dejamos allí a aquella mujer desconsolada, e iniciamos el camino de regreso llevando con nosotros la dichosa foto. Al mirarla de nuevo, nos pareció que el muchacho destacaba sonriente entre todos sus compañeros de foto. Curiosamente era el que más saludable aspecto tenía de todo aquel grupo de niños.

El guardián

La casa donde nos alojábamos se encontraba en un terreno próximo a la clínica, que habíamos alquilado al obispado católico. Consistía en un amplio patio completamente rodeado de un muro de unos dos metros de altura ribeteado por cascotes rotos de botellas. En un extremo del recinto había unas cuantas casetas de piedra, sólidas y bien construidas, de las que utilizábamos cinco como dormitorios, una como sala de estar y otra como cocina. Cada habitación tenía una ventana y una puerta que la comunicaban con el patio, desde el que se accedía a la calle a través de una gran puerta metálica. Junto a ella, había otra caseta en la que vivía el guarda y su familia. Como muchos otros recintos pertenecientes a la iglesia católica o a organizaciones no gubernamentales establecidas en el Tigré, parecía en cierto modo una auténtica fortaleza.

Muchas tardes al salir de la clínica nos uníamos a un grupo de niños que a esa hora jugaban a fútbol en la calle con una pelota de trapo. En ocasiones, nos entreteníamos un rato con ellos y después les dábamos algunas chucherías: pequeñas pelotas de goma, bolígrafos o algún caramelo. Pronto, todos los niños del barrio, y eran muchos, conocían nuestro horario y cada día a la misma hora se formaba delante de la puerta de la clínica un nutrido y bullicioso grupo que esperaba nuestra salida. Unos, los más mayores, querían jugar a fútbol. Otros, los más pequeños, simplemente se acercaban a nosotros nos tocaban y se alejaban corriendo y tronchándose de risa, como si aquello fuera lo más excitante del mundo.

—¡He tocado un blanco!, ¡ He tocado uno!— supongo que se decían entre ellos. Lo que más parecía sorprenderles, más que el color de nuestra piel, era la presencia de vello en nuestros brazos, algo infrecuente en la raza negra. Todos esperaban, por supuesto, que hubiera suerte y les tocara algún pequeño obsequio.

Escotados por todos ellos hacíamos cada día el trayecto entre la clínica y nuestra casa, cuya puerta metálica cerrábamos delante de los críos que durante un rato permanecían al otro lado de la verja gritando: *¡Give me a pen! ¡Give me a ball!*

Aquel día, como tantos otros, entramos en el patio de nuestra casa dejando afuera 25 o 30 niños excitados y con ganas de jugar. Pero aquel día la puerta quedó mal cerrada.

Primero fue uno, más mayor o más valiente que los demás, el que

se atrevió a empujar un poco la puerta y escurrirse dentro del recinto. Enseguida, otros siguieron su ejemplo y en unos segundos el patio se llenó de niños correteando hacia nosotros pidiéndonos algún regalo.

De repente, el guarda que estaba durmiendo dentro de la caseta junto a la puerta, salió como una exhalación blandiendo un largo bastón. Se dirigió hacia la puerta, la cerró con la llave y empezó a perseguir a los niños por el interior del recinto gritando enfurecido.

Los niños aterrorizados corrían en todas direcciones buscando inútilmente una salida e intentando esquivar los bastonazos y golpes del guarda. Algunos, caídos en el suelo, se protegían la cabeza con las manos mientras intentaban levantarse y huir de la lluvia de golpes. Nosotros horrorizados nos quedamos inmóviles, paralizados, sin dar crédito a lo que veíamos y pensando quizá que se trataba de un juego. Tras unos segundos, uno de mis compañeros reaccionó y se dirigió corriendo hacia la puerta para abrirla y facilitar la salida de los niños a la calle. Pero ya era demasiado tarde, unos cuantos niños habían trepado ágilmente el muro que cerraba el recinto, y cruzando la afilada línea de botellas rotas habían saltado al otro lado desde una altura de dos metros, algunos iban descalzos. Cuando el patio quedó por fin vacío y silencioso, el guarda se dirigió hacia nosotros y con el gesto complacido del que ha cumplido con su trabajo dijo:

—La próxima vez que encuentren la puerta abierta, se lo pensarán dos veces—. Dicho esto, se metió de nuevo en su caseta y continuó durmiendo.

El negocio de Zenewe

No me pareció que Zenewe tuviera ninguna intención de emigrar a occidente. Hablaba sin cesar, sonriendo continuamente, mientras introducía la rueda reventada de nuestro coche en una moderna máquina —era la máquina más moderna que yo veía en muchos días—, y separaba con gran habilidad la llanta de su rueda ayudado por una palanca.

Hablaba continuamente, con la música gutural, ya familiar para nosotros, del idioma tigríña. Enfundado en un mugriento y raído mono azul parecía disfrutar con su trabajo. Yo evidentemente no entendía nada de lo que decía, pero de vez en cuando me sorprendió oír que repetía la palabra «goma». Posteriormente me enteré que el idioma tigríña había tomado prestado del italiano algunas palabras, como caramelo o goma, para designar objetos que desconocían antes de la llegada de los occidentales. ¡Así pues la palabra goma significaba rueda de coche en tigríña!

Aun sin entender nada me pareció que Zenewe le estaba contando a Ángel que el negocio le iba viento en popa. Zenewe era el propietario de aquel chiringuito mecánico especializado en arreglar pinchazos. Se encontraba en el centro de Wukro, en el margen de la carretera, por supuesto sin asfaltar, por la que circulaban las mercancías que desde el puerto de Massaua, en el mar Rojo, se transportaban hacia Addis Abeba, cruzando el norte del país.

Junto a Zenewe trabajaba su hijo, de unos 13 años. Con sus manos sucias y su cara manchada de grasa, el muchacho miraba con ojos bien abiertos cómo trabajaba su padre y aprendía, sin duda, el oficio de mecánico.

Cuando acabó la reparación de nuestra «goma», Zenewe ya tenía dos nuevos clientes esperando. Uno de ellos arrastraba una bicicleta y el otro sostenía una gran rueda de camión. Ninguno de los dos parecía tener ninguna prisa y contemplaban el trabajo junto con otros curiosos y un nutrido grupo de niños que formaban un corro alrededor de Zenewe. Tal y como estaba la carretera no era de extrañar que allí no faltara el trabajo.

Tras hinchar de nuevo el neumático, y a pesar de los clientes que esperaban, Zenewe empujó la rueda con pericia haciéndola rodar hasta llevarla junto al coche que habíamos aparcado delante del pequeño taller, la levantó sin apenas esfuerzo y la colocó en el compartimento tra-

sero. Después se tomó su tiempo para despedirse de nosotros con un sinfín de reverencias e inclinaciones de cabeza, al tiempo que rechazaba enérgicamente el dinero que Ángel le tendía.

Al salir, ya de nuevo en el coche, Ángel nos explicó que Zenewe había sido alumno de la escuela en donde había estudiado mecánica. Al acabar sus estudios, Ángel le había prestado dinero para abrir su pequeño taller en donde, con la ayuda de la moderna maquinaria que había adquirido, se dedicaba a arreglar los innumerables pinchazos que el mal estado de la carretera producía en los camiones que pasaban.

El caso de Zenewe parecía ser un claro ejemplo de lo bien que puede funcionar un pequeño negocio en muchos lugares de África.

Zenewe había tenido acceso a una formación profesional en la escuela de mecánica. Allí había aprendido las bases para arreglar pequeñas averías y reparar las ruedas. Después, había conseguido un pequeño crédito, lo suficiente para comprar su palanca eléctrica para separar los neumáticos de las grandes llantas de los camiones, y algunas herramientas. Había instalado su propio negocio y ahora, feliz y próspero era la envidia de todo su vecindario. Zenewe estaba tan agradecido que, sin duda, Ángel tenía asegurado el arreglo gratuito de todos los pinchazos que pudiera sufrir su todoterreno.

Al vivir de cerca el caso de Zenewe, comprendí la revolución que ha significado en el Tercer Mundo el invento del economista Muhamad Yunus, reciente premio Príncipe de Asturias. Este hombre, nacido en Bangladesh, fundó en 1979 el Grameen Bank (Banco Rural de Bangladesh) «el banco de los pobres». Él inventó los llamados microcréditos. Pequeñas cantidades de dinero que se entregan a grupos de personas, generalmente mujeres, para que puedan iniciar pequeños negocios como talleres de artesanía, paradas ambulantes, explotaciones agrícolas, comprar algunos animales, etc. El único requisito imprescindible es encontrarse por debajo del umbral de la pobreza... y, aún así, sorprendentemente, el grado de morosidad de esta institución es mucho menor que la de los bancos convencionales. Hoy el «Banco de los pobres» maneja millones de dólares y beneficia a decenas de millones de personas. Unos 12.000 empleados trabajan en la actualidad en este banco, recorren las aldeas y pueblos de Bangladesh buscando directamente a sus clientes, sin sucursales ni ventanillas. No hay documentos ni firmas. El resto de los vecinos actúa de testigos y los receptores de los créditos se avalan mutuamente. Los empleados del banco obligan a

los futuros clientes a aceptar un código moral de conducta que incluye ideas como el control de la natalidad, el compromiso de llevar los niños a la escuela y el de renunciar a la dote, nefasta costumbre muy arraigada en grandes áreas de la India y Bangladesh.

La idea de los microcréditos, con algunos matices, se ha extendido en muchos lugares del Tercer Mundo demostrando su eficacia para reducir el porcentaje de población situado en la pobreza más absoluta. Su eficacia en las zonas urbanas, mucho menos cohesionadas y solidarias, ha sido menor; por el contrario, su eficacia se ha visto aumentada si la concesión del microcrédito se asocia, como en el caso de nuestro Zeneve, a una formación que aumente el abanico de posibilidades del receptor.

Las mujeres en el Tigré

La noche era absolutamente oscura. Era tarde. Habíamos cenado en el convento, con las monjas, y nos dirigíamos hacia nuestra residencia sorteando a tientas las piedras a lo largo de la calle, sin hacer uso de nuestras linternas para no delatar nuestra condición de extranjeros. De vez en cuando nos sobresaltaba la sombra silenciosa y oscura de la gente con la que nos cruzábamos y que, a diferencia de nosotros, parecían ver perfectamente en la oscuridad.

Vimos entonces a lo lejos una barraca a través de cuya puerta, abierta y ligeramente iluminada, salían las notas de una melodía tigrina. Al acercarnos, comprobamos que no correspondía a una vivienda sino que era una especie de bar. En realidad se trataba de una simple habitación con el suelo de tierra, sin ventanas y mal iluminada por la tenue luz de una bombilla. Todo su mobiliario consistía en dos o tres mesas, algunos bancos y unas cajas de madera amontonadas en un extremo, haciendo las funciones de mostrador. En las paredes, las consabidas fotos de calendario y una única estantería en donde se exhibían alineadas unas pocas botellas de refrescos, así como un cassette en el que se originaba la música que habíamos oído.

Entramos. En una esquina charlaban tres o cuatro hombres y detrás de la barra dos muchachas de unos 14 o 16 años nos miraron sorprendidas. Rápidamente nos sirvieron unas Coca-Colas calientes que aceptamos gustosos renunciando, sin embargo, a los vasos de dudosa transparencia que nos ofrecían. Detrás de nosotros, como por arte de magia, aparecieron unos cuantos niños parlotando y riendo. Supongo que especulaban acerca de sus posibilidades de ser invitados a una bebida. Al cabo de un rato, se nos ocurrió sacar de nuestras bolsas algunos cassettes que habíamos escuchado en el quirófano durante el día y pedir a las muchachas que los pusieran en su aparato, mientras bromeábamos con los niños y les animábamos a bailar. Gloria Estefan pareció gustarles y algunos hasta se decidieron a intentar algunos pasos de baile mientras que los otros les seguían palmeando.

De repente, la música desafinó ostensiblemente y finalmente dejó de sonar: el magnetófono se había estropeado. Los niños protestaban ruidosamente, así que dimos la vuelta al mostrador y nos dirigimos hacia el aparato para examinarlo. Se trataba de uno de esos viejísimos modelos de teclas, que tan populares habían sido en España hace 30

años, y que parecía funcionar correctamente. El problema radicaba en que la cinta se había enganchado. Cuando finalmente conseguimos solventar el problema y nos giramos triunfantes hacia los niños, el panorama había cambiado. Uno de los hombres, que ya se encontraba en el bar cuando llegamos, había echado a todos los demás parroquianos y se encontraba empujando a los niños hacia la puerta. Después, se volvió hacia nosotros sonriendo maliciosamente mientras señalaba a las dos muchachas que nos miraban tímidamente desde el otro extremo del mostrador. Sobraban las palabras. Era evidente que aquel hombre, probablemente el padre de las niñas, nos las estaba ofreciendo para que pasáramos con ellas un rato agradable...

La prostitución parecía ser algo habitual en Etiopía. Y no me refiero a la prostitución alrededor de los grandes hoteles o al turismo sexual que habíamos podido observar en Addis, sino a una forma natural de subsistir para muchas mujeres solas. En muchas casas de Makkallé podía verse un trapo rojo atado en la punta de una estaca, situada en el exterior de la barraca. Al parecer, aquello indicaba que allí se suministraba una tipo de cerveza local, que hacían las mujeres sin recursos y que ofrecían al mismo tiempo que su cuerpo a los hombres que acudían.

Era evidente que la ausencia de una estructura familiar estable era una de las causas de la tremenda desprotección de muchas mujeres en el Tigré. Según me contaron, en el seno de la iglesia ortodoxa etíope existen dos tipos de matrimonios: uno que se realiza con la bendición del sacerdote fuera de la iglesia, socialmente aprobado, pero que puede ser disuelto en cualquier momento por uno de los cónyuges; y otro matrimonio, auténtico sacramento indisoluble, que se realiza en el interior de las iglesias y al que accede en la actualidad una minoría de etíopes.

Después de la guerra, con la mayoría de los hombres muertos o alejados de sus casas, muchas mujeres, que empiezan muy jóvenes sus relaciones sexuales, optan en el mejor de los casos por un matrimonio sin compromiso que acaba dejándolas solas con un montón de críos para mantener. Tuve la oportunidad de asistir a uno de estos matrimonios de segunda categoría. Ella era joven y muy guapa. Él, más mayor, ya había estado casado con anterioridad. Uno de los muchos sacerdotes de la iglesia cercana, el encargado de la asistencia espiritual de aquella zona, acudió al domicilio de la nueva pareja y bendijo la unión. Después, en casa de unos amigos, se realizó la fiesta en la que se sirvió comida

mientras se bailaba al son de las notas que emitía un viejo magnetofón. Este tipo de matrimonio puede deshacerse sin mayor dificultad si uno de los dos cónyuges así lo desea. Los hijos quedan entonces al cuidado de la madre, y el padre o su familia deben, en teoría, contribuir a su alimentación. Tanto si han cumplido con esta obligación como si no, el padre puede reclamar a los hijos a la edad de siete años. Es frecuente que el padre ejerza este derecho con los niños, con el objeto de que le ayuden en el campo o en el cuidado de los animales, mientras que las niñas permanecen con las madres.

Lo cierto es que resulta sumamente raro ver a una familia completa —un matrimonio con sus hijos— paseando por la calle en un día festivo.

Parece elemental que en una sociedad sin seguridad social y sin ningún tipo de protección por parte del estado, la familia fuera la forma más simple de ofrecer algo de seguridad a los niños. Cuando uno de los miembros de la pareja enferma, el otro es capaz de cuidar y mantener a las crías, como sucede en muchas especies del reino animal, aumentando así sus posibilidades de supervivencia.

No es difícil imaginar la soledad y sufrimiento de muchas de estas mujeres cuando cualquier enfermedad o unas simples cataratas representan obstáculos insalvables para competir por el agua y los alimentos tan escasos en su ambiente, o el completo desamparo ante una situación adversa, sin nadie a quien recurrir y dependiendo únicamente de la caridad de sus vecinos.

Por otra parte, el aumento en el número de parejas sexuales hace a la mujer particularmente susceptible de contraer el SIDA, auténtica maldición, que produce estragos entre la población joven de Etiopía como en otras zonas de África.

En este contexto, no es de extrañar que la mortandad infantil alcanzara en el año 1997 una tasa de 115 por cada 1.000 nacimientos, con un índice de mortandad materna de 600 mujeres por cada 100.000 partos. Todo ello en un país que alcanza una tasa de fertilidad de 7,7 niños por cada mujer, en donde sólo un 9,8 por ciento de las mujeres utiliza algún tipo de anticonceptivos, donde el agua potable sólo está al alcance del 27 % de la población y sólo un 10 % tiene acceso a letrinas.

Culturalmente las circunstancias tampoco favorecen un mayor control de la natalidad. Es evidente que existe una gran presión social para hacer que la mujer tenga el mayor número posible de hijos. En un contexto en el que la muerte está omnipresente, en donde la guerra, las enfermedades infantiles y el hambre se cobran cada decenio millones de vidas, resulta difícil hablarle a una mujer de controlar su natalidad. De hecho, allí una mujer no es nadie hasta que ya ha tenido dos o tres hijos. Por otra parte, ni la Iglesia Ortodoxa ni la religión musulmana, que

es practicada por un porcentaje cada vez mayor de la población, parecen tener la mínima intención de favorecer las posibles campañas para la utilización de métodos anticonceptivos, que disminuyeran el número de nacimientos ofreciendo al mismo tiempo una cierta barrera para la propagación del SIDA.

En este sentido, es significativa la explicación que me dio un médico etíope que había ejercido durante años en varios lugares de Etiopía, cuando le pregunté sobre la ablación del clítoris y la infibulación que se practica en muchos lugares de África.

—Se continúa haciendo en muchas zonas de Etiopía, tanto en la comunidad musulmana como en la ortodoxa —me respondió—. Es una costumbre muy arraigada, normalmente son las propias mujeres las que piden a los curanderos que sus hijas sean intervenidas.

—Pero ¿por qué? le pregunté.

—Cuando una niña llega a una edad de 12 o 14 años y no ha sido operada, sufre un rechazo social considerable. Se le considera poco menos que una prostituta. En Etiopía, ni los ortodoxos ni los musulmanes conciben otra utilidad al sexo femenino que la reproducción.

Etiopía ha sido implicada como una de las zonas del Planeta en donde con mayor fuerza prevalece la ancestral costumbre de mutilar sexualmente a las mujeres.

Ya en el siglo pasado, el escritor, viajero y lingüista inglés Richard F. Burton, el primer occidental en penetrar en Harar, la legendaria ciudad musulmana situada al este de Etiopía, describió sus observaciones acerca del bárbaro sistema que practicaban los abisinios para preservar la castidad de sus mujeres.

«Una esclava hace una incisión para extirpar el clítoris y los labios menores de la muchacha mediante un gran cuchillo; una vez realizada la excisión, con aguja e hilo cose los labios mediante una serie de puntadas amplias y continuadas. En la parte inferior deja abierto un pequeño tramo para las aguas menores. La cicatrización de las heridas se mejora fumigándolas con mirra, al tiempo que se le vendan los muslos y se la coloca sobre una fogata para que se impregne de humo; la curación dura diez o doce días...»

Hablando con Ángel del alcance en el Tigré de semejante costumbre, me comentó que en cierta ocasión había organizado un seminario en la escuela para hablar sobre el tema con los alumnos y alumnas de entre 18 y 20 años. Durante la discusión, varias de las chicas defendie-

ron la práctica de la extirpación del clítoris, como algo útil que ayudaba a mantener la fidelidad a los maridos, aunque finalmente la mayoría de los estudiantes estuvieron de acuerdo en rechazar tales prácticas.

Una de las estudiantes, Fátima, era una joven musulmana casada y con una niña de dos años llamada Sofía. Hacía unos meses que su marido se había ido a trabajar a Addis, pero ella había preferido quedarse en Wukro, en casa de sus padres, junto con su hija, para poder asistir así a la escuela y conseguir con suerte ingresar en la universidad. Conocimos lo bastante a Fátima como para darnos cuenta de que tenía las ideas muy claras acerca de la liberación de la mujer, y en ningún caso estaba dispuesta a permitir que su hija Sofía fuera operada. A pesar de su carácter independiente y resuelto, Fátima hubo de soportar por su negativa durísimas presiones por parte de su familia, que intentó por todos los medios que la pequeña Sofía fuera intervenida.

Al margen de los casos aislados como el de Fátima, durante mi estancia en Etiopía tuve la sensación de que la inmensa mayoría de las mujeres, especialmente en el ambiente rural en el que nos movíamos, no se habían planteado, en ningún momento, la idea de oponerse a una costumbre practicada por su pueblo desde hacía siglos.

Las hermanas de Calcuta

Un día apareció en el dispensario un niño que aparentaba 10 o 12 años, aunque luego supimos que tenía 14. Estaba muy delgado, desnutrado y parecía desorientado y enfermo. En ambos ojos tenía sendas úlceras infectadas que debían ser muy dolorosas y probablemente no podía ver más que los bultos. Venía sólo y era difícil imaginar cómo podía haber llegado hasta nuestra clínica sin la ayuda de nadie. Los esfuerzos de nuestro intérprete por averiguar algo más sobre el pequeño paciente resultaron infructuosos, al parecer no tenía familia o no sabía dónde se encontraba. También era un misterio dónde vivía ni de qué se alimentaba.

Estábamos curándole los ojos con una combinación de antibióticos, intentando combatir la gravísima infección de sus córneas, cuando de repente, de uno de los bolsillos de la sucia chaqueta que llevaba, sacó una jeringuilla usada y un frasco medio lleno de insulina.

— ¡Insulina en Etiopía! ¡Es diabético! —exclamamos todos.

Ante nuestras preguntas sobre dónde y cuándo le habían diagnosticado de diabetes, el pequeño se encogió de hombros respondiendo con vagas referencias al hospital de Makallé. No parecía conocer las características de aquel medicamento ni era consciente de la importancia de su correcta administración, tampoco parecía saber dónde podía conseguir más insulina.

Le pregunté, a través del intérprete, si se había pinchado aquel día. Moviéndole afirmativamente la cabeza y arremangándose la chaqueta me enseñó su antebrazo delgadísimo, sólo piel y hueso, en el que efectivamente había la señal reciente de un pinchazo. Le pregunté entonces si había comido y me respondió que no. Sin duda su mal aspecto era debido en parte a la hipoglucemia producida por la insulina, así que me dirigí a la cocina del convento y le pedí a una de las monjas una porción de injera, la llevé a la clínica y se la ofrecí al muchacho que la devoró casi violentamente. Durante todo el día el niño permaneció junto a la puerta del dispensario; cada hora, aproximadamente, uno de nuestros ayudantes le ponía unas gotas de antibióticos en los ojos, que al cabo del día parecían haber mejorado algo. Cuando llegó la noche lo enviamos a su casa pidiéndole que volviera a la mañana siguiente con algún miembro de su familia.

Cuando el día siguiente, muy temprano, llegué al dispensario me

encontré de nuevo al chiquillo que había conseguido colocarse el primero de la larga cola de pacientes. De nuevo venía solo, probablemente había pasado la noche junto a la puerta de la clínica. Sólo verme se arremangó la chaqueta mostrándome la señal de un nuevo pinchazo en su brazo, y juntando los dedos de la mano los dirigió repetidamente hacia su boca, haciendo ese gesto inconfundible de pedir comida que es el mismo en todos los lugares del mundo.

No sabíamos qué hacer, aquel niño solo en la calle no tenía posibilidades de vivir mucho tiempo. Sus ojos y especialmente su diabetes necesitaban cuidados que no podíamos suministrarle. A uno de mis colegas se le ocurrió la idea de recurrir a las hermanas de la Madre Teresa de Calcuta, que tenían un convento a las afueras de Makallé.

Cuando por la tarde, en el coche de *sister Margaret* llegamos delante del convento de las hermanas de Calcuta, vimos a una multitud de pobres, tullidos, inválidos y enfermos que se apelotonaban delante de su puerta. Era el día en que cada semana las hermanas daban de comer a cualquiera que se acercara a su casa. Abriéndonos paso a través de todos aquellos pobres hambrientos, conseguimos por fin llegar hasta la puerta del convento y penetrar en su interior.

Salieron a recibirnos las cuatro monjas que allí vivían. Una era belga, muy joven, con la piel blanquísima, los cabellos rubios y unos grandes ojos azules que contrastaban entre los de aquella gente de tez oscura. Otra, una keniana muy gruesa y voluminosa, era la viva imagen de la mamita cariñosa de «Lo que el viento se llevó». Las otras dos eran indias, menuditas y delicadas.

Nos invitaron a visitar el recinto. En un pabellón soleado y bien ventilado había unos 25 niños. Algunos eran bebés que dormían plácidamente en sus cunas tapadas con mosquiteros. Otros, más mayores, jugaban limpios y aseados junto a sus camas, entre ellos pude distinguir uno con síndrome de Down.

En otro pabellón había unas 20 camas perfectamente alineadas, con sábanas blancas y limpias, en las que descansaban otras tantas mujeres enfermas, algunas llevaban sueros. Me llamó la atención una mujer mayor que acostada en una de las camas junto a la puerta, dirigía su mirada curiosa hacia nosotros. Una de las hermanas se dirigió hacia ella y le dio la mano.

—Tiene tuberculosis, se estaba muriendo de hambre en la calle —nos dijo—, ahora que ya lleva un mes con nosotros se encuentra mucho mejor y dentro de unos días podremos llevarla al hospital.

Recuerdo que en aquel momento me sorprendió muchísimo constatar que las hermanas se dedicaran a «preparar» a los enfermos para su ulterior ingreso en el hospital. Mas adelante, después de visitar el único

centro sanitario de Makallé, comprendí perfectamente a qué se refería la hermana.

Llegamos a otro pabellón en donde 30 o 40 hombres, algunos enfermos mentales, estaban celebrando una fiesta. Todos cantaban, tocaban las palmas y golpeaban los más variados objetos rodeando a dos muchachos, que moviendo rítmicamente los hombros al compás de la música, se contorneaban y agitaban los brazos en una frenética danza típica del Tigré.

Cuando acabamos de visitar todo el recinto, sin duda los metros cuadrados más limpios y pulcros de todo el país, la hermana belga apareció con una palangana llena de agua, una pastilla de jabón y una toalla inmaculada. Mientras nosotros nos lavábamos en una esquina del patio, con el jabón y el agua que una de las monjas vertía sobre nuestras manos, las otras tres preparaban en una pequeña habitación algo de merienda: unas galletas y una jarra de agua fresca con unas gotas de zumo de limón.

Les preguntamos cómo era posible que ellas solas pudieran mantener a todas aquellas personas tan cuidadas y limpias. «Con la ayuda de Dios» nos respondió sonriendo una de ellas.

Aquel día cambió por completo la idea errónea que yo tenía de las hermanas de Calcuta. Yo pensaba que la orden tenía como misión recoger a los enfermos, lavarlos, alimentarlos y ayudarlos a morir en un clima de resignación y cariño. Aquel día pude comprobar que las hermanas tenían conocimientos de enfermería, y que en absoluto se resignaban a la muerte cristiana de sus asilados. Muy al contrario, luchaban por la curación de los enfermos con todos los medios a su alcance.

Por supuesto aceptarían a nuestro joven diabético y se encargarían de conseguir la insulina en donde fuera necesario.

Al día siguiente, dos de las hermanas aparecieron en la clínica vestidas con su característico hábito blanco y azul y calzadas con sus humildes sandalias, y se llevaron de la mano a aquel pobre niño ciego, enfermo y huérfano que les siguió mansamente.

sus espléndidas instalaciones que para sí quisiesen muchas escuelas de formación profesional en Europa, y comprobar que la mayoría del profesorado estaba formado por antiguos alumnos de la misma escuela.

El gran problema de la enseñanza secundaria es el idioma. Las clases se imparten en inglés, dado que no hay textos en tigríña ni profesorado competente que hable este idioma. Los estudiantes, que normalmente hablan inglés fluidamente, tienen por el contrario una enorme dificultad para escribir o para comprender los textos escritos en este idioma. La dificultad estriba en que para ello tienen que aprender un nuevo alfabeto y un estilo de escritura completamente diferentes del sistema silábico al que están acostumbrados. En consecuencia, tienden a hacer uso de la enorme capacidad de memorización que poseen para superar un examen tras otro, en ocasiones sin comprender absolutamente nada.

La enseñanza universitaria es casi testimonial. Aunque completamente gratuita, incluso el alojamiento y la manutención, sólo existen facultades en unas pocas ciudades. Por ejemplo, sólo es posible estudiar medicina en la capital y en Gondar, una ciudad del norte de Etiopía. En todo el país sólo se forma a un único oftalmólogo cada año.

La fábrica de piernas

La muchacha bajó del coche de Ángel lentamente, apoyándose en ambas manos mientras en su boca se dibujaba una mueca de dolor. Primero descendió del coche su pierna sana y después, ayudándola con una mano, bajó con dificultad la pierna artificial. Ángel, con su extraordinaria capacidad para conectar con cualquiera que tuviera problemas, la había recogido de su casa y nos la traía por si encontrábamos solución al problema de la pobre muchacha. Ángel parecía olvidar a menudo que nosotros éramos simples oftalmólogos.

Seguimos a Ángel, acompañados de la chica, hasta un cobertizo donde se guardaban latas y útiles de labranza. Ángel cerró la puerta y encendió una bombilla. Sin el menor pudor —recuerdo que me sorprendió— la chica arremangó sus largas faldas y comenzó a separar las ataduras de cuero que unían la pierna artificial a su cintura. Nos mostró el muñón de la pierna amputada. Era evidente que aquella prótesis no se adaptaba correctamente, era probable que aquella muchacha necesitara una nueva pierna mejor adaptada a su nuevo cuerpo de mujer.

Con una naturalidad y soltura sorprendente, propia de quien desde pequeño ha tenido que hacerlo, se volvió a colocar la pierna y nos dirigimos todos de nuevo hacia el coche.

En las afueras de Makallé, en un lugar apartado, casi escondido, hay dos barracones que tienen el aspecto de una instalación militar. En el más grande se fabrican piernas. Con dos o tres máquinas donadas por alguna organización occidental, se moldea la resina, se tornea y se consiguen unas burdas piernas artificiales de un terrible color moreno. En un rincón del local, un montón de estos miembros inanimados esperaban su turno para ocupar el lugar de otras tantas extremidades amputadas por la guerra o por las minas.

Allí, en esa curiosa factoría todo el mundo andaba basculando significativamente la cintura. A todos los empleados del local, desde el jefe que nos lo mostraba sonriente y orgulloso, hasta un muchacho que parecía el encargado de los recados, les faltaba una pierna.

En la segunda nave había una gran sala con algunos instrumentos de gimnasia que, meticulosamente ordenados, parecían no haber sido utilizados nunca. De nuevo, supongo, donación de alguna organización occidental. Era sin duda la sala de rehabilitación, pero allí no había pacientes. Salió a recibirnos una mujer de mediana edad vestida de forma

occidental con bata blanca y una amplia sonrisa. –Buenos días– nos dijo en un español con marcado acento cubano. Divertida por nuestra sorpresa nos contó su historia. Hablando correctamente en español nos explicó que había participado en un programa de cooperación con Cuba en donde había permanecido durante dos años estudiando rehabilitación. Allí había aprendido nuestro idioma y se encontraba feliz de poder practicarlo de nuevo, nos dijo.

Hablamos durante largo rato con aquella mujer. Mientras, en la sala de al lado, arreglaban la pierna de nuestra amiga, que permanecía forzosamente inmovilizada, sentada sobre una tabla, como perdida sin su pierna artificial. «La cubana», así la llamamos para evitar su complicadísimo nombre etíope, nos contó que tenía un buen empleo en aquel centro de rehabilitación, el único del Tigré, y que con su sueldo, similar al de una maestra (equivalente a unas 1.500 pesetas mensuales), obtenía lo suficiente para subsistir ella y su hijo con el que vivía en una pequeña habitación alquilada en el centro de la ciudad. Recientemente, nos contó, en un sorteo de los que periódicamente hacía el gobierno, le había tocado una parcela de terreno en las afueras de Makallé. Allí, en Etiopía, la tierra era del gobierno que la cedía a la gente para que se construyeran una casa. El problema de «la cubana» es que no tenía dinero para construirla, y si no lo hacía en un plazo de cuatro años el gobierno le retiraría todos los derechos sobre la tierra para sortearla de nuevo. Así pues –y ya sin ningún tipo de rodeo,– «la cubana», que debía pensar que éramos una especie de banco, acabó pidiéndonos ayuda para construirse una casa nueva.

Es curioso cómo los problemas del prójimo se acercan o se alejan dependiendo quién y cómo te los cuentan. Los problemas se relativizan cuando se refieren a personas lejanas y nos son contados en idiomas extraños. Sin embargo, aquel problema menor –al fin y al cabo no se trataba de hambre ni de una enfermedad grave– contado directamente y en español se nos hizo casi acuciante, y recuerdo que en los días siguientes dedicamos gran parte de nuestras conversaciones a buscar una solución al «problema» de «la cubana».

Poco después, nos llamaron desde el taller donde estaban arreglando la prótesis. Habían podido aprovechar la vieja pierna de nuestra amiga y mediante un añadido se la habían adaptado de nuevo. Tras despedirnos solemnemente de todos los trabajadores, que con su andar oscilante nos siguieron sonrientes hasta la puerta de la factoría, subimos de nuevo al coche y regresamos pensativos a casa. Yo nunca había visto tanta gente junta con una pierna amputada.

La guerra de nuevo, las secuelas tardías de una guerra pasada, ya olvidada por todos excepto por aquellos que hubieron de ser inocentes protagonistas: los civiles, los niños.

Después de las guerras, cuando los uniformes han desaparecido, las armas enmudecido y se aleja el eco de los festejos celebrando la victoria, queda el terrible estigma de los cuerpos amputados, de los ojos perdidos... de las vidas destrozadas.

Y aún más... quedan miles y miles de minas enterradas esperando causar más dolor, más absurdo dolor si cabe, a civiles y a niños. 400 millones de minas han sido colocadas en nuestro planeta desde la segunda Guerra Mundial. 110 millones se encuentran aún enterradas en más de 60 países. Minas antipersonales que amputan las piernas de los que las pisan, minas de fragmentación que proyectan su metralla a más de 25 metros, minas juguete, fabricadas en plástico de vivos colores, que explotan en la cara de los niños que las recogen pensando, seguro, que han encontrado algo nuevo y maravilloso.

El Tigré no es Mozambique o Angola, pero en esta zona fronteriza, en donde la guerra fue particularmente cruel, quedan según cálculos del Departamento de Asuntos Humanitarios de las Naciones Unidas, 500.000 minas en el lado etíope y más de un millón en Eritrea. Es difícil pensar en un invento más diabólico. Es difícil ponerse en el lugar de las personas obligadas a vivir y trabajar en zonas minadas. Los campesinos, los nómadas, los niños son sus principales víctimas. Niños curiosos, que se separan unos metros de su ruta habitual en busca del agua o la leña. Niños que no entienden de avisos, que juegan entre las ruinas de viejas fortificaciones. Niños como los que tantas veces hemos visto jugar ruidosamente, encaramados a los restos de un tanque abandonado al pie de la colina, a unos centenares de metros de la clínica.

¿Qué futuro espera a un niño ciego o amputado, víctima de una mina, en un país del Tercer Mundo? Normalmente sin acceso a rehabilitación, sin posibilidades de ir a una escuela que normalmente se encuentra lejos y a la que los demás niños van andando, bajo los efectos de un terrible trauma psicológico, quizá también sordo... tiene difícil acceso a una prótesis, más aún, a cambiarla mientras crecen. Una silla de ruedas es un lujo imposible... e inútil cuando apenas hay caminos. En ocasiones, en la pierna amputada el hueso crece más deprisa que el tejido de alrededor y necesita ser reamputado, a veces repetidamente...

Un paseo con Johnatan

Halofon, un hombre de mediana edad con gruesas gafas de miope completamente rayadas, rotas por el puente y enganchadas con un trozo sucio de esparadrapo, era el encargado de que todo funcionara en el centro. Llegaba el primero, junto con «la *sister*», y preparaba todo lo necesario para que pudiéramos empezar nuestra actividad sin ninguna incidencia. Si no había electricidad disponía el generador para que pudiéramos visitar y operar sin problemas. Andaba todo el día arriba y abajo con grandes recipientes que contenían la ropa sucia que había sido utilizada durante las operaciones. La llevaba hasta una pequeña habitación donde su mujer la lavaba y posteriormente la esterilizaba introduciéndola en unos grandes autoclaves, regresando después con la ropa ya estéril a los quirófanos. Cada vez que se cruzaba con uno de nosotros, lo que ocurría unas cien veces cada día, Halofon sonreía haciendo una pequeña reverencia que indefectiblemente era correspondida por los miembros de nuestro grupo. No hablaba una palabra de inglés, pero con tantas sonrisas y reverencias acabó por establecerse entre nosotros un afecto mutuo, que no hizo sino aumentar nuestro sentimiento de culpa por no haber recordado traerle de España unas gafas nuevas. Él era también el encargado de lavar la cara y los pies de los enfermos, así como de ponerles los calcetines, el gorro y la bata limpia con los que entraban en el quirófano.

Halofon tenía un hijo de unos 13 años llamado Johnatan. Era un muchacho bien plantado y de mirada inteligente que al salir de la escuela se acercaba a la clínica para pasar el rato observando nuestros movimientos.

Aquella tarde yo había acabado temprano mi trabajo y, mientras mis compañeros continuaban operando los pacientes previstos para aquel día, pensé que era un buen momento para visitar el centro de la ciudad y hacer algunas compras. Al salir vi a Johnatan que me observaba con curiosidad. Cuando le sugerí que me acompañara en mi pequeña excursión aceptó sin dudar.

Salimos de la clínica y tomamos la calzada dirigiéndonos hacia el puente que cruzaba el río, seco en esa época del año, para enfilarse la avenida principal que desembocaba en la plaza del mercado. Johnatan caminaba orgulloso junto a mí saludando con aire importante a cuantos conocidos se encontraba. Durante el trayecto charlamos sobre su fami-

lia, la escuela y el fútbol. Él a su vez, a medida que me fue cogiendo confianza, me preguntó sobre el mar, los aviones o mi país con una ingenuidad que delataba la imagen abstracta que tenía del mundo occidental.

Recorrimos las calles del centro y llegamos a un bazar donde pude comprar un carrete fotográfico. En el mismo local compré también algunas figuras artesanales que representaban animales africanos y una cafetera de barro. Antes de regresar, entramos en un bar y le invité a una Coca-Cola que bebió entusiasmado. Cuando hubo acabado su bebida, admirado sin duda por mi capacidad adquisitiva, se atrevió a formularme una pregunta que probablemente hacía rato deseaba hacerme. Mirándome a los ojos con aire ingenuo me preguntó:

—Tú, en tu país, debes tener una bicicleta ¿No?...

Cuando al llegar de nuevo a la clínica, le regalé una camiseta con el anagrama de las olimpiadas de Barcelona 92, me percaté que nunca había oído hablar de los Juegos Olímpicos. Sus conocimientos deportivos se limitaban a los nombres de algunos jugadores de la selección nigeriana de fútbol, y a imágenes de los campeones etíopes de atletismo que había podido ver por la televisión.

Aun después de mantener una larga conversación con un habitante del medio rural etíope, es difícil hacerse idea de lo que ellos piensan de nosotros, los occidentales. Su única referencia son los escasos misioneros y religiosas que, con sus hábitos y austeras costumbres, forman para ellos parte del paisaje. Les llama poderosamente la atención cualquier electrodoméstico o aparato que para nosotros forma parte de la vida cotidiana. Era toda una experiencia, por ejemplo, observar la cara de asombro que ponían algunos niños como Johnatan, cuando, accediendo a sus peticiones, les colocabas sobre sus oídos los auriculares de un walkman con música clásica. Recuerdo también el rostro estupefacto de los niños de Wukro cuando, en las tardes del domingo, Ángel los reunía en el salón de su vivienda y los entretenía con vídeos de las etapas del Tour de Francia. Los niños miraban embelesados a los ciclistas que, atravesando montañas nevadas y verdes campiñas, perseguían a Indurain antes de que éste se alzara con el triunfo. (Ángel, como buen vasco, era un admirador de Indurain y se hacía enviar por su familia las grabaciones en vídeo del Tour.)

La televisión nacional etíope, que emite sólo algunas horas al día y en un único canal, reproduce normalmente larguísimos discursos políticos de sus líderes, las noticias (en cuatro de los idiomas más impor-



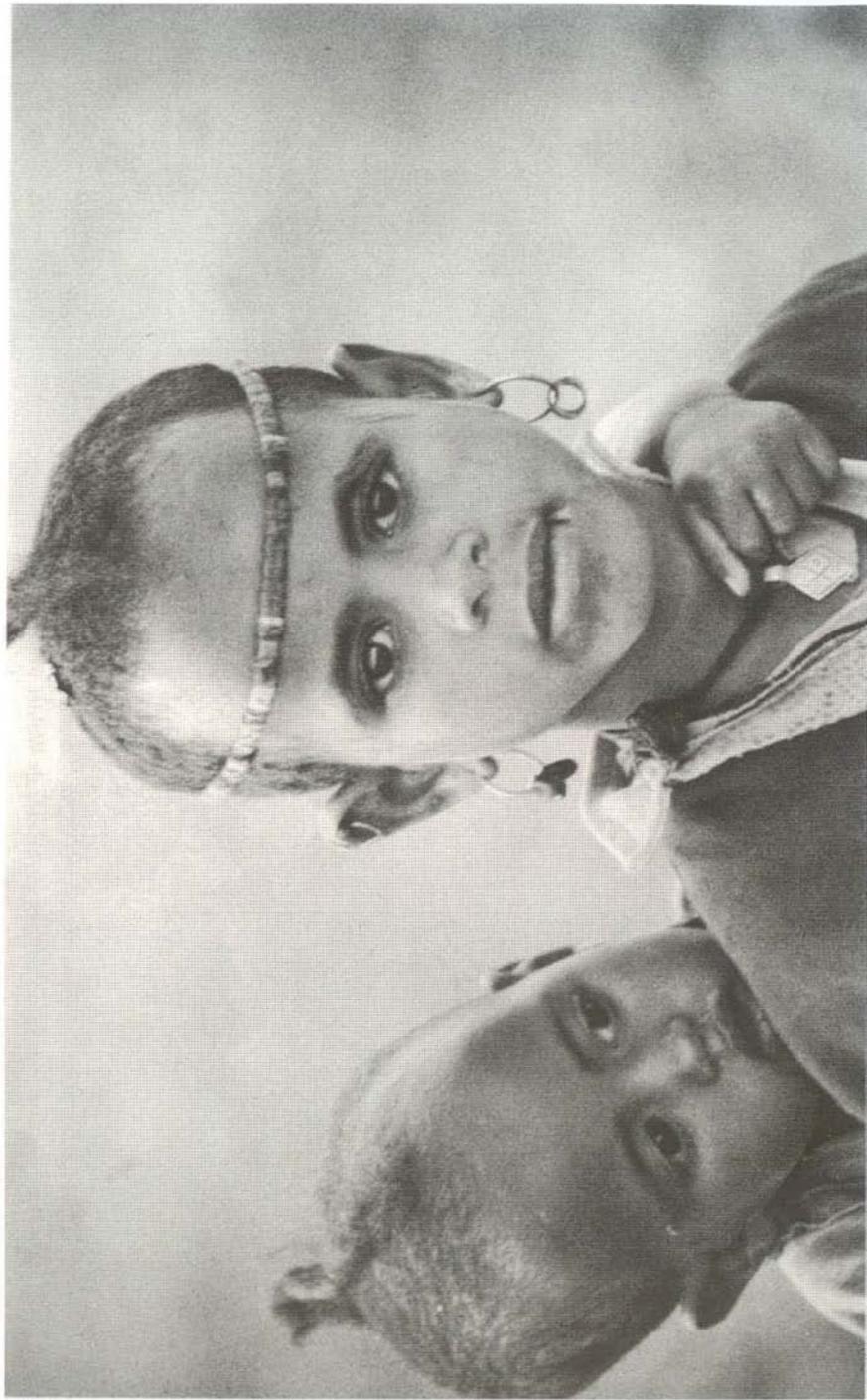
Una monja etíope nos pide que la visitemos en la puerta de la iglesia.



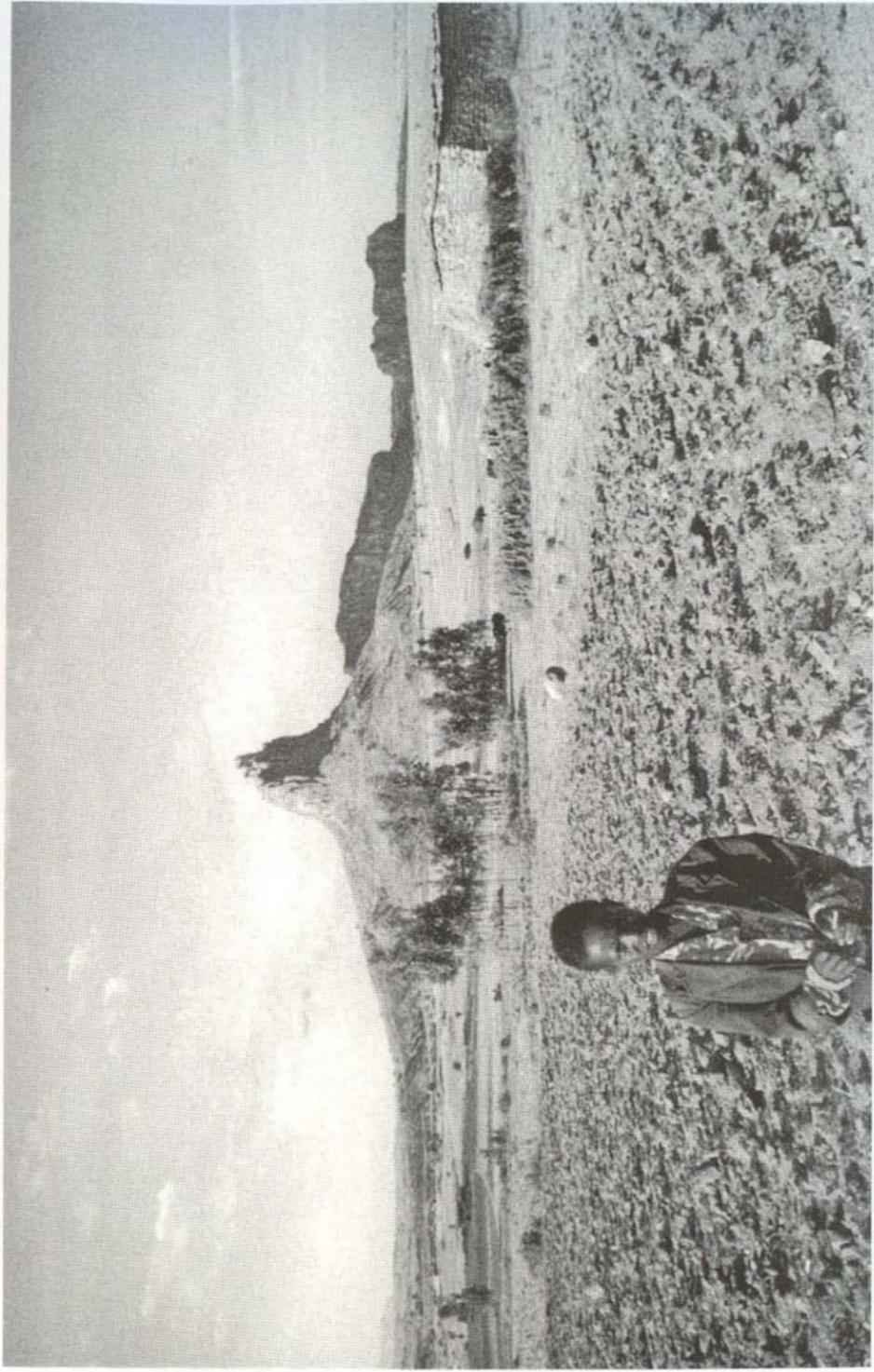
Gergist. La pequeña huérfana que vivió con nosotros durante unas semanas.



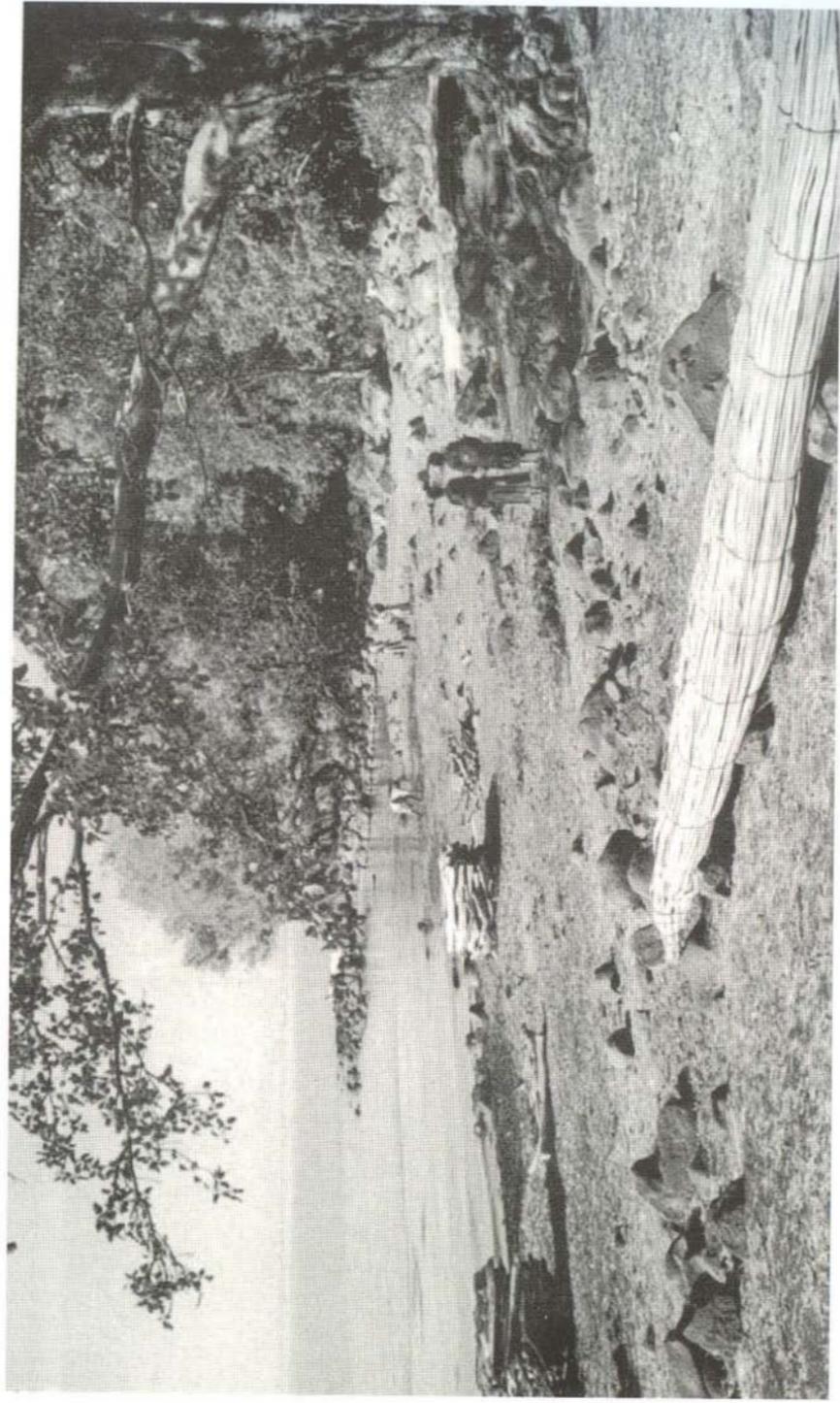
Una familia numerosa en la vivienda de su vivienda en las afueras de Wukro. Frecuentemente la familia sobrevive sin la ayuda de ningún hombre.



Dos niños, de nuevo uno cuidando del otro, en una remota zona del Tigré.



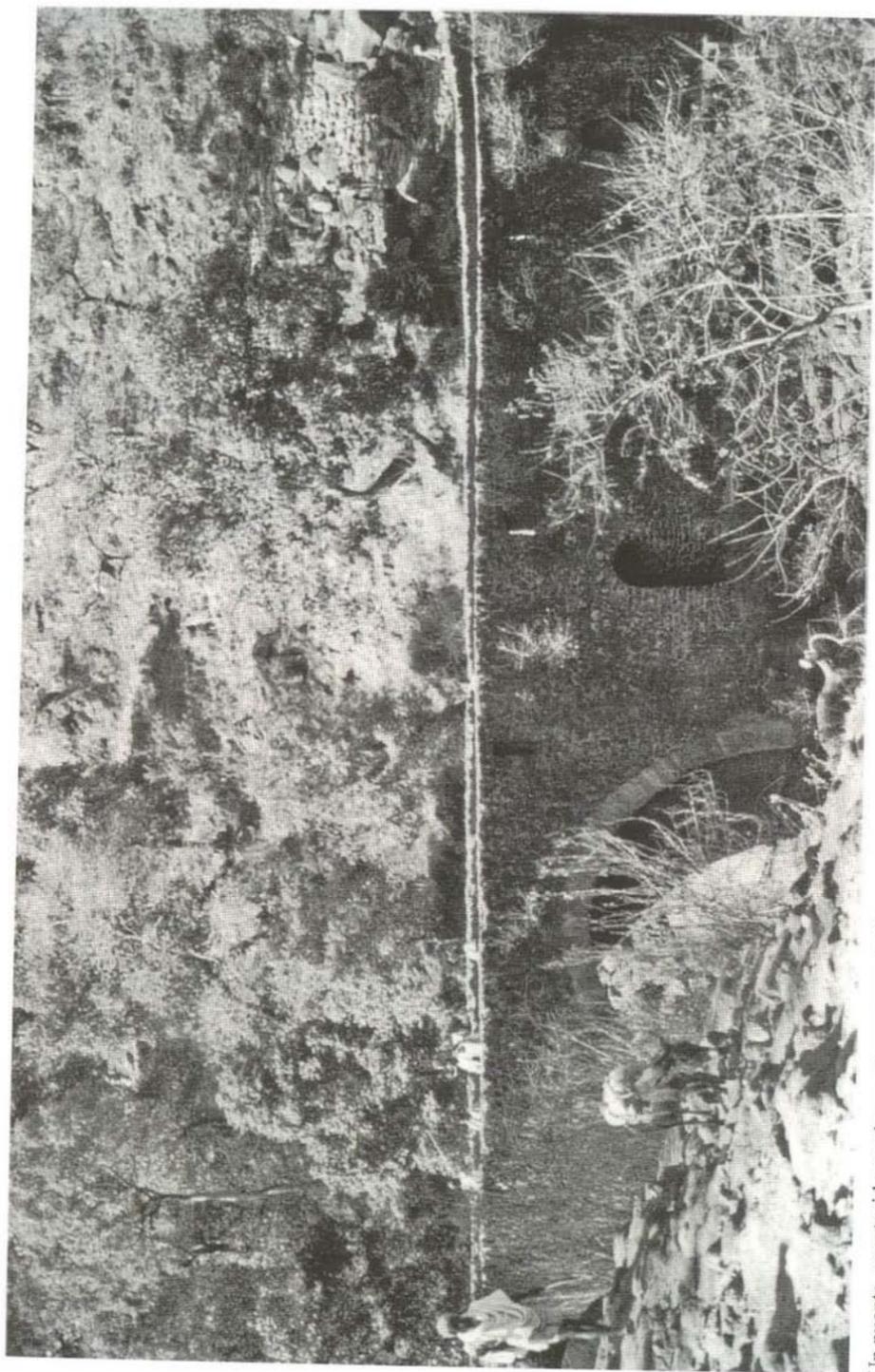
La tierra árida y erosionada recuerda el paisaje del oeste americano. Obsérvese que a pesar de su aridez, la tierra ha sido cultivada.



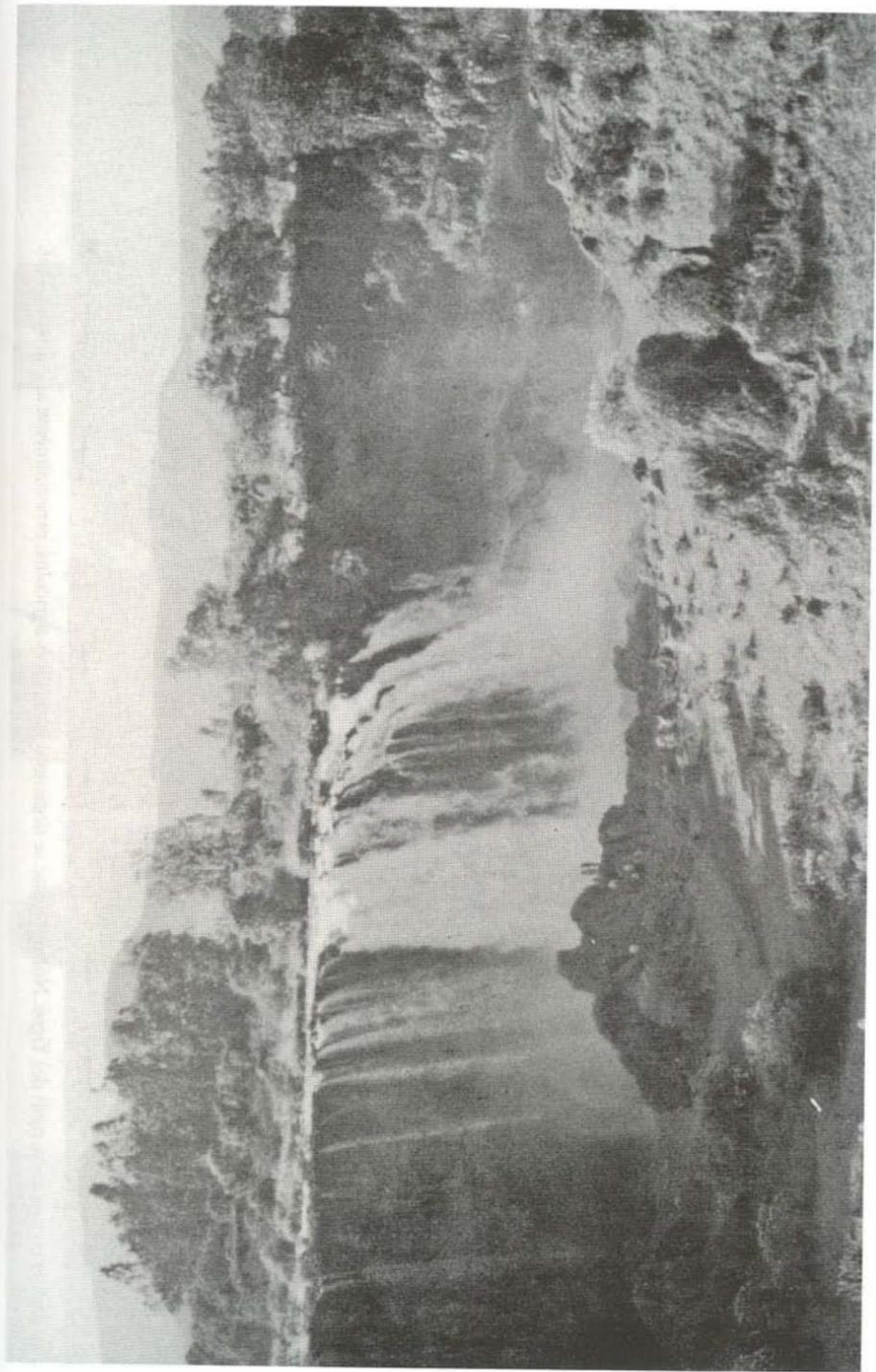
A orillas del lago Tana, en una isla-monasterio, el tiempo parece haberse detenido.
En primer plano un bote de papiro, exactamente igual a los utilizados en el bajo Nilo hace miles de años.



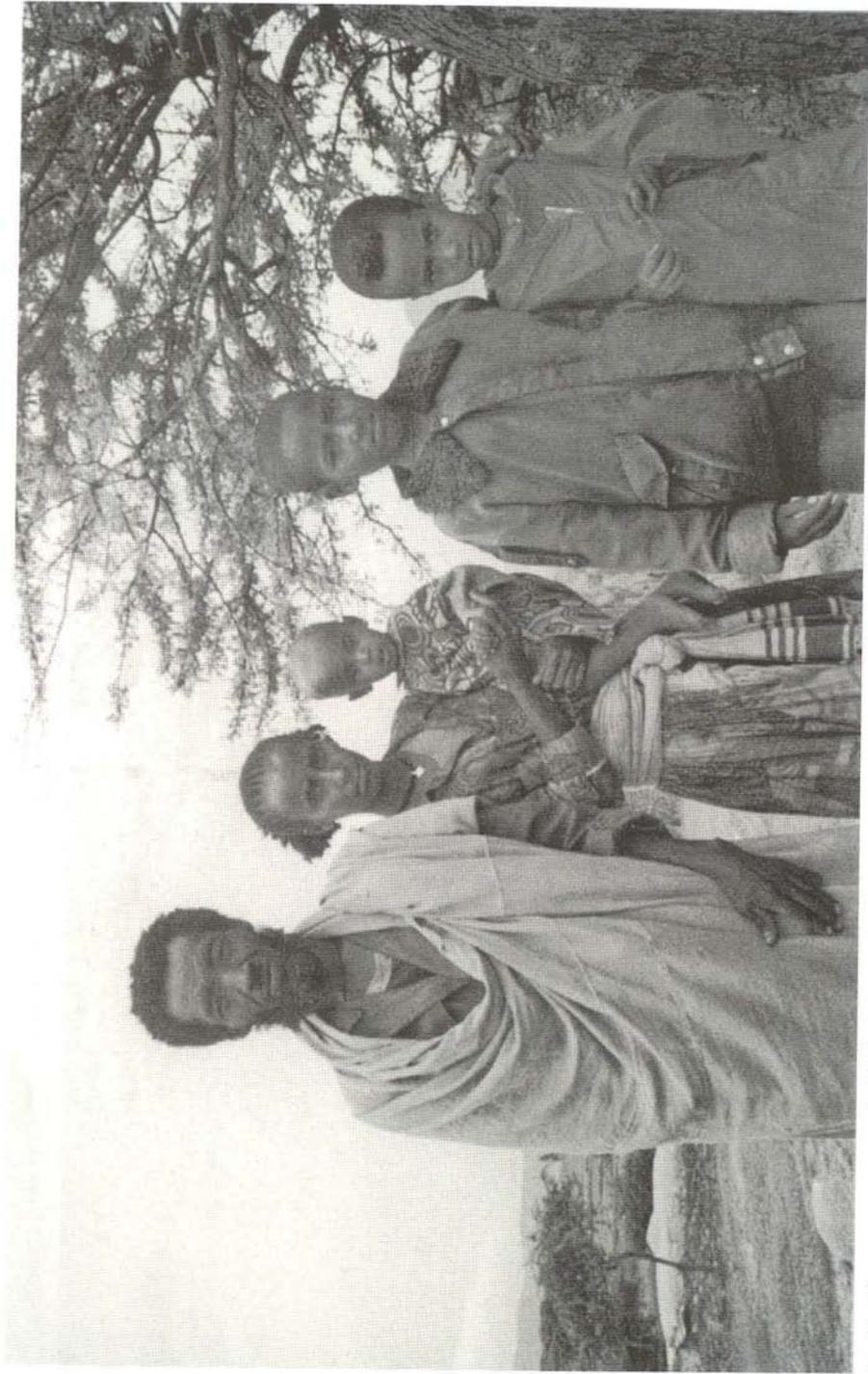
Unos monjes, en una isla del lago Tana, preparan la comida con la que finalizarán el ayuno de cuaresma.



Un puente, construido por los portugueses en 1644, se utiliza aún como única vía para sortear la garganta por la que discurre el Nilo.



En Tis abay (El humo del Nilo) el río se precipita al vacío constituyendo un espléndido espectáculo.



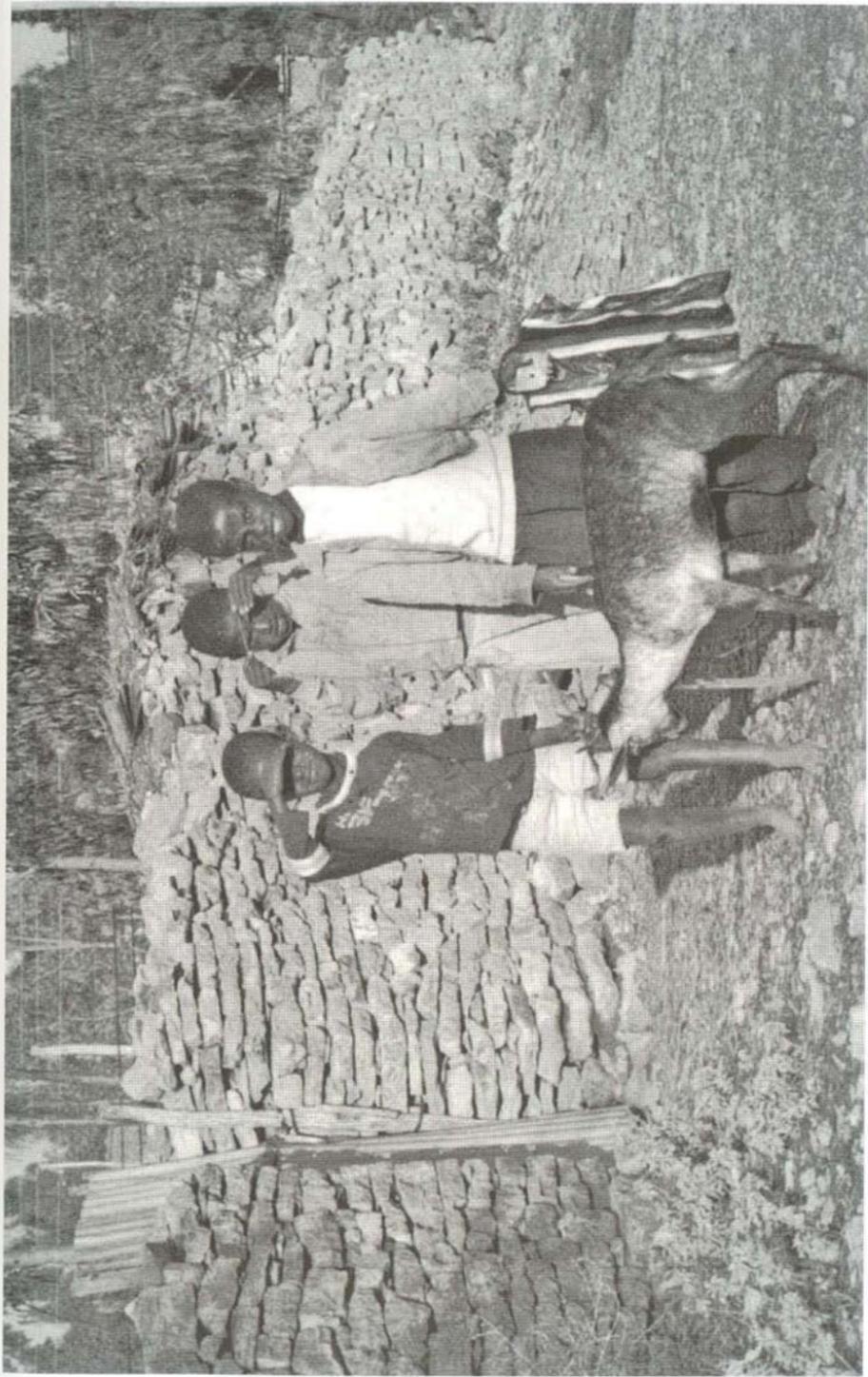
Una familia en una zona rural del Tigré. Normalmente se dedican a las labores agrícolas, especialmente al cultivo del tef.



Una mujer hace la injera cociendo sobre un horno de barro la harina del tef.



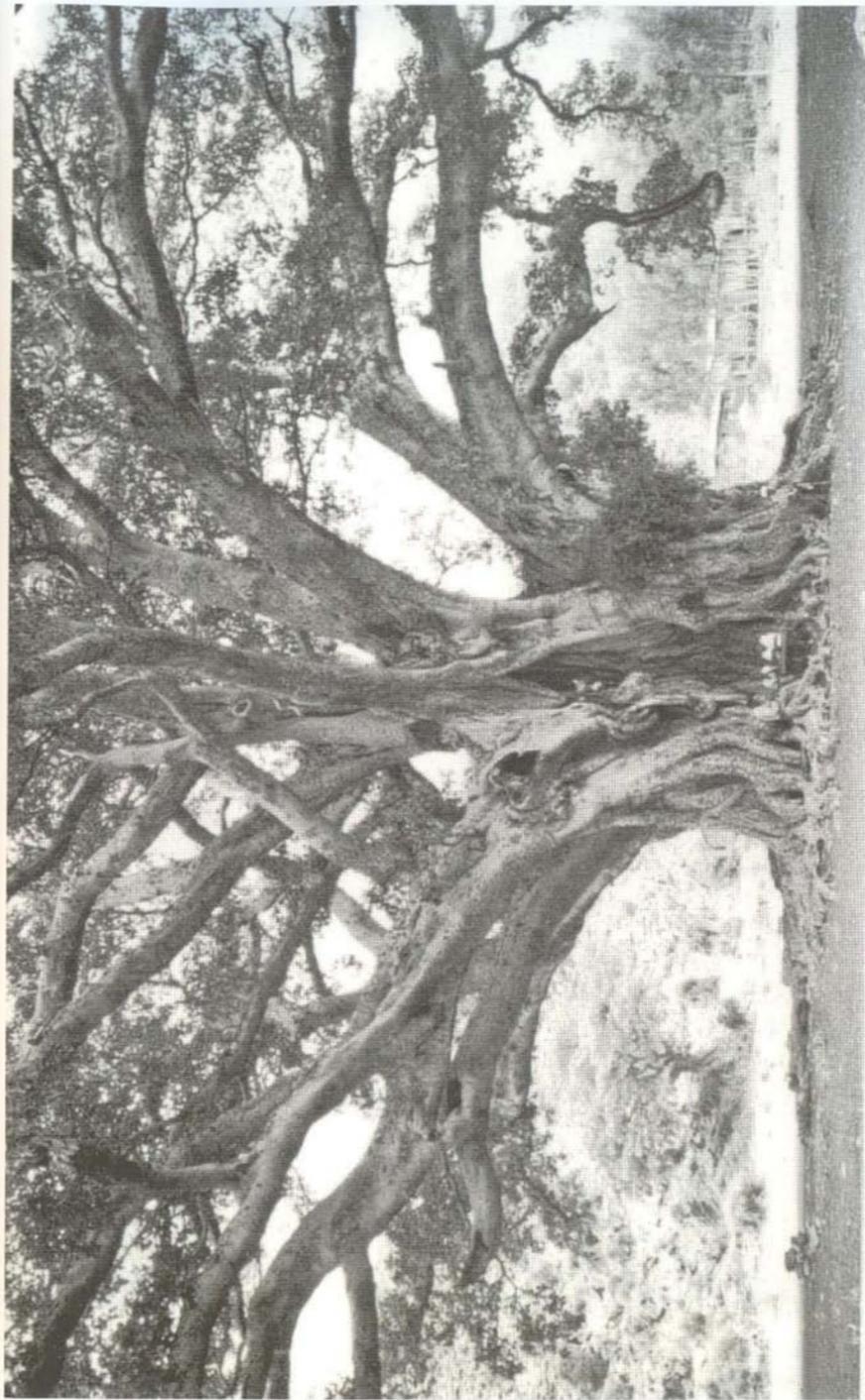
Una mujer peinada y vestida con sus mejores galas, luciendo todas sus joyas, pasea orgullosa el día de Pascua.



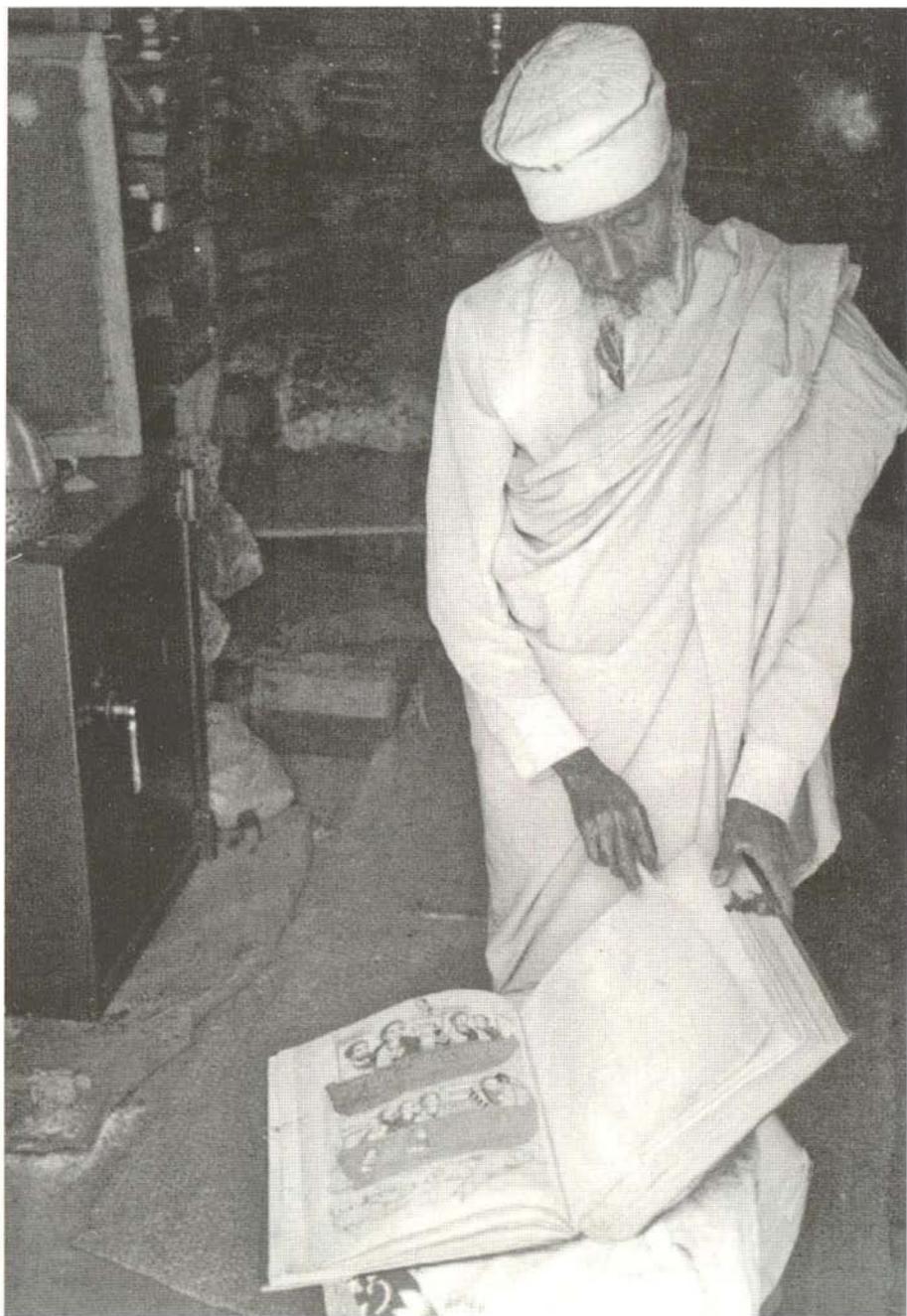
Un grupo de niños pasean a un cordero, que ha de servir de banquete pascual.



Un San Jorge negro matando al dragón adorna el interior de una iglesia etíope.



Bajo un inmenso árbol superviviente, que da una idea de lo que debió ser antaño la vegetación del Tigré, las autoridades de un pueblo dirimen un conflicto entre los vecinos.



Un sacerdote nos muestra los tesoros y libros antiguos, bellamente ilustrados, que se conservan en las islas-monasterio del lago Tana.

tantes del país y en inglés), danzas típicas regionales y algún que otro acontecimiento deportivo. En el televisor que tenían las monjas y que en ocasiones conectábamos, no aparecían nunca imágenes de gente o ciudades occidentales, de calles llenas de coches o de viviendas que pudieran servir de comparación a los humildes etíopes.

Además, los aparatos de televisión eran muy escasos. Sólo algunos bares u hoteles de cierta categoría disponían de televisores para sus clientes. Por otra parte, en todo el Tigré no había ni una sola sala de cine.

En este sentido, la pobreza del Tigré difiere sin duda de la de otros países subdesarrollados, como los suramericanos o los países del Magreb, en los que un televisor permanentemente encendido preside el ambiente del hogar. Los etíopes no padecen el constante agravio comparativo de las imágenes llenas de abundancia y consumismo que aparecen en los seriales televisivos occidentales. En Etiopía no se observa el enjambre de antenas de televisión, una sobre cada barraca, que domina el horizonte de muchas poblaciones del Tercer Mundo con un nivel de vida algo superior. En consecuencia, no existe el grado de frustración que empuja a los habitantes de otros lugares a jugarse la vida cruzando el estrecho de Gibraltar en una patera, o a gastar sus ahorros en un intento desesperado por atravesar el Río Grande.

Las escuelas

Cada día a primera hora de la mañana la calle principal del barrio se convertía en un espectáculo. Cientos de bulliciosos niños, uniformados con una camisa azul celeste y el pantalón o la falda azul marino, salían de sus casas e inundaban las callejuelas que desembocaban en la calle mayor, al final de la cual se encontraba la escuela. Algunos llevaban libros o libretas debajo del brazo, eran viejos libros de texto recomendados que alguna ONG occidental había donado a la escuela y que los niños llevaban a su casa para estudiar.

En ocasiones nos parábamos a charlar un rato con ellos. Casi todos hablaban algo el inglés y nos mostraban sus libros con orgullo, como quien enseña un auténtico tesoro. Era divertido buscar en sus textos de geografía algún mapa de Europa, señalar en él a España y explicarles que nosotros veníamos de allí. Nos miraban entonces asombrados y nos preguntaban si estaba muy lejos, cómo era nuestro país, si habíamos visto el mar...

Es emocionante comprobar que la enseñanza primaria en Etiopía es casi universal. Las escuelas son escasas y los niños muchísimos, así que se establecen turnos. La consecuencia es que a cualquier hora del día los pequeños alumnos están entrando o saliendo de las escuelas. Ignoro si el interés por la instrucción de los niños en esta torturada tierra se debe a sus profundas raíces culturales o a la influencia de muchos años de un gobierno socialista que, como en Cuba o en la antigua Unión Soviética, mostró una especial dedicación a la enseñanza infantil. El caso es que, aunque las escuelas consisten únicamente en unas desvencijadas aulas sin apenas material, todos los niños acuden a ellas con entusiasmo y reciben de los esforzados profesores, pagados por el gobierno, una instrucción básica. Resulta aún más sorprendente comprobar que en un ambiente de pobreza extrema, en algunas escuelas los niños reciban uniformes, libretas y hasta un bolígrafo.

La enseñanza secundaria es por el contrario minoritaria. Sólo funcionan algunas pocas escuelas de formación profesional normalmente a cargo de órdenes religiosas católicas. Tuvimos la oportunidad de visitar el magnífico centro que los salesianos tienen en Makallé, admirar

El lago Tana

Faltaban pocos días para que llegara la Pascua, sin duda una de las fiestas más importantes del calendario etíope. Durante las semanas de cuaresma, tanto los religiosos como los laicos habían guardado el más riguroso ayuno y era frecuente ver a hombres y mujeres rezando durante largas horas. Éste era el caso de nuestro guarda que pasaba la mayor parte del día sentado en un rincón del patio, junto a su humilde vivienda, murmurando en voz alta largas oraciones que leía de un pequeño libro hasta que, a la caída de la noche, la oscuridad se lo impedía.

A medida que se acercaba el Domingo de Resurrección era más frecuente ver por la calle a grupos de niños que, literalmente, arrastraban pequeños corderos atados con una cuerda. Un día, movidos por la curiosidad, nos acercamos a uno de aquellos corros y preguntamos a los chiquillos por qué paseaban el cordero como si se tratara de un perro. Uno de los niños nos contestó sonriendo con complicidad, mientras hacía un gesto que no ofrecía la más mínima duda: se llevó la mano al cuello e hizo ademán de degollarse. Se trataba sin duda del animal elegido para el sacrificio y la comida del Domingo de Pascua, día en el que finalmente romperían el ayuno y celebrarían el ágape más abundante de todo el año.

Era evidente que aquellas gentes tenían un concepto de la vida profundamente religioso. La vida era para ellos una etapa de sacrificios y penalidades, un auténtico «valle de lágrimas» que aceptaban resignadamente con la esperanza de conseguir, después de la muerte, la vida eterna. Imbuidos de esta filosofía por siglos de sufrimiento y penalidades en aquellas inhóspitas tierras, forzosamente se debían sentir identificados con la Pasión de Cristo. Para ellos la Cuaresma constituía un tiempo de reflexión e introspección potenciado por el ayuno, que finalizaban alborozados el domingo Pascual con la Resurrección de Cristo.

Dado que en aquellas circunstancias no íbamos a trabajar el Viernes ni el Sábado Santos, ni por supuesto el domingo, decidimos organizar un pequeño viaje al corazón de Etiopía para conocer mejor aquel sorprendente país de contrastes.

El viernes a primera hora de la mañana *sister Margaret* nos acompañó al aeropuerto de Makallé. Allí tomamos un vuelo interior de las líneas aéreas etíopes, que tan eficazmente cubren las largas distancias

que separan las poblaciones del país. Tras hacer varias escalas (era como un autobús aéreo que iba parando en pequeños aeropuertos donde subían cuatro o cinco pasajeros y descendían otros tantos), llegamos por la tarde a Bahir Dar, a orillas del legendario lago Tana.

Bahir Dar era una hermosa ciudad portuaria situada en la orilla meridional del lago Tana, muy cerca del nacimiento del mítico Nilo Azul. Sus largas avenidas enfiladas por palmeras, con las calles animadas y bien iluminadas, le conferían un ambiente tropical y cosmopolita muy diferente al de Makallé.

Nuestro grupo (formado por los miembros del equipo de Proyecto Visión, junto con Ángel y otros dos españoles miembros de Intermon que se encontraban en Etiopía trabajando en un proyecto agrícola), debía parecerle a los nativos uno más de los grupos de turistas que desde que había acabado la guerra se acercaban por aquellas latitudes para ver el lago y sus alrededores. Continuamente se nos aproximaban con la intención de vendernos souvenirs, y mostraban una gran sorpresa cuando, tras dirigirse a nosotros en un vacilante inglés, Ángel les respondía hablando correctamente en su idioma.

Por vez primera desde nuestra llegada a Etiopía, nosotros nos sentíamos también como un alegre grupo de turistas de vacaciones, lejos de las enfermedades y el agobiante ritmo de trabajo de la clínica.

Nos alojamos en el Tana Hotel, un edificio relativamente moderno de aspecto colonial y situado en la misma orilla del lago, a las afueras de la ciudad. Después de pasar las últimas semanas en las calurosas y áridas tierras del Tigré sin ver apenas un árbol o una brizna de hierba, aquel hotel que reunía las mínimas comodidades, incluso agua caliente durante dos horas diarias, nos pareció el mismísimo paraíso. Allí disfrutamos de un atardecer digno de la mejor película sobre África. Sentados en los jardines del hotel junto a un pequeño embarcadero, nos encontrábamos rodeados por una exuberante vegetación y ensordecidos por la frenética actividad de miles de pájaros, mientras el sol parecía sumergirse en las aguas del lago.

Teníamos sólo 24 horas y muchas cosas que ver, así que como hubiera hecho cualquier grupo de turistas contratamos a un guía local llamado Tom, para que nos organizara una visita por los interesantes alrededores de la ciudad.

Tom era un muchacho de aspecto avisado y acostumbrado a tratar con extranjeros. Hablaba incluso una docena de palabras en español que, por lo visto, había aprendido de la embajadora de España en Etiopía cuando ésta había visitado la ciudad dos años antes. Disponía de

una buena embarcación a motor y se comprometió a recogernos en el embarcadero del hotel a primera hora del día siguiente.

Apenas había amanecido cuando embarcamos en la pequeña motora en la que Tom nos recogió. A medida que la embarcación avanzaba hacia el interior del lago, la verde orilla iba quedando atrás difuminada por la bruma de la mañana mientras el sol ascendía poderoso. Comenzamos a divisar grandes grupos de pelícanos posados sobre el agua. Parecían pequeñas islas blancas que se desintegraban bruscamente al emprender las aves el vuelo.

Continuamente nos adelantaban bandadas de patos volando silenciosos a ras del agua. Súbitamente, alguno de ellos caía en picado sobre la superficie para alzar de nuevo el vuelo con un pez en el pico.

De vez en cuando nos cruzábamos con primitivas balsas cargadas con grandes fardos de paja y tripuladas por dos o tres hombres, en ocasiones acompañados por algunos niños que, como siempre, agitaban sus brazos al vernos.

Pasamos cerca de algunas islas completamente cubiertas de vegetación, donde pudimos ver algunos nativos que nadaban y pescaban en la orilla. Un grupo de mujeres lavaba la ropa frotándola contra unas piedras, junto a unas piraguas de papiro varadas en la playa. Cerca de ellas, unos niños interrumpieron sus juegos y nos miraron con curiosidad.

Tras una hora de navegación apareció a nuestra proa una isla, algo mayor que las demás, que estaba cubierta de árboles entre los que sobresalía la cruz de un monasterio. Unos minutos más tarde llegábamos a un pequeño embarcadero construido sobre unos peñascos, donde nos esperaba un monje para advertirnos que las mujeres tenían prohibida la entrada y debían quedarse en la embarcación. Desembarcamos por lo tanto solamente los hombres, y nos adentramos en la isla ascendiendo por un angosto sendero que penetraba en un denso bosque de árboles tropicales. En un claro del bosque nos topamos con un grupo de novicios que se encontraban cocinando alrededor de una gran hoguera. Había algo inquietante en el rostro afeminado de aquellos jóvenes adolescentes de mirada tímida y extraviada, que vestidos con largas túnicas naranja se movían con parsimonia ignorando nuestra presencia. Sólo cuando Ángel les dirigió unas preguntas en tigrina y les reveló su condición de sacerdote católico, uno de ellos, el de más edad, interrumpió su trabajo y se dirigió hacia nosotros con curiosidad. Por lo visto procedían del Tigré, —según nos explicó— y llevaban años sin salir de la isla en donde obtenían todo lo necesario para su subsistencia, así como la paz necesaria para dedicarse por completo a la oración y a la medita-

ción. Habían ayunado durante las últimas semanas —nos dijo— y se encontraban preparando la comida de Pascua. Unos pelaban patatas y cebollas que introducían en un gran cazo con agua hirviendo, mientras otros cortaban el pescado con el que toda la comunidad celebraría al día siguiente el Domingo Pascual.

El monasterio incluía una iglesia redonda construida con grandes bloques de piedra y decorada con impresionantes pinturas, algunas de ellas parecían antiquísimas. Con un estilo ingenuo, casi infantil, en las paredes estaban representadas escenas del Antiguo Testamento, historias fabulosas en las que San Jorge moría ajusticiado siete veces, leyendas como la de la mítica reina de Saba o que hacían referencia a batallas en las que los ejércitos cristianos vencían a las hordas musulmanas invasoras. En una construcción anexa los monjes guardaban los libros sagrados, las valiosas coronas y otros presentes que durante siglos algunos reyes y otros visitantes ilustres habían llevado hasta allí como ofrenda.

En aquella isla, donde el tiempo parecía haberse detenido, los monjes meditaban y rezaban apurando el último día de cuaresma y ayuno.

El lago Tana es el mayor de Etiopía y uno de los mayores de África. Es alimentado por multitud de ríos que descienden de las altas montañas que lo rodean. En sus inmediaciones nace el Nilo Azul, que tras verter sus aguas en las del lago prosigue su trayecto cruzando el oeste del país y dirigiéndose al Sudán, para unirse en Jartúm al Nilo Blanco formando el Gran Nilo. Las fértiles orillas del lago Tana fueron la cuna del idioma amárico y de la antigua cultura etíope. En los aislados monasterios que pueblan algunas de sus remotas islas, se preservó la religión cristiana en tiempos difíciles de invasiones musulmanas. En una de estas islas-monasterio, según la tradición, permaneció escondida durante siglos el Arca de la Alianza hasta que ésta fue trasladada a Aksum, en el norte del Tigré, donde según creen firmemente los cristianos etíopes se encuentra en la actualidad.

Cuenta la leyenda, que hace 2.500 años gobernaba en las tierras altas de la actual Etiopía, Makeda, la mítica reina de Saba. La soberana, al enterarse a través de los mercaderes de la existencia de Salomón, un rey sabio y poderoso que estaba construyendo en Jerusalén un gran templo, formó una caravana con seiscientos noventa y siete animales y partió hacia Palestina con la intención de conocerlo. Allí, prosigue la leyenda transmitida a través del Kebra Negest («Gloria de los Reyes»,

libro escrito en el siglo XIV por un sacerdote de Aksum), la reina pudo admirar la sabiduría y riqueza del gran rey convirtiéndose al judaísmo. La noche antes de su retorno a Etiopía, prosigue la leyenda, el rey utilizando una estratagema logró yacer con ella.

Tras el regreso a Etiopía, la reina dio a luz un hijo varón al que llamó Menelik. Al cumplir veintidós años el joven príncipe expresó el deseo de conocer a su padre y partió asimismo hacia el reino de Israel. Allí fue reconocido por Salomón como su hijo y colmado de honores.

Antes de partir de nuevo hacia Etiopía, el rey Salomón quiso que los primogénitos de las doce tribus de Israel acompañaran a su propio primogénito en el viaje de regreso. Uno de ellos, de nombre Azarías, hijo del sumo sacerdote del templo, cambió el Arca de la Alianza por una réplica y se llevó la auténtica consigo a Etiopía. Percatado del engaño Salomón montó en cólera y envió un ejército tras él. Pero éste, ayudado por Dios, no pudo ser alcanzado y el Arca de la Alianza llegó a Etiopía donde fue escondida durante 800 años en un monasterio del lago Tana, para posteriormente ser llevada hasta el monasterio de Maryam Sion, en Aksum, durante el siglo IV después de Cristo.

La leyenda no es cuestionada por la iglesia etíope que la considera dogma de fe. Para ella el Arca se encuentra escondida en el interior del monasterio, custodiada por uno de los monjes cuya identidad nadie conoce y que antes de morir transmite su mandato a otro de los monjes, y así a través de las generaciones.

Menelik inició de esta forma una larga dinastía de reyes y emperadores que se sucedieron sin interrupción durante cientos de años. El poder otorgado por el Arca de la Alianza y la naturaleza divina de su dinastía, dieron a los monarcas la fuerza necesaria para resistir durante siglos las invasiones musulmanas y mantener la unidad de la cultura etíope a través de los siglos.

El humo del Nilo

Por la tarde, tras almorzar en el hotel, Tom nos condujo en su furgoneta por una carretera sin asfaltar que atravesaba una fértil comarca. La tierra rojiza, cubierta de hierba alta en la que pastaba el ganado, se encontraba salpicada por numerosas cabañas circulares de madera con el techo de paja. La solemne silueta de algunas acacias, la presencia de prados y el maravilloso olor a heno y a hierba fresca que entraba por la ventanilla abierta de la furgoneta, anunciaban la proximidad del Nilo.

Finalmente, llegamos a un poblado en el que se acababa la carretera. Dejamos allí el coche y proseguimos andando por una senda que discurría entre las colinas, ascendiendo hasta llegar a un altiplano. Era evidente que no éramos los primeros turistas en llegar hasta allí. Por el camino salieron a nuestro encuentro algunos niños que nos ofrecieron objetos de artesanía, pequeñas cruces talladas en piedra o unas bolsas para guardar la «medicina» que los etíopes utilizan como amuleto. Proseguimos nuestra andadura hasta que llegamos a un lugar en el que el camino se cruzaba con una estrecha garganta, un precipicio de más de 30 metros de profundidad en cuyo fondo el Nilo, convertido en un torrente embravecido e impetuoso, había labrado una profunda sima. Un sólido puente de piedra, extendido entre los dos extremos del abismo, permitía franquear el barranco y acceder al otro margen. El puente, una notable obra de ingeniería hecha con grandes bloques de piedra, había sido construido en 1644 por los portugueses que en el siglo XVII habían llegado hasta estas tierras.

Durante los siglos XI y XII se extendió en Europa la creencia de que en algún lugar, lejos de la civilización hasta entonces conocida, existía un poderoso reino cristiano gobernado por un sacerdote al que llamaban Preste Juan. Se desconoce el origen de esta leyenda, pero en la Europa medieval se creyó firmemente en su existencia hasta el punto de que en 1177, el papa Alejandro III escribió una carta al Preste Juan y varios monarcas católicos enviaron exploradores en su busca. En 1487 y 1520 Portugal envió sendas misiones diplomáticas a Etiopía que, aunque sirvieron para poner en evidencia la inexactitud de la leyenda, propiciaron un mejor conocimiento entre ambas naciones. Cuando a

partir de 1526 las hordas musulmanas acaudilladas por Ahmed Gragn (Gragn el zurdo) arrasaron la práctica totalidad del territorio etíope, el emperador abisinio pidió ayuda a Portugal que envió 400 hombres al mando de un hijo de Vasco de Gama. Los portugueses consiguieron cambiar el curso de la guerra y derrotar a los ejércitos musulmanes matando a su caudillo. Tras la victoria, los portugueses supervivientes permanecieron en Etiopía en donde disfrutaron de una posición privilegiada dedicándose, ellos y sus sucesores, a la construcción de algunos puentes diseminados por todo el territorio, y de los castillos y fortificaciones que protegen la ciudad de Gondar, antigua capital del imperio. Como consecuencia de estas relaciones, Pedro Páez, un jesuita español al servicio de la corona portuguesa, llegó a Etiopía en 1603 permaneciendo allí más de 20 años. Fue él quien en 1618 llegó por primera vez al nacimiento del Nilo Azul, en las inmediaciones del lago Tana

Dejamos atrás el puente y continuamos el camino que poco a poco se fue haciendo más empinado transcurriendo entre grandes peñascos. La falta de entrenamiento, la considerable altura del lugar y el sol de justicia que a esa hora de la tarde caía sobre nosotros hacían cada vez más penosa la ascensión.

De repente, al llegar al final de una cuesta, de detrás de unas piedras salieron unos niños que nos miraron sonrientes con cara de complicidad. Del interior de un zurrón sacaron como por arte de magia unas botellas, mientras que con un tono burlón nos ofrecían: *¿coke mister?*, *¿mineral water?*... Naturalmente no pudimos resistir la tentación y les compramos algunas bebidas. A partir de aquel momento continuamos ascendiendo acompañados de los niños que nos seguían a corta distancia, esperando que vaciáramos el contenido de las botellas para recuperar los envases. (En cualquier establecimiento de Etiopía una botella de agua vale 5 birrs, unas cien pesetas, pero cuando retornas el envase te devuelven 3 birrs. ¡Vale más el envase que el agua!) Una vez recuperados, el grupo de niños desapareció de nuestra vista corriendo descalzos montaña arriba cargados con los refrescos, para esperarnos de nuevo en la cima de la siguiente cuesta y repetir la oferta: *¿coke mister?*, *¿mineral water?*...

Hacia rato que oíamos un murmullo, al principio lejano pero que paulatinamente se fue haciendo más próximo. Bruscamente, al doblar un recodo, apareció a lo lejos uno de los espectáculos más fabulosos que puedan contemplarse. El Nilo, con sus más de 500 metros de anchura, se precipitaba 50 metros hacia el fondo de un barranco for-

mando una de las mayores cataratas de África: Tis Abay (El humo del Nilo). A medida que nos fuimos acercando el ruido se hizo ensordecedor. Millones de gotas de agua caían a muchos metros de distancia formando un arco iris de colores increíbles. De la tierra, alimentada por aquella lluvia constante, brotaban exuberantes todo tipo de plantas cuyo verdor contrastaba con el azul del cielo. Allí, al pie de las cataratas, en el agua burbujeante y espumosa de aquel inmenso *yakutzi* nos bañamos resarciéndonos del intenso calor del trópico.

Estaba anocheciendo y no había tiempo para recorrer de nuevo el camino andado, así que siguiendo los consejos de Tom, continuamos avanzando por el margen derecho del río hasta llegar a un pequeño embarcadero. Allí, después de negociar el precio del viaje durante un largo rato, conseguimos que unos nativos nos llevaran a la otra orilla en dos piraguas de papiro. Cruzamos pues el Nilo, esta vez en toda su anchura, mientras el disco rojizo del sol se ocultaba en el horizonte acunado por los cantos de los nativos, el chapoteo de las pértigas de los barqueros y el murmullo lejano de las cataratas.

El domingo de pascua, muy temprano, el avión despegó del moderno aeropuerto de Bahir Dar, y tras describir un amplio círculo sobrevolando el lago Tana puso rumbo al este. Llegamos a Makallé a primera hora de la tarde, con tiempo suficiente para dar un paseo por el centro de la población. Todo el mundo parecía haberse dado cita en la calle mayor de la ciudad en la que reinaba un ambiente festivo. Niños y adultos, hombres y mujeres habían celebrado la comida de Pascua y salido a pasear vestidos con sus mejores galas. Los hombres vestían trajes blancos de pantalones ajustados en los tobillos. Algunos aún llevaban en la mano la piel del cordero que hacía unas horas había sido sacrificado. Las mujeres lucían túnicas blancas bordadas con dibujos geométricos de múltiples colores. Los peinados más espectaculares adornaban sus cabezas. Orgullosas y sonrientes paseaban en grupos exhibiendo su belleza, resaltada por los vistosos abalorios que adornaban sus cuellos y sus orejas.

Los falasha

Un domingo por la tarde, haciendo una pequeña excursión por los cerros cercanos a Wukro, llegamos hasta una hermosa iglesia excavada en la roca, que se alzaba en la cima de una montaña y cuyo aspecto recordaba los solitarios monasterios tibetanos. Un sacerdote ortodoxo nos abrió la puerta y, a cambio de algunos birrs, nos mostró los tesoros del templo. Al enterarse de que éramos oftalmólogos y trabajábamos en Makallé, mostró un gran interés por complacernos. Al acabar el recorrido por el recinto, nos hizo sentar haciendo un corro sobre el suelo del atrio de la iglesia y nos obsequió con un largo sermón que duró cerca de media hora. Recuerdo haber pensado que el religioso no se encontraba del todo en su sano juicio o estaba bajo la influencia de alguna bebida alcohólica, porque durante todo ese tiempo su relato se deslizó sin solución de continuidad por varios pasajes de la Biblia, por la historia reciente del Tigré mezclada con algunas de las conocidas leyendas etíopes sin dejar de mencionar también la intrincada historia de aquel templo, repetidas veces incendiado y atacado, para finalmente concluir que la culpa de todo, absolutamente de todo, era de los judíos, porque habían crucificado a Jesús.

¿Cómo era posible que en aquel país, tan lejos de todas partes, fueran también los judíos los culpables de todos sus males? ¿Cuál era la historia de esa extraña tribu que poblaba aquella tierra desde tiempo inmemorial?

Los falasha, judíos de raza negra que actualmente habitan una pequeña zona del norte de Etiopía, se caracterizan por su extrema pobreza y sus costumbres ancestrales. Se dedican a los trabajos manuales que los demás etíopes desprecian y viven en pequeñas aldeas separadas del resto de la población. La característica principal de este pequeño pueblo, cuyo color de piel es algo más claro que el de los demás abisiniños, es su religión. Los falasha, que se denominan a sí mismos «Biete Israel» (casa de Israel), creen firmemente en un solo Dios, el Dios de Israel, que eligió a su pueblo para enviarle el Mesías, salvarlo y conducirlo a la tierra prometida. No conocen el hebreo ni el Talmud (interpretación del Torá realizada por los rabinos) y su Torá o Pentateuco (cinco libros atribuidos a Moisés, redactado aproximadamente en el año 1225 a. C.) se encuentra escrito en el Gueez, (el antiguo idioma del pueblo aksumita que aún hoy utiliza también en su liturgia la iglesia or-

todoxa etíope). Sus sacerdotes se llaman *Kahens*, nombre que empleaban los antiguos rabinos en la época de Moisés. Los *Kahens* se dedican sólo a la celebración de la liturgia y se consideran descendientes de Aarón. Sus sinagogas son pequeñas construcciones, que no se distinguen del resto de las casas, y que tienen dos puertas, una de ellas orientada hacia el este en dirección a la ciudad de Jerusalén. Los viernes se preparan para la festividad del día siguiente lavándose, preparando la cerveza y el pan. A partir de la puesta del sol apagan los fuegos y respetan el silencio y la oscuridad. Durante todo el sábado no encienden fuego, no preparan café ni comida caliente ni hacen nada que suponga trabajar. Conservan las antiguas reglas del judaísmo en relación con la muerte de los animales que deben servir de alimento, y cumplen las prescripciones de Abraham, pero desconocen las normas contenidas en el Talmud cuya redacción comenzó 200 años a. C., para terminar hacia el año 500 de nuestra era.

La historia de los judíos etíopes, al igual que la de sus homónimos del resto del mundo está plagada de persecuciones y éxodos. Hacia el año 1000 de nuestra era debieron formar una tribu numerosa y con suficiente poder como para oponerse a la expansión del cristianismo que se había originado en Aksum. Al mando de la mítica reina Judith, los falasha invadieron el norte de Etiopía y destruyeron la ciudad de Aksum reduciendo a cenizas cientos de iglesias, entre las que se encontraba la que el extraño sacerdote nos acababa de mostrar. Como consecuencia de esta invasión se interrumpió la dinastía salomónica y la capital se trasladó hacia el sur, fundándose la ciudad de Lalibela, y en cierta forma originándose lo que posteriormente sería el imperio abisinio. Sin embargo, el cristianismo en Etiopía sobrevivió. En Lalibela fueron construidas en el siglo XII las 13 maravillosas iglesias (patrimonio de la humanidad) excavadas en la roca, rodeadas de olivos y separadas por un río que rememora al Jordán, en recuerdo de la ciudad de Jerusalén. En el año 1270 la dinastía salomónica fue restaurada y la fe cristiana se extendió por toda Abisinia. Desde entonces la palabra Judith es en Etiopía sinónimo de monstruo y los falasha fueron perseguidos por los sucesivos emperadores. Especialmente cruel fue la persecución desencadenada por los jesuitas portugueses quienes hacia el año 1600 aconsejaron al entonces emperador Sisinio el exterminio de los judíos. Como consecuencia, su número se ha ido reduciendo a lo largo de siglos de segregación y persecución, concentrándose en una pequeña área al norte del lago Tana.

Occidente supo por primera vez de la existencia de los falasha en 1770, cuando el explorador escocés James Bruce los descubrió en su viaje a las fuentes del Nilo Azul. En 1867 el judío Joseph Halévy viajó

hasta el lugar para conocerlos. Hasta este momento ambas comunidades judías habían ignorado cada una la existencia de la otra. Imagino la sorpresa de los falasha cuando comprobaron que otra comunidad que, además, era de raza blanca, compartía con ellos las normas básicas de su religión. Para las comunidades judías occidentales, el descubrimiento motivó una sorpresa aún mayor dando origen a una agria polémica sobre la autenticidad de los judíos etíopes. En un principio se les negó el derecho a la patria judía, pero finalmente, tras muchas discusiones no exentas de connotaciones racistas, los rabinos acordaron que los falasha tenían derecho a la tierra prometida. En el complejo contexto político religioso de Israel semejante decisión tenía que acarrear forzosamente consecuencias políticas: si los falasha eran auténticos judíos tenían derecho a obtener la ciudadanía israelí. Begin estableció un pacto secreto con Mengistu ofreciéndole armas a cambio de dejar salir a los falasha. En 1977, llegaron a Israel por vía aérea los primeros 122 judíos etíopes, pero la revelación de que un gobierno como el de Israel vendía armas al marxista Mengistu, hizo fracasar el pacto y la operación se suspendió.

En 1978, en el seno de los acuerdos de Camp David, Begin convenció a Sadat para que hablase con el general Numeiry, líder del Sudán, para que facilitara la evacuación de los judíos a través de su país. Sin embargo, en 1981 Sadat fue asesinado y Numeiry se deslizo hacia el fundamentalismo quedando de nuevo la cuestión aplazada.

La espantosa hambruna de 1984 y 1985 aceleró las negociaciones y, en el más estricto secreto, durante los meses de noviembre y diciembre de 1984, unos 7.000 judíos fueron evacuados de Etiopía en una complicada operación que se denominó «Operación Moisés». Los judíos cruzaron el este de Etiopía, atravesaron la frontera con el Sudán y embarcaron, ya dentro de este país, en aviones que los llevaron hasta Tel Aviv haciendo escala en capitales europeas como Roma, Bruselas y Ginebra. (Dadas sus diferencias políticas, entre Israel y Sudán no existían vuelos directos.)

A pesar de los concienzudos estudios de los rabinos, el misterio sobre origen de esta extraña tribu aún no ha sido desvelado. ¿Son realmente los descendientes de los guardias que acompañaron a Menelik en su viaje de regreso desde Jerusalén? ¿Fueron alguna vez judíos todos los etíopes, para convertirse después al cristianismo? Aunque esta última hipótesis resulta atractiva y explicaría las numerosas costumbres judías que aún hoy perviven en la liturgia y la vida etíope (la circuncisión, el respeto al sábado, etc.), parece demostrado que los antiguos abisinios, antes de su conversión al cristianismo, adoraban a múltiples dioses, quizás influidos por los griegos de su época.

Fascinante es, sin embargo, una de las leyendas que atribuye el origen de los falasha a los antiguos israelitas huidos de Egipto. La leyenda se remonta a la antigüedad, cuando los antiguos judíos, esclavos en Egipto, obtuvieron por fin el permiso del faraón para regresar de nuevo a su tierra. Unos cuantos de ellos, los artistas y trabajadores más cualificados que habían sido liberados de la esclavitud, decidieron permanecer en Egipto para contribuir a la construcción de las pirámides. Cuando el faraón, arrepentido de haber permitido la partida del pueblo judío inicia su persecución y logró alcanzarlos en las orillas del mar Rojo, todo su ejército sucumbió bajo las aguas que se habían abierto milagrosamente para permitir el paso de los israelitas guiados por Moisés.

Cuando la noticia del desastre llegó a la capital de Egipto la represión contra los judíos que allí habían quedado fue terrible. Según la leyenda, fueron hechos prisioneros y llevados hasta el mar Rojo, para ahogarlos y matarlos de la misma forma que habían muerto los egipcios. Sin embargo, una milagrosa tormenta de arena hizo que los egipcios se extraviaran y permitió escapar a los judíos, que emigraron hacia el sur llegando a las tierras de Abisinia donde se instalaron.

Hoy, a pesar de todas sus vicisitudes, de la pobreza, el hambre y la persecución a la que han sido sometidos, unos 15.000 falasha, continúan viviendo en las tierras altas de Etiopía, manteniendo estrictamente su religión y costumbres en la confianza de que son el pueblo elegido por el Dios de Israel.

Una cena en casa de Haftu

Haftu era particularmente competente, durante años había ayudado a *sister Margaret* y era capaz de realizar correctamente una historia clínica, determinar la agudeza visual, reconocer y clasificar los diferentes estadios del tracoma y pautar correctamente su tratamiento. Hablaba bien el inglés y nos servía de intérprete; era en definitiva de gran ayuda. Al salir del trabajo, frecuentemente se ofrecía para acompañarnos a dar un paseo por la ciudad, momentos en los que aprovechábamos para conversar sobre diferentes aspectos de la vida en el Tigré. De unos treinta años y complexión fuerte, vestía con frecuencia una camiseta con la figura estampada del Che, y parecía políticamente comprometido con las ideas socialistas. Se le notaba orgulloso de su tierra, de su cultura y de su gente. Hablaba del gobierno con entusiasmo.

—Hoy gracias al gobierno, en el Tigré hay paz y trabajo, todo el mundo vive mejor —decía.

Vivía con su mujer, que trabajaba en una oficina, y su hijo de cuatro años en una casa cercana a la nuestra. Un día nos invitó a cenar.

Conseguimos un par de botellas de vino eritreo en una tienda del barrio, y a eso de las ocho llegamos delante del lugar indicado donde Haftu nos esperaba junto con su hijo. Tras abrir con dificultad una puerta hecha con un trozo de chapa metálica, nos adentramos en un pequeño patio, común a varias viviendas, en el que había tendida la colada. En un rincón del recinto, separado del resto por unas cañas, se encontraba un agujero que hacía las funciones de letrina. Cruzamos el patio, y a través de una puerta de madera penetramos en su casa que consistía en una única habitación de unos 20 metros cuadrados. A cada lado de la habitación había una cama, y entre las dos un baúl sobre el que se encontraba un radiocasette en el que sonaba música tigrina. La luz tenue de la única bombilla que pendía del techo iluminaba la estancia, en cuyas paredes habían colgado fotos de calendarios e imágenes de revistas occidentales. En una esquina se encontraban unas estanterías, sobre las que se acumulaban algunos utensilios de cocina cubiertos por una cortina. Entre dos paredes, colgadas de un cordel, se secaban unos trozos de carne en salazón, que con seguridad habían pertenecido al cordero sacrificado unas semanas antes, durante la Pascua.

Nos presentó a su joven esposa, una mujer de aspecto tímido y dulce, con la belleza característica de las muchachas etíopes, que vestía ropas occidentales.

Después de unos momentos de incertidumbre, pues no había ninguna silla en la habitación, nos sentamos todos en el borde de ambas camas. Entre ellas, su mujer dispuso una pequeña mesa sobre la que fue colocando los platos, que cocinaba en el suelo con unos pequeños hornillos de queroseno. Tomamos unos tallarines condimentados con una salta picante, a los que siguió la injera aderezada con otra salsa auténticamente diabólica. Finalmente comimos unos cuantos trozos de la carne de cordero que la mujer fue descolgando del cordel.

Durante la cena, nos contó su historia. Había nacido no lejos de Makallé, en el seno de una familia de comerciantes. A los 18 años se enroló en el Frente de Liberación del Tigré, con el que había combatido en las montañas al régimen comunista de Mengistu. Allí había conocido a su mujer, también guerrillera, con la que se había casado al acabar la guerra. Antes había tenido otro hijo con una primera mujer de la que actualmente no conocía su paradero. Del fondo del baúl fueron saliendo recuerdos de la guerra, fotografías y hasta un traje de camuflaje.

— Este es el uniforme del FLT —nos dijo con orgullo—. Mi mujer y yo entramos con los primeros guerrilleros que liberaron Addis— nos explicó.

Animado por el vino y acompañado por una especie de guitarra que también sacó de su baúl, se puso a cantar melancólicas baladas que él mismo había compuesto durante la guerra. Cuando le pedimos que nos tradujera su letra, nos mostró una vieja libreta en la que, en caracteres tigríña, había escrito las estrofas junto a unos números que correspondían a las cuerdas que tenía que pulsar de la guitarra para que sonaran las notas correspondientes. Las canciones hablaban de libertad, de amor, de paz, de guerra, de lucha y de patria. Con la voz clara, los ojos brillantes y el rostro iluminado, continuó cantando y tocando su guitarra hasta bien entrada la noche. Y de aquellos acordes repletos de emoción y sentimiento, brotaron notas llenas de esperanza en un país mejor, lejos de la pobreza y del hambre. Mientras, su mujer nos preparaba el café.

La preparación del café en Etiopía constituye un ritual con connotaciones casi religiosas. Es una ceremonia con la que se homenajea al visitante, con la que se da la bienvenida al amigo y al mismo tiempo una forma de pasar el tiempo charlando en un país en el que práctica-

mente no existe la televisión u otras distracciones. No en vano cuentan que el café se descubrió en la provincia etíope de Kafa, cuando un pastor observó que sus ovejas se excitaban después de comer las semillas de los cafetales silvestres. Posteriormente, los árabes lo cultivaron en Moka y desde allí la costumbre de beberlo en infusión se extendió a todo el mundo.

Para hacerse una idea de la importancia cultural del café en Etiopía, bastan las palabras de un mendigo que pedía dinero en una esquina de Makallé

—No tengo dinero ni siquiera para comprar café —murmuraba suplicante.

Las mujeres son las encargadas de la preparación. En una esquina de la habitación cubren el suelo con hojas verdes y flores e instalan un hornillo con un poco de carbón. Una vez encendida la lumbre, perfuman el ambiente con incienso y tuestan los granos en una sartén que remueven lentamente sobre el fuego. Mientras, permanecen sentadas sobre los talones, con las rodillas juntas y flexionadas cubiertas por la larga falda de su vestido. Una vez tostado, el café es molido cuidadosamente al tiempo que, sobre la brasa, se calienta el agua introducida en una cafetera negra de barro. En la cafetera echan entonces el café molido, tapando la abertura con un ovillo de paja que hace la función de filtro. Con movimientos rápidos, la mujer quita una y otra vez la cafetera del fuego cada vez que el agua rompe a hervir, mientras el aire se llena de un delicioso aroma a café e incienso. Una vez preparado lo sirven con un chorro continuo, de forma que no caiga el poso, en unas pequeñas tazas que ofrecen a los invitados dispuestas sobre una bandeja de madera. El proceso se repite tres veces, cada taza es obviamente más floja que la anterior pero igualmente deliciosa. Finalmente, la mujer lava las tazas en un pequeño recipiente con agua y guarda los accesorios en un lugar preferente de la casa. Cuando una cafetera se rompe, utilizan sus fragmentos para confeccionar una nueva que conserva el aroma de la vieja.

De las ocho o diez ocasiones en las que asistí a la ceremonia del café en el Tigré, en la mayoría de ellas las mujeres utilizaron para moler el café el casco posterior de un obús de la guerra. Un uso ciertamente pacífico a tan mortífero instrumento.

Rastafaris

Tras obtener la independencia de las potencias coloniales, a principios del siglo xx surgieron en las islas del Caribe movimientos socio-políticos que abogaban por el retorno de los negros al continente africano.

Un exponente de estos movimientos sociales fue Marcus Garvey, un predicador jamaicano que fundó una compañía naviera —la Estrella Negra—, con el objetivo de llevar a la población negra de América y el Caribe de regreso a su tierra de origen: África.

Dentro de este movimiento impulsado por Garvey, que soñaba con el retorno a África y la fundación allí de un estado africano libre de la dominación blanca, se extendió una profecía: «Mirad a África, un rey negro será coronado, porque la liberación está cerca».

Cuando en 1930 el ras Tafari fue coronado nuevo emperador de Etiopía con el nombre de Haile Selassie, los seguidores del movimiento fundado por Garvey creyeron que su profecía se había cumplido. El rastafarismo resurgió bajo la dirección de Leonard Howell, Archibald Dunkley y Joseph Hibbert que por separado comenzaron a proclamar en Jamaica la divinidad del nuevo emperador etíope, basándose en su descendencia directa del rey Salomón y de la reina de Saba.

Esta curiosa relación entre Etiopía y los negros descendientes de los esclavos africanos llevados hasta las plantaciones del Caribe, se concretó en la década de los años sesenta. Un grupo de Jamaicanos se instaló en Etiopía ocupando 500 acres que el emperador les cedió de sus propias tierras. Este intento de retorno a la tierra prometida fracasó estrepitosamente al no adaptarse los rastafarianos al idioma y la cultura etíopes.

Sin embargo, semejante creencia, que potenciaba sus orígenes divinos, debió cantar al emperador Haile Selassie, que el 21 de abril de 1966 visitó Jamaica siendo recibido por los seguidores rastas como una divinidad.

La doctrina rasta, fruto sin duda de la búsqueda de las raíces y el orgullo africano por parte de los descendientes de los esclavos caribeños, se sustenta en la divinidad de Jah (Jehová rasta), la idea de la reparación, la superioridad de la raza negra (Adán y Jesús fueron negros) y la rebeldía hacia la opresión blanca. Los rastas, ampliamente extendi-

dos por Jamaica y en algunos grupos de negros de Londres y América, discriminan notablemente a la mujer, no aceptan la homosexualidad, el aborto ni el control de la natalidad. Se dedican normalmente a actividades creativas y para ellos el uso de la marihuana es considerado una especie de sacramento, basándose en su particular interpretación de algunos pasajes de La Biblia.

La identidad cultural rasta se completa con una estrecha vinculación con la música reagge. Muchos rastas son músicos; y su música basada en la percusión, de reminiscencia africana, acompañada por un fondo electrónico ha tenido una notable influencia en la música moderna a través de sus autores, especialmente del jamaicano Bob Marley.

Bob Marley, hijo de un inglés blanco, oficial del ejército británico y de una mujer negra de 18 años, se crió solo con su madre en los suburbios de Kingston. Fundó el grupo llamado «The Wailers», que recorrió el mundo con enorme éxito poniendo música a la ideología rasta, y alcanzando una gran popularidad entre la juventud de los años setenta. En la cumbre de su carrera, tras haber visitado Etiopía, hogar espiritual rasta, Bob Marley murió en 1981 víctima del cáncer a los 36 años de edad.

Desde entonces, la visita a Etiopía y el regreso a la tierra de promisión, aunque sea de forma temporal y en cierta manera turística, forma parte de la cultura rastafariana. En Etiopía pueden verse, en ocasiones, grupos de negros jamaicanos, ingleses o americanos que recorren el país en potentes vehículos todo terreno, adaptados como hogares ambulantes, pintados con los colores de la bandera etíope y adornados con los símbolos y emblemas del viejo imperio. Uno de los lugares de culto parece ser la zona de Adwa, en el norte del Tigré, en donde los ejércitos imperiales etíopes, armados con poco más que lanzas y piedras hicieron retroceder a las tropas coloniales italianas que en 1895 pretendieron invadir Etiopía desde la vecina Eritrea. El poder europeo fue allí humillado, Etiopía consiguió en la batalla de Adwa ser el único país africano que evitó la colonización blanca.

El Hospital de Makallé

Faltaban pocas horas para que iniciáramos el largo viaje de regreso a Barcelona. *Sister Margaret* parecía inquieta y preocupada realizando los trámites necesarios para que pudiéramos subir al avión que al día siguiente saldría de Makallé con dirección a Addis. No era infrecuente que a causa de una avería o del mal tiempo el vuelo se suspendiera, así que habíamos decidido adelantar nuestra salida 24 horas para asegurarnos que no tendríamos ningún problema para tomar el avión que cada semana, puntualmente, conectaba la capital del país con Francfort.

Decidimos no operar aquel día dada la imposibilidad de seguir adecuadamente el curso postoperatorio de los enfermos, y dedicar nuestro tiempo a realizar un cuidadoso inventario de todo el material que habíamos consumido y de todo lo que necesitaba ser repuesto para que las expediciones que nos sucedieran pudieran trabajar normalmente. El pequeño almacén donde guardábamos las lentes intraoculares se encontraba prácticamente vacío, así que realizamos el correspondiente pedido. A las 12, hora en que puntualmente se servía el almuerzo, habíamos acabado el trabajo y nos reunimos en el comedor del convento, donde las monjas nos habían preparado una comida especial de despedida: ensalada de zanahoria, espinacas, pollo y por supuesto no podía faltar la inefable injera aderezada con una salsa picante. Durante la comida reinaba en el ambiente esa especial emoción característica de las despedidas, mezcla de amargura por dejar aquel lugar y aquellas personas que tan profundamente habían calado en nuestras vidas, y de excitación e impaciencia por el inminente retorno a nuestras casas junto a los seres queridos.

Al finalizar la comida, y después de una agradable sobremesa en la que compartimos con las monjas una botella de licor que una de ellas había sacado para la ocasión de un viejo armario, *sister Margaret*, que había permanecido especialmente callada y pensativa durante todo el rato, dijo con voz casi imperativa: «vamos a subir al coche, os quiero enseñar algo».

Nos encaramamos todos al viejo *Jeep* de «la *sister*», y salimos del convento cruzando las calles, que a esa calurosa hora del día se encontraban casi desiertas. Por el camino «la *sister*» nos informó: –vamos a visitar el hospital general de Makallé, no quiero que os marchéis sin conocerlo y tengo un interés especial en que el personal del hospital se percate de que puede recibir visitas.

Llegamos frente a un gran edificio de una planta en forma de herradura, sólido, bien construido y rodeado por un pequeño jardín que le confería un aspecto agradable parecido a los viejos hospitales europeos. Siguiendo a *sister Margaret* penetramos en el interior a través de una puerta abierta de par en par y comenzamos a recorrer las dependencias del hospital. Entramos primero en un pabellón en el que se encontraban los niños. Se trataba de una habitación oscura y sin apenas ventilación, en la que se acumulaban una docena de cunas de hierro despintado en cada una de las cuales permanecían amontonados y desnudos dos y hasta tres niños pequeños. En la misma habitación había unas quince mujeres, las madres de los enfermos. Algunas sostenían a sus hijos en brazos o les daban de mamar, mientras que otras simplemente dormían sobre el suelo. Nos acercamos a unos bebés que tenían un aspecto terrible, eran pequeños cuerpecitos con el abdomen abultado y la piel agrietada y arrugada por la desnutrición, que permanecían muy quietos. Los ojos inmensos, desmesuradamente abiertos y brillantes en medio de la carita demacrada, nos observaban con mirada seria y atemorizada. Una de nuestras enfermeras tocó a un bebé que permanecía inmóvil y lo encontró frío, probablemente estaba muerto. En aquel recinto lleno de niños sólo se oía algún débil gemido, no había llantos, era un silencio estremecedor.

Precedidos por una enfermera vestida con una mugrienta bata que algún día debió ser blanca, fuimos visitando una a una todas las dependencias del hospital.

La mayoría de las salas estaban abarrotadas de enfermos. Algunos yacían en desvencijadas camas de hierro sin sábanas ni colchones, otros sobre sucias esteras tendidas sobre improvisados camastros. Aunque las ventanas permanecían abiertas el olor era nauseabundo y miles de moscas pululaban en el ambiente. Al fondo del pasillo, también ocupado por pacientes que permanecían sentados con sus espaldas apoyadas en la pared o simplemente durmiendo por el suelo, se veían unas letrinas en las que las heces rebosaban el recipiente y llegaba hasta el corredor a través de la puerta entreabierta.

Al cruzar las habitaciones, algunos pacientes, los que estaban en mejores condiciones, levantaban la cabeza y nos dirigían su mirada suplicante y algunas palabras que no entendíamos.

Daba la sensación de que aquellas personas habían acudido allí para morir, y que los escasos médicos y enfermeras se limitaban a clasificarlos en tuberculosos y no tuberculosos y a repartir entre ellos algunas pastillas y quizá algo de comida.

A pesar de la cantidad de gente allí alojada, solo los tenues gemidos de dolor de algunos enfermos, el zumbido de las moscas y el murmullo

desacompañado de las toses de los tuberculosos interrumpían el silencio sobrecogedor en el que agonizaban aquellos seres humanos.

En un extremo de la planta había una sala de partos ocupada únicamente por una destartada camilla ginecológica, que se asemejaba a un terrorífico instrumento de tortura, y que era el lugar donde algunos niños etíopes veían por vez primera la luz o las tinieblas del país donde les había tocado vivir.

Al salir de uno de los pabellones y ya en el patio interior del hospital, a través de una ventana abierta, vi a una mujer joven recostada junto a una pared con los ojos muy abiertos y la mirada desesperada perdida en el infinito.

El acceso a la sanidad para los habitantes de las zonas rurales de Etiopía es prácticamente nulo. En un país cuya extensión es el doble que la de Francia hay sólo 17 oftalmólogos de los cuales 15 ejercen su profesión en Addis Abeba, la capital. Teniendo en cuenta que las enfermedades de los ojos son uno de los principales problemas sanitarios del país, este dato nos da una idea de la terrible situación sanitaria de esta atormentada zona del planeta.

Cuando un habitante del Tigré enferma, sus alternativas son escasas. Puede acudir a alguno de los pocos centros de que dispone el gobierno, situado frecuentemente a decenas de kilómetros de su vivienda, en donde en el mejor de los casos será diagnosticado de alguna de las enfermedades más comunes y tratado con los escasos medios de que disponen. No todos estos centros son como el hospital de Makallé. En el pequeño hospital de Wukro o en Quijar, por ejemplo, los enfermos están relativamente bien atendidos por médicos jóvenes que realizan allí sus prácticas tras terminar los estudios de medicina, y que hacen un gran esfuerzo por mantener un mínimo grado de higiene a pesar de que carecen de casi todo. Sin embargo, en estos centros los pacientes deben pagar 30 birrs (unas 600 ptas.) una auténtica fortuna para muchos. Además, con la receta deben acudir luego a la farmacia del hospital y pagar los medicamentos. Sólo los que alegan ser extraordinariamente pobres pueden ser visitados gratuitamente. Para ello es necesario un documento expedido por los jefes de barrio, unos delegados del gobierno que tienen autoridad sobre una pequeña área o zona de la ciudad. Entre el control político de estos delegados de zona y el control religioso ejercido por el numeroso clero, tuve la sensación de que los etíopes, a pesar de la sensación de libertad que se respira en el país, se encuentran estrechamente marcados.

Los tigríñas que enferman puede recurrir también a la medicina tradicional, tan común en muchas zonas de África y cuyas desastrosas consecuencias pudimos comprobar en más de una ocasión. Los médicos tradicionales pueden usar una gran variedad de sustancias en el tratamiento de las enfermedades oculares. Además de hierbas medicinales los remedios pueden contener zumo de limón, queroseno, leche, orina u otras sustancias que pueden ocasionar una grave inflamación o infección en un ojo ya de por sí enfermo.

Queda finalmente el recurso de la oración. Cuando la enfermedad se agrava los vecinos y familiares transportan al enfermo en una improvisada camilla hasta uno de los lugares donde mana el agua sagrada. Son pequeñas ermitas rodeadas de un verdadero oasis en medio de la tierra árida, lugares donde gracias a la presencia del agua y a la prohibición de romper ni una sola rama de los árboles, la vegetación es abundante. Allí acampan durante una temporada para rezar mientras el enfermo bebe y se lava con el agua en la convicción de que ésta tiene propiedades curativas.

Al margen de sus creencias religiosas, muchos etíopes confían en las propiedades milagrosas de objetos o amuletos. La «medicina» en cuestión se introduce en un recipiente cilíndrico que algunos llevan colgado del cuello.

Finalmente queda la resignación. Acostumbrados a una elevada mortandad infantil y confortados por su religión, los etíopes parecen resignarse sin demasiado dramatismo a la muerte de sus hijos. Consideran un triunfo si el niño supera los dos años; de hecho sólo celebran los dos primeros aniversarios de las criaturas. Pasado este periodo el niño ya tiene muchas más posibilidades de sobrevivir.

Las mujeres contribuyen en este sentido, hasta cierto punto, con la selección natural para mantener vivos a los más fuertes. En cierta ocasión una mujer, que trabajaba como cocinera en un convento católico, tuvo un bebé sano pero que, sin embargo, no engordaba, probablemente porque la mujer no tenía suficiente leche. Al comprobar que el niño presentaba cada día un aspecto más desnutrido, uno de los miembros de la comunidad católica le dio a la mujer algo de dinero para comprar leche. Pasado algún tiempo, y al ver que el pequeño continuaba desnutrido, indagó y comprobó que la mujer gastaba el dinero en comprar comida para el hermano mayor. Probablemente pensaba que no valía la pena perder aquellos valiosos alimentos en alimentar a un niño que de todas formas moriría igualmente.

Esta dramática historia ilustra lo dura que puede ser para el ser humano la supervivencia cuando las condiciones son adversas.

Vuelo 534 a Francfort

El vuelo nocturno de Lufthansa iba medio lleno, algunos pasajeros tenían el aspecto de ser técnicos occidentales trabajando en algún proyecto de cooperación, otros parecían misioneros que regresaban a sus países, quizás de vacaciones. Llamaban la atención cinco o seis parejas de rubios alemanes que llevaban consigo niños pequeños de color, y que sin duda volvían a sus hogares habiendo conseguido su propósito de adoptar un niño etíope.

Después de algunas horas de vuelo las luces del avión se encontraban apagadas y la mayoría de los pasajeros dormía. Sobre el ruido monótono de los motores se oía el llanto insistente de un niño. Era un pequeño bebé etíope que, limpio y pulcramente vestido, lloraba desconsolado en los brazos inexpertos de su nueva madre alemana.

¡Cómo va a cambiar la vida de este niño! —pensé—. Lo imaginé sucio y desnudo en uno de aquellos orfanatos de Addis y lo vi luego, apenas ocho horas más tarde, en una habitación nueva y limpia de Francfort, rodeado de peluches y atenciones. A partir de ahora, médicos y antibióticos controlarán cualquier pequeña infección que padezca —me dije—. Comerá carne, pescado, frutas y verduras. Y, además, su nueva madre le proporcionará, como todas las madres de occidente, algún suplemento vitamínico «por sí acaso». Y en un moderno colegio al que seguramente irá en un flamante autobús que cumplirá todas las normas de seguridad, estudiará un concienzudo plan que le permitirá, quizá, ingresar en una universidad que le abrirá las puertas de una sociedad rica y derrochadora. Mientras, a sólo ocho horas de distancia sus hermanos, probablemente tenga muchos, continuarán creciendo en las calles de Addis con los ojos bien abiertos para encontrar algo que llevarse a la boca.

Y pensé también que nuestra sociedad europea, tan desarrollada y pendiente del estado del bienestar, no siempre fue así. Recordé aquellos ancianos que todavía acuden a las consultas de nuestros avanzados hospitales. Ancianos que cuando intentas tomarles su agudeza visual te dicen: «Yo no sé de letras doctor, por favor póngame figurillas». Y que cuando eviertes sus párpados ves aún las cicatrices del tracoma que padecieron cuando eran niños. Ancianos que se criaron en casas sin agua corriente, en habitaciones que compartían con cinco o seis hermanos, y que cuando niños anduvieron descalzos o con alpargatas. Ancianos que nacieron en la Extremadura profunda o en desolados pueblos de Alme-

ría y que un día tomaron un tren abarrotado y emigraron a Cataluña buscando algo mejor. Porque agua corriente no hemos tenido siempre, y porque tracoma, analfabetismo, guerra, inmigración, pies descalzos y muchos hermanos —pobreza en fin— también la vieron en la rica Europa de hoy la generación de nuestros padres o abuelos. Porque aunque es un abismo, no es tanta la diferencia entre la pobreza y la riqueza: apenas ocho horas de vuelo, apenas 50 años de historia.

De nuevo la guerra

El 12 de mayo, sólo una semana después de nuestra partida, la guerra estalló de nuevo en la zona. Apenas una escueta nota en las páginas interiores de los diarios españoles informaba que un nuevo conflicto bélico se había producido en la frontera entre Eritrea y Etiopía. Pronto nos llegaron las noticias de nuestros amigos: tropas eritreas habían invadido y conquistado unos pocos kilómetros cuadrados de la provincia del Tigré, matando a los pocos soldados etíopes que vigilaban la frontera y ocupando algunas pequeñas poblaciones de la zona causando algunos muertos entre la población civil. Varios miembros de la familia de uno de nuestros ayudantes habían muerto durante el bombardeo de una pequeña aldea, en la que se encontraban celebrando una boda el día de la invasión. Todo el ejército etíope, sorprendido por el ataque, había sido movilizado y numerosos destacamentos de soldados estaban llegando a la zona. Makallé se encontraba prácticamente ocupada por la milicia y por los numerosos refugiados que comenzaban a llegar huyendo de los combates.

En los días siguientes, algunos diarios continuaron publicando pequeñas reseñas de agencia que se referían vagamente a la continuidad de los combates en la zona y a los intentos de mediación de algunos países. La asepsia de las noticias de agencia, mezcladas entre decenas de sucesos parecidos que se producían en otros lugares del mundo, contrastaba con los dramáticos relatos que nos llegaban de nuestros amigos: había muchos heridos y los pocos médicos de la zona habían sido enviados hacia el frente. La frontera se encontraba cerrada a cal y canto y, lógicamente, los suministros procedentes de los puertos del mar Rojo, situados en zona eritrea, habían cesado. Los alimentos comenzaban a escasear y los enfermos ya no acudían a la clínica, los medios de transporte habían sido requisados por el ejército, toda la zona se encontraba en estado de guerra.

Días más tarde nos enteramos de que la superiora de la comunidad, una intrépida mujer, eritrea de nacimiento pero con pasaporte etíope, con la que tantos buenos momentos habíamos pasado charlando en las noches etíopes, había intentado pasar la frontera entre ambos países para visitar a su familia que vivía en el lado eritreo. Había sido detenida mientras cruzaba la línea fronteriza y encerrada en una prisión bajo la acusación de espionaje.

Las noticias fueron empeorando aún más a medida que pasaban los días. La ciudad de Makallé había sufrido un ataque aéreo. Una de las bombas había caído en una de las escuelas próximas a la clínica matando a siete niños. Cuando sus padres llegaron al lugar y comenzaron las labores de rescate, una nueva pasada de la aviación dejó caer otra bomba en el mismo lugar: 51 muertos y numerosísimos heridos. Cuatro personas habían sufrido heridas en los ojos y habían sido tratadas por Fitsum. Dos habían quedado completamente ciegas...

Aquellos días, al cerrar los ojos por la noche, no podía dejar de imaginar a nuestros pobres vecinos huyendo aterrorizados por el estruendo de las bombas. A sus miserables viviendas, que apenas se sostenían en pie cuando caían cuatro gotas de agua, destruidas por las explosiones. La imagen de los niños corriendo en todas direcciones intentando protegerse de los proyectiles, sin un pequeño agujero donde esconderse, producía pesadillas. La reacción instintiva de todos los miembros del grupo fue volver de nuevo y echar una mano... pero no podía ser. Todos los cooperantes de países occidentales habían sido evacuados. La embajada española nos aconsejó con firmeza que no nos acercásemos a la zona. Sólo Ángel y «la *sister*» permanecían allí, como siempre habían hecho, y nos continuaban enviando noticias.

En los meses siguientes se estableció una cierta normalidad en la zona, los combates se limitaron a incursiones esporádicas a lo largo del frente, que se había ampliado a los cerca de mil kilómetros de frontera común. La estación de las lluvias llegó pronto, y ambos ejércitos parecieron quedar inmovilizados por el barro y dedicarse únicamente a acumular más y más fuerzas en la frontera.

Previendo futuros bombardeos, el gobierno ordenó a todos los civiles de Makallé que construyeran su propio refugio antiaéreo bajo pena de multa de 50 birrs. Ante semejante amenaza todo el mundo empezó a cavar en el interior de sus patios o en los descampados próximos a sus domicilios. Un buen día, nos llegó una carta de *sister Margaret* informándonos que había finalizado su trinchera. Ignoro si alguien le ayudó a realizar semejante trabajo, pero no puedo dejar de imaginar a mi querida y valerosa monja, una vez acabado su trabajo cotidiano con los enfermos, armada de una pala cavando la zanja que habría de servir para defenderla de los ataques.

Mientras, las sucesivas conferencias para lograr la paz parecían un dialogo de sordos, empeñados en decidir quién era el dueño de unos pocos kilómetros cuadrados de territorio semidesértico, en los que ya no quedaba una sola casa en pie. Durante muchos días, la televisión etíope no cesó de emitir imágenes de poblaciones etíopes destruidas por los bombardeos y de provocar un sentimiento de odio hacia todo lo eri-

treo. En junio empezó uno de los episodios más sórdidos de este conflicto, del que sólo algún informe de Amnistía Internacional se hizo eco. Varias decenas de miles de eritreos residentes en Etiopía fueron arbitrariamente detenidos por la policía de este país, desposeídos de todas sus pertenencias, encerrados en campos de concentración y posteriormente deportados a Eritrea con el fin de crear un formidable problema a este país incapaz de alimentarlos. Familias enteras, en las que alguno de sus miembros era eritreo, fueron obligadas a subir a autobuses y llevadas hasta la frontera en un terrible viaje de tres días de duración, casi sin alimentos y llevando un solo bulto por persona. Las organizaciones no gubernamentales calcularon que entre los desplazados forzosos y los refugiados que huyeron de las zonas de combate, unas 500.000 personas tuvieron que abandonar sus hogares.

Paradójicamente, por aquellas fechas llegó una buena noticia. El gobierno de Addis, tras muchas dilaciones y trabas burocráticas, decidió autorizar nuestra escuela. Sin embargo, el proyecto había sido paralizado temporalmente por motivos obvios.

No podíamos explicarnos qué estaba sucediendo. ¿Por qué una nación pequeña y pobre como Eritrea había atacado sin motivo a su gigantesco vecino, igualmente pobre, provocando todo aquel horror y sufrimiento? Ambas naciones habían mantenido unas relaciones amistosas hasta aquel momento; sus presidentes habían sido amigos personales y juntos habían luchado durante años para derrotar al dictador Mengistu. Unos 130.000 eritreos residían y trabajaban en Etiopía y lo mismo ocurría con otros tantos etíopes en Eritrea.

Todo aquello no tenía ningún sentido. Era absurdo que una guerra como aquella se iniciara sin motivo alguno. Ambos países pertenecían a la órbita de influencia de los EE.UU. que, junto con la OUA, estaba haciendo los mayores esfuerzos diplomáticos para conseguir el alto el fuego. No parecía haber ninguna riqueza destacable en aquella tierra miserable. Desde el lado etíope tampoco parecía haber ningún interés en la guerra. De hecho, el conflicto les cogió por sorpresa, y, una semana antes de iniciarse, nosotros no habíamos visto el menor movimiento de tropas en la zona.

Consternados por los acontecimientos, desalentados por una situación completamente inesperada que ponía en peligro nuestro proyecto y la seguridad de muchos amigos, me dediqué por esas fechas a obtener toda la información que me fue posible a través de internet, en un intento de entender lo que estaba ocurriendo y de hacer un pronóstico sobre cuándo acabaría aquello.

Leí los informes de las Naciones Unidas y de las organizaciones no gubernamentales, los comentarios y editoriales de los diarios de la

zona, los partes de guerra de ambos países, las páginas web de los gobiernos e incluso de los grupos de oposición de Eritrea y Etiopía.

Tras acumular toda aquella información seguía sin encontrar una posible explicación a aquella guerra estúpida. Eritrea la había iniciado y tenía en sus manos acabarla ¿Por qué no lo hacía? ¿Qué beneficios obtenía de ella?

Un día, leyendo un editorial de la edición digital del Addis Tribune, escrita por un comentarista político, experto en política internacional africana, pude intuir una posible respuesta.

Las relaciones amistosas entre ambos países habían sufrido un deterioro importante en octubre de 1997. En el momento de acceder a la independencia los eritreos continuaron utilizando la moneda etíope, el birr, hasta que entró en circulación el nakfa, la nueva moneda eritrea. Durante algún tiempo ambas divisas fueron equivalentes, pero poco después el nakfa empezó a depreciarse notablemente y en octubre las autoridades monetarias etíopes exigieron que el comercio entre ambos países se realizara en dólares. Probablemente, este hecho afectó de forma importante la ya maltrecha economía de uno de los países más pobres del mundo. Es posible que Eritrea, con sólo unos tres millones y medio de habitantes y una de las rentas per cápita más bajas de mundo, no fuera capaz de sostener una actividad económica capaz de garantizar la independencia política que tan trabajosamente había logrado sólo unos años antes. Quizá, ante una situación económica desesperada, Eritrea había optado por la solución de «huir hacia delante», iniciando un conflicto absurdo pero que podría reportarle algún beneficio. Al plantear una guerra de estas características Eritrea podría, a cambio de finalizar el conflicto, solicitar un trato favorable de países como los Estados Unidos, interesados en la estabilidad de la zona, o de su vecino etíope de cuya economía dependía en gran manera. En el peor de los casos, a lo que podía conducir una política tan arriesgada era a una guerra total con Etiopía. Un conflicto a gran escala tendría sin duda la posibilidad de acabar con la invasión y ocupación de la pequeña Eritrea que volvería a la situación anterior a la independencia, de la que quizá no debía haber salido, o a una relación de federalismo que beneficiaría a Eritrea al permitirle conservar cierta independencia política.

Todo esto no son más que especulaciones; probablemente nunca se sabrá con certeza cuales fueron las razones por las que se inició esta contienda. Como tantas otras guerras en este continente, finalmente no habrá ni buenos ni malos, no habrá responsables. Sólo la población civil, siempre la población civil, sufrirá las consecuencias, la pobreza y el hambre.

Y es que en África las guerras no parecen necesitar otra explicación que la propia miseria. Porque de la miseria de los hombres ignorantes, mal vestidos, peor alimentados, sin trabajo ni esperanzas, se nutren todas las guerrillas y todos los odios.

Una mirada etíope

Cuando realicé la fotografía que figura en la portada de este libro, tras un duro día de trabajo, no era consciente de lo que realmente estaba fotografiando. Fue más adelante, al contemplar de nuevo la imagen, cuando me percaté de lo que ciertamente simbolizaba. Ahora puedo recordar con nitidez qué ocurrió aquella tarde de mayo. De hecho, ahora puedo recordar cada detalle de lo que ocurrió durante aquellas inolvidables semanas que pasé en Etiopía.

Habían pasado sólo algunos días desde que había llegado a mi destino. Hacía ya algunos días que de sol a sol, de seis a seis, me dedicaba a visitar, diagnosticar, tratar y operar a todos los que se acercaban por la clínica.

Por fin, habíamos acabado por aquel día con el último paciente de la interminable cola de ancianos, mujeres, niños y enfermos de toda índole que habían acudido pidiendo ayuda.

En el patio de la clínica ya no quedaba nadie. El silencio, sólo interrumpido por el estruendo de los pájaros celebrando el atardecer, el susurro del viento seco, duro y obstinado agitando sin cesar las ramas de los árboles y el griterío a lo lejos de los niños que jugaban en la calle, había sustituido el murmullo de las voces y el agitar de los espantamoscas de las decenas de pacientes que habían ocupado el patio durante el día. Un ambiente de paz absoluta dominaba el recinto.

Me senté en uno de los bancos en el exterior de la clínica, donde normalmente aguardaban su turno los enfermos, para contemplar durante algunos minutos la espléndida puesta del sol africano.

Poco a poco, a medida que la noche se acercaba, mientras que las escenas vividas durante aquel largo día se amontonaban en mi mente, una inmensa sensación de tristeza, soledad y desolación se apoderó de mí. Agotado después de todo el día de trabajo y calor agobiante, impregnado por el olor a pobreza y enfermedad, sucio, cansado, con un nudo en la garganta y una completa sensación de impotencia, recuerdo que en aquel momento pensé que en el infinito problema africano no había solución posible. Hubiera tomado el primer medio de transporte a mi alcance para volver a casa.

Fue entonces —había casi anochecido— cuando una mujer atravesó la puerta aún abierta de la clínica, se detuvo en el umbral junto a la tapia, como temerosa de seguir adelante, se sentó en un bordillo y se

quedó allí mirándome fijamente. Llevaba un bebé a sus espaldas sujeto al modo africano y completamente cubierto por una túnica blanca. Permaneció allí algunos minutos. Recuerdo que pensé: ¿qué querrá esta mujer? ¿Será la hija de alguno de los operados? Tomé la máquina que llevaba en mi bolsa, enfoqué y accioné el *zoom* para acercar en lo posible la imagen. En aquel momento, surgiendo de la nada, apareció sigilosamente *sister Margaret*. Se acercó a la mujer por detrás y apartó cuidadosamente la túnica que cubría al niño para dejar al descubierto su cabeza y sus ojos llenos de secreciones y moscas. Disparé en el mismo momento en el que, al girarse la mujer, las miradas de ambas se encontraron.

Ahora, meses más tarde, cuando al recordar con añoranza aquellos días, vuelvo a mirar la fotografía veo en ella sobre todo dos cosas. Veo en primer lugar la mano de *sister Margaret*. Es una mano blanca, discreta y suave —sólo el índice— que aparta la ropa que cubre al niño para examinar de lejos, casi sin molestar, los ojos de la criatura.

Y la madre se gira y mira a quién pertenece la mano. Se trata de una madre muy joven, casi una niña, vestida con las típicas ropas etíopes. Tatuada en su frente y colgando de su cuello podemos ver las cruces ortodoxas. Junto a sus ojos dos muescas paralelas indican que nos encontramos en el Tigré, en el norte de Etiopía.

La mujer, bellísima, irradia fragilidad pero al mismo tiempo su hijo la hace fuerte. Ha venido pidiendo ayuda y mira a la propietaria de la blanca mano. Y esa mirada llena toda la fotografía. Es una mirada directa, difícil de definir: ¿triste?, ¿asustada?, ¿sorprendida?, ¿resignada?, ¿suplicante?. En cualquier caso llena de dignidad, interrogadora. Parece querer decir ¿Qué quieres —qué puedes— hacer para ayudarme?

Una historia maldita

Cuando a finales del siglo XIX la esclavitud fue finalmente abolida, 15 millones de africanos habían sido violentamente secuestrados de sus hogares, maniatados, embarcados a la fuerza y transportados hasta América para trabajar como esclavos en las plantaciones de azúcar, algodón y tabaco. Los africanos, inmunes al calor y a la malaria fueron extraordinariamente valiosos en las extensas plantaciones del Caribe, Brasil o los EE.UU. Durante siglos, caravanas bien equipadas y organizadas, generalmente por comerciantes árabes, se adentraron en el continente africano a la busca y captura de nuevos esclavos. Cuando llegaban a una región «virgen» establecían su campamento y atacaban, con la ayuda de mercenarios locales, los poblados de los alrededores. Se capturaba a los muchachos y a las muchachas jóvenes así como a los niños mayores de seis años. El resto de la población moría en el ataque o huía despavorida. Los esclavos capturados eran encadenados y las caravanas se dirigían de nuevo hacia la costa, dejando detrás de sí un reguero de muerte y desolación. Mucho se ha escrito sobre las terribles atrocidades cometidas por los esclavistas. Algunos de estos relatos, narrados por los primeros aventureros europeos que se adentraron en el continente, alimentaron las corrientes antiesclavistas que crecieron en Inglaterra durante el siglo XIX, y que lograron la promulgación de las leyes que prohibían el comercio humano y que finalmente, en las postrimerias del siglo, consiguieron abolir la esclavitud. Sometidas a semejante régimen de terror y despojadas de sus hombres más fuertes y jóvenes, las tierras de África se fueron despoblando. Sus campos fueron poco a poco abandonados y el interior del continente sembrado de muerte, mientras que en las zonas costeras florecían los principales puertos, base de las operaciones comerciales.

La abolición completa de la esclavitud fue consecuencia de dos hechos fundamentales que ocurrieron a lo largo del siglo XIX. En primer lugar grandes avances industriales, como el descubrimiento de la máquina de vapor, hicieron innecesaria la mano de obra barata y poco cualificada de los esclavos. Pero no hay que menospreciar la fuerza de la opinión pública de la época, inmersa en proceso de progresiva industrialización y en plena expansión capitalista, en las que las ideas abolicionistas fueron poco a poco progresando y creando fuertes movimientos sociales opuestos al concepto de la esclavitud.

Pero entrando ya en el siglo xx, Europa se dio cuenta que necesitaba materias primas para su floreciente industria y volvió de nuevo su mirada hacia el continente africano misterioso y desconocido. Fueron enviados exploradores, admirables aventureros, héroes románticos sin duda, que penetraron en el mítico continente y dibujaron nuevas rutas y planos. Sobre estos mapas, en oficinas lejanas de Londres o Berlín, hombres que nunca habían estado en África, trazaron con pluma y regla fronteras absurdas. Francia, Inglaterra y Alemania se repartieron África. Establecieron ejércitos coloniales que garantizaron la extracción y el embarque hacia la metrópoli del marfil, el oro, los diamantes y las riquezas minerales del continente.

Los pequeños gobiernos locales, la organización política primitiva del continente, sus genuinos sistemas de hacer justicia, sus tradiciones orales, sus religiones y culturas fueron ignoradas y el continente entero fue sometido a los intereses de las grandes potencias enfrentadas en la conquista de la hegemonía del mundo.

Tras la segunda gran guerra, las potencias europeas perdieron peso específico en el concierto mundial a favor del gran vencedor de la contienda: los EE.UU. Conceptos como libertad, independencia, no ingerencia etc., se impusieron en la Europa de la posguerra. Para los europeos de la calle, que habían derramado su sangre en el logro de la independencia y la libertad en sus respectivos países, el concepto colonial no era ya tolerable. El proceso descolonizador comenzó y se completó a velocidad de vértigo. En 25 años todos los países africanos consiguieron la libertad, en la mayoría de los casos sin ninguna lucha. A diferencia de lo ocurrido años antes en América, la mayoría de las colonias africanas no «lograron» su independencia sino que fueron simplemente descolonizadas por sus metrópolis y las fronteras coloniales se convirtieron en definitivas. Habiendo destruido todas las estructuras culturales de la vieja África, los europeos se marcharon dejando el continente arbitrariamente dividido, sin tener en cuenta las realidades étnicas, idiomáticas y culturales, y situando en el gobierno a una elite local, obediente en muchos casos a los intereses de la ex-metrópoli, que se suponía que debía ejercer un sistema democrático a semejanza del europeo (en donde para su implantación han sido necesarios 2.000 años de cultura). Absurda idea en un continente sin una conciencia nacionalista, repleto de diferentes etnias y culturas, con un elevado índice de analfabetismo y en la mayoría de los casos sin ni siquiera un censo fiable. Como consecuencia, los conflictos civiles se iniciaron de inmediato en casi todos los países, sucediéndose ininterrumpidamente hasta la actualidad.

Llegó la guerra fría y las dos superpotencias volvieron a dividirse el continente a su conveniencia. Guerrillas, gobiernos, clanes y tribus—África entera— se dividió en comunistas y anticomunistas y ambos fueron fuertemente armados. Los ideales socialistas parecieron la panacea de un continente maltrecho y en muchos países, Etiopía entre ellos, triunfaron regímenes totalitarios que acabaron por destruir lo poco que quedaba de la genuina cultura africana.

Para intentar afrontar su modernización, para la construcción de infraestructuras viarias, sanitarias o de enseñanza, para la adquisición de armas también, los gobiernos africanos recurrieron durante la década de los setenta a un gran endeudamiento externo que se incrementó exponencialmente en la década de los ochenta debido a la disminución del precio de las materias primas.

Al finalizar el siglo xx, derruido ya el muro de Berlín, las grandes multinacionales del petróleo, el café, el cacao o los diamantes tomaron el mando de África manteniendo poderes corruptos y manejando los gobiernos a su antojo siguiendo las directrices de Francia y EE.UU. que han disputado en el tablero africano una macabra partida que ha tenido como consecuencia, entre otras, la enorme tragedia que asoló la región de los grandes lagos.

En la década de los ochenta, la deuda externa de los países africanos se hizo insostenible y las organizaciones económicas mundiales (el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional) impusieron a los gobiernos africanos planes de saneamiento de la economía con el objetivo de hacer frente al pago de la inmensa deuda externa. Para ello, exigieron medidas orientadas a la disminución del gasto público y a favorecer las grandes plantaciones agrarias destinadas a la exportación (que no tienen en cuenta en absoluto las necesidades nutricionales de los africanos). Estas plantaciones, gestionadas por las multinacionales, ocupan, además, una gran extensión del territorio más fértil del continente. Son monocultivos que degradan rápidamente la tierra y que ocupan progresivamente mayores áreas de África, en detrimento de zonas forestales. La consiguiente disminución del gasto público impidió de nuevo abordar la construcción de infraestructuras tan necesarias para la modernización de África. Los fondos destinados a educación y sanidad se redujeron al mínimo en un continente invadido por el SIDA y escaso de personal cualificado.

Hoy todo el mundo reconoce que esta política ha sido un enorme fracaso. Hoy, más que nunca, se da la paradoja de que África, un continente eminentemente agrícola, padece hambre. Hoy, sin duda, África es más pobre que hace algunos años. La agricultura tradicional, castigada por un sinfín de sequías y catástrofes naturales, ha sido relegada

en favor de una agricultura que tiene como único objetivo la exportación y el pago de la deuda, sin que beneficie en absoluto las necesidades alimentarias de los africanos. La cultura africana tradicional ha sido, además, destruida y substituida por las ideas consumistas y materialistas llegadas desde occidente a través de la televisión. África es hoy una gran consumidora de «cultura» —entre comillas— occidental. La ausencia de programación africana es substituida por una invasión de seriales y series B de origen americano que llegan hasta los más recónditos lugares del continente sin que la nula producción y difusión de la cultura autóctona sirvan de contrapeso. No es de extrañar que en este maltrecho continente arraiguen con fuerza fenómenos como el fundamentalismo islámico, o que millones de personas tengan como único objetivo en su vida abandonar su tierra y acercarse a occidente.

Esta es la tristísima historia reciente de un continente llamado África. Historia escrita en muchos casos desde nuestra vieja Europa. Ciertamente, desde una perspectiva histórica, la deuda externa africana ha sido ya pagada con creces.

Un nuevo capítulo de esta historia está a punto de escribirse. Hoy, cuando ya casi estoy acabando de escribir este libro, me he despertado con una foto estremecedora que ocupa la primera página de muchos diarios nacionales. Una persona yace boca arriba, depositada por el mar, en una playa de Tarifa. Se trata de una chica joven, en la foto puede verse claramente su origen subsahariano, con la camisa destrozada y el cuerpo abotargado. Está muerta.

Otros han conseguido llegar, los vemos por la noche buscándose la vida en la plaza de Cataluña de Barcelona, prostituyéndose en Las Ramblas, andando los caminos del Maresme o vendiendo cualquier cosa alrededor de los centros turísticos.

Viéndolos con sus paradas de corbatas extendidas sobre cualquier acera de Barcelona, mirando inquietos a su alrededor por si aparece el coche de la guardia urbana, prestos a recoger la mercancía y desaparecer en sólo algunos segundos, no puedo menos que pensar en lo que habrá sido la vida de estos hombres y mujeres. Quizá alguno nos podría contar que su abuelo fue capturado de su poblado africano por un tratante de esclavos hace 150 años, y que fue trasladado a Cuba y allí vendido a un rico hacendado. Quizá existan papeles que recuerden que fue entonces bautizado, quizá le llamaron Manuel o José como a tantos otros, y obligado a trabajar, sin salario alguno, al servicio de una importante compañía azucarera, o quizá tabaquera, propiedad de un espa-

ñol emprendedor que tras hacerse rico se trajo su fortuna a Cataluña. Tiene cierta gracia pensar que, sin duda, nuestro maravilloso patrimonio arquitectónico y cultural de principios de siglo fue construido con dinero procedente de las colonias que se perdieron, y en cuya génesis intervinieron probablemente los antepasados de nuestro comerciante callejero.

Hoy, la invasión de nuestro continente por personas procedentes de África es aceptada por la mayoría. La disminución de la natalidad en Europa hace necesaria la mano de obra barata. Necesitamos que alguien cotice nuestras pensiones del futuro. Se inicia, probablemente, una de las grandes migraciones de la historia. Otras ha habido, recordemos, en las que miles de europeos hubieron de dejar nuestro continente impelidos por el hambre y la necesidad de trabajo buscando cobijo en América. Europa tiene una ocasión única de redimir su historia. En nuestras manos está el integrar a los emigrantes en nuestra sociedad, evitar su explotación y dotarlos de los mismos derechos que nuestros obreros. En nuestras manos está hacer posible que sus hijos nacidos en Europa, valioso fruto del nuevo mestizaje cultural, nazcan ya en igualdad de condiciones y con las mismas oportunidades que los futuros europeos.

Una mirada de esperanza

Muchas veces me he preguntado que es lo que tiene África para ejercer semejante atracción sobre muchos de nosotros. Muchas veces he pensado en qué consiste esa tela de araña africana que atrapa con fuerza a los que hemos nacido en occidente.

¿Es quizá que en estas tierras se percibe una ausencia completa de estrés? ¿Se trata quizá de que la pobreza africana relativiza nuestros europeos problemas? ¿Se trata de su paisaje, cambiante y primitivo?, ¿Quizá es su música rítmica y monótona? ¿Su clima violento y extremo...? Puede ser, pero sin duda el mayor encanto de África reside en sus gentes.

Para muchos occidentales resulta fascinante la profunda relación del africano con la tierra de la que obtiene el alimento. En ocasiones nos resulta incomprensible su concepto del tiempo. Su capacidad para esperar durante horas y horas, sentados sobre los tobillos con las piernas flexionadas, a que llegue su turno para ser atendidos, a que pase el autobús, a que pase la vida. Que puedan andar durante horas y horas hasta conseguir un trozo de leña con el que regresar a casa. Que una misa pueda durar 10 horas, que un café pueda emplear cinco...

Pasan los días, las horas marcada por el trayecto del sol, los meses y las estaciones y parece que el africano «contempla» el paso del tiempo. Uno tiene la sensación de que la vida tiene para ellos una importancia relativa, la muerte es omnipresente, y hay una aceptación resignada del destino o del más allá.

Cuando uno lee sobre África y sus gentes se percata de la importancia real de una cultura que se enfrenta radicalmente al materialismo occidental, el «yo competitivo» frente al «nosotros solidario», que constituye sin duda la última frontera, el último vestigio, de las culturas tradicionales de la humanidad.

Ello nos recuerda que los actuales desastres de África no existieron siempre. Que la enfermedad africana surgió de su contacto con occidente y que previamente el continente vivió siglos de historia y fue testigo de grandes civilizaciones como la egipcia y la aksumita. No olvidemos que fue en África donde nació la humanidad...

Nadie sabe qué es lo que hay en el horizonte africano. Es posible que el continente este irremisiblemente condenado al caos y a la aniquilación. Es posible que en el próximo milenio el África subsahariana

viva una despoblación masiva a causa del hambre, el SIDA, la guerra, la emigración y la degradación ambiental. Que la cultura africana sea finalmente absorbida por occidente y desaparezca definitivamente.

Pero queda un margen de esperanza. Occidente debe dejar de mirar a África con la mirada paternalista, o explotadora de antaño. África está llena de personas muy capaces, personas honradas que aman su tierra y trabajan por ella. Una pequeña parte de la sociedad civil africana esta formando una nueva clase de profesionales, escritores, artistas, políticos etc. extraordinariamente capaces que en general conocen las ventajas e inconvenientes de occidente y, además, conocen perfectamente a su pueblo. Son personas como el delegado de Sanidad del Tigré, médico, excelente cirujano formado en Inglaterra, que ahora, de nuevo en su país, dirige desde un barracón con el suelo de tierra la ingente labor de crear una infraestructura sanitaria en la zona. Gente como el mismo Dr. Fitsum dedicada a mejorar las condiciones de vida de su pueblo. Las relaciones no deben ya pasar de gobierno a gobierno. Son las cooperativas, los ayuntamientos, las ONG locales las que mejor conocen el problema, las que captan las necesidades y posibles soluciones. De la relación entre las ONG occidentales, vehiculizando las inmensas ganas de ayudar de la sociedad civil occidental, hacia las organizaciones locales —la llamada contraparte local— debe nacer una fructífera colaboración que ponga remedio a los males de África.

Se trata de invertir en pequeños proyectos, sin gastos de infraestructura, que tengan fines concretos y ajustados a las necesidades de las gentes, gestionados y vehiculizados a través de los mismos africanos. Programas que ayuden directamente a la agricultura, a la sanidad y sobre todo a la enseñanza. La formación parece hoy, mas que nunca, la clave que resolverá los problemas de África. La formación, especialmente de la mujer, mejorará la sanidad y la higiene colectivas, controlará la natalidad, desarrollará la agricultura y la economía doméstica de los africanos. El acceso de la mujer a la enseñanza retrasará la edad en la que las mujeres acceden al matrimonio y a la procreación. La formación profesional dotará las tierras africanas de obreros cualificados, mecánicos, herreros, carpinteros, administrativos, sanitarios... capaces de instalar pequeños negocios e impulsar desde la base el crecimiento económico. El sorprendente éxito que ha alcanzado en las sociedades del Tercer Mundo la concesión de los microcréditos, (los llamados en África tontines, bancos informales formados por cooperativas locales que reúnen dinero para prestarlo alternativamente a sus socios y permitirles así iniciar negocios familiares, pequeños proyectos, etc.) es un ejemplo de las posibilidades de asociación y desarrollo que pueden al-

canzar muchas sociedades, especialmente si se implica a la mujer en los proyectos.

Sin duda, el fin último de las organizaciones como la nuestra es el buscar, localizar y encontrar aquellos focos activos de la sociedad africana y servir a sus intereses canalizando, y por supuesto también controlando, la ayuda occidental. Para evitar el riesgo de que los movimientos de ayuda se conviertan en una nueva forma de colonialismo, es necesario que sean los propios africanos los que se impliquen en los proyectos sin abandonar la exportación de los valores occidentales irrenunciables como la defensa de los derechos humanos, la protección de la infancia, la igualdad de la mujer...

Pero que nadie dude que el auténtico trabajo de las ONG es el que éstas realizan en Occidente. Estas organizaciones son hoy responsables de hacer llegar a Occidente las inquietudes, la cultura, la realidad de la sociedad africana. De captar esa mirada etíope y hacer concreto un problema que es abstracto para la sociedad occidental. De poner nombres y apellidos a lo que está pasando en el Tercer Mundo. En este contexto se inscribe la realización de este libro. Porque de un mejor conocimiento de lo que ocurría en aquel momento en el continente africano, surgieron los movimientos sociales que recorrieron Europa y consiguieron liberar a África de la esclavitud y del colonialismo.

Porque la misión más importante de las ONG, el fin último será siempre el de crear una corriente de opinión en occidente que obligue a sus gobernantes a tomar medidas para lograr un comercio justo, la condonación de la deuda externa... Que promulguen leyes encaminadas a evitar la explotación infantil, el tráfico de armas, la fabricación de minas, la degradación del medio ambiente... Leyes que controlen a las multinacionales, que persigan finalmente en occidente a todos aquellos que explotan y delinquen en el Tercer Mundo.

Porque a las puertas del nuevo milenio, dejando atrás un siglo en el que los africanos han sido víctimas de la esclavitud, el colonialismo, la explotación comercial, la corrupción, la progresiva desertización, la guerra y las catástrofes naturales, sólo la aparición de un sinfín de organizaciones no gubernamentales alimentadas por las conciencias de la gente corriente de las calles de Occidente, volcadas en campañas como la del 0,7 por cien o llenando una y otra vez, incansables, las cuentas corrientes destinadas a los damnificados, permite albergar esperanzas de que África conseguirá algún día vivir con libertad, paz y dignidad.

Epílogo: Diez años más tarde

El avión describió un amplio círculo sobrevolando el antiguo aeropuerto de Makellé, ahora convertido en una base militar, y enfiló la pista perfectamente asfaltada del moderno aeropuerto.

Makellé había crecido mucho en los últimos años y, desde el cielo, parecía una gran ciudad. El sol del mediodía se reflejaba sobre los techos de chapa de las casas perfectamente alineadas sobre las calles rectilíneas, dándoles la apariencia de una urbanización residencial.

¿Cómo encontraría este año las cosas por ahí abajo? —me pregunté—. Era mi noveno viaje y cada año aterrizar en Makelle suponía encontrar nuevos cambios. Recordé el año en que aparecieron por primera vez las bolsas de plástico. Hasta entonces, si comprabas algo en el mercado te lo envolvían en un cucurucho de papel de diario. Pero un buen año, unas delgadísimas bolsas de plástico hicieron su aparición y a partir de ese momento se volvieron omnipresentes. En ellas los enfermos traían su comida, guardaban sus pertenencias y transportaban cualquier objeto. Restos de las consabidas bolsas, infinitamente reutilizadas, acababan finalmente arrastradas por el viento en los recovecos de las calles o en la boca de alguna cabra hambrienta sin nada mejor que llevarse a la boca.

Otro año, ocurrió bruscamente como por arte de magia, los techos de Makellé se cubrieron de antenas parabólicas: la globalización había llegado hasta allí. De pronto, todo el mundo parecía saber donde estaba Barcelona y, por descontado, cualquier chaval de la calle era capaz de recitar sin pestañear los nombres de toda la plantilla de jugadores del Barça. Las calles se poblaron de chiringuitos de Internet en donde un público siempre joven y vestido a lo occidental, bebía Coca-Cola mientras aporreaba frenéticamente los teclados. También podían verse los primeros rótulos luminosos y algunas tiendas de electrodomésticos con escaparates iluminados, frente a los que se amontonaba asombrada la gente, como hipnotizada por las luces parpadeantes de los televisores.

¿Pero había cambiado todo aquello la vida de los tigiñas? Aeropuerto nuevo, algunas carreteras, 2 o 3 hoteles, teléfonos móviles, parabólicas y algunos coches no parecían haber cambiado sustancialmente la vida de nuestros pacientes, que continuaban llegando ciegos, harapientos y con cara de hambre, hasta la puerta de nuestra clínica. Más bien, por el contrario, parecía haberse creado un abismo entre aquellas pobres gentes que continuaban en la miseria y sus afortunados compatriotas globalizados.

Cuando finalmente el avión se detuvo frente a la terminal del nuevo aeropuerto, Sister Margaret nos estaba esperando con su sonrisa de siempre entre irónica y cómplice. Parecía que para ella no pasaba el tiempo. Le acompañaba el Dr. Fitsum, que era ahora un personaje en la localidad, vestido con traje y corbata, tenía una consulta privada y había ganado peeso a razón de un kilo por año desde la primera vez que le vi.

Cargamos rápidamente el equipaje, subimos todos en su viejo coche y la sister tomó el camino en dirección a Makellé haciendo sonar continuamente el claxon del coche, mientras explicaba que en los últimos meses, con mucha frecuencia, se producían atropellos de niños sorprendidos por la inesperada velocidad que alcanzaban los vehículos circulando por la calzada recién pavimentada. Efectivamente, la antaño polvorienta carretera se había convertido en una especie de moderna autovía por la que, sin embargo, continuaban circulando autobuses repletos, mujeres cargando pesados fardos sobre sus cabezas, burros, camellos y niños en completo desorden.

Poco después de salir del aeropuerto, cuando ya llegábamos al arrabal de Quiha, la Sister se salió de la carretera y enfiló un camino secundario. Unos metros más allá, en un amplio terreno, un nutrido grupo de obreros con picos y palas acarreaban piedras y removían la tierra. Estaban construyendo el nuevo edificio de la escuela de enfermeros especializados en oftalmología (OMAS).

Proyecto Visión había continuado enviando expediciones a la zona de forma constante y periódica. Numerosos médicos y enfermeras se habían unido a la asociación durante estos años y habían viajado al Tigray formando parte de expediciones cada vez más frecuentes que habían mantenido una intensa actividad asistencial en la clínica de la Sister. En ausencia de gastos de transporte y gracias a los voluntarios que atendían altruistamente la oficina de Barcelona, Proyecto Visión había volcado todos sus recursos en incrementar la actividad asistencial y sobretodo en la escuela de OMAS.

Cuatro promociones de profesionales habían salido ya de las aulas de la escuela. Mitad hombres, mitad mujeres. Mitad del Tigray, mitad del resto de Etiopía, 38 graduados se encontraban ya ejerciendo. Algunos de ellos se encontraban trabajando en el hospital de Fitsum. Barhano, con su título recién estrenado, lo hacía en la clínica de la Sister, otros 10 se encontraban destinados a zonas rurales del Tigray donde atendían las necesidades básicas de la población y remitían a la capital los casos más graves. Negisti, la muchacha que nos había ayudado en las primeras cirugías que realizamos en la clínica, ya casada y madre de dos niños, se había graduado durante estos años en la escuela de enfermeras de Makelle y se encontraba ahora estudiando en nuestra escuela junto con Hanna una monja recién llegada destinada a tomar el relevo de la Sister cuando ésta tirara la toalla, algo que parecía estar aún lejos.

El gobierno local, convencido por la seriedad y la constancia de Proyecto Visión, nos había cedido un amplio terreno en donde habíamos empezado a construir el nuevo edificio que debía albergar la nueva escuela, sustituyendo los precarios barracones en donde hasta ahora habíamos alojado a nuestros alumnos. La prisa de la Sister por acudir a aquel lugar tenía una explicación. Nosotros éramos los primeros miembros de Proyecto Visión que podíamos contemplar, por fin, las paredes de lo que sería en poco tiempo un moderno edificio, dotado de todo lo necesario, donde jóvenes etiopes podrían aprender a curar las enfermedades de los ojos.

Apenas dos horas más tarde nos encontrábamos ya en la clínica operando a los primeros pacientes. El tiempo justo para dejar los equipajes en nuestras habitaciones, tomar un té con galletas mientras recibíamos la calurosa bienvenida de las monjas en el comedor del convento. Nada que ver con las dificultades de las primeras expediciones. Barhano, avisado por la Sister de nuestra llegada, había recorrido los centros rurales en donde trabajaban los OMAS ya graduados, quienes tenían diagnosticados y localizados a los pacientes con cataratas, y había dado instrucciones para que se desplazaran a Makellé en las fechas previstas. Ya no había que visitar a multitud de pacientes con toda clase de enfermedades para localizar unos pocos con cataratas a los que operar, allí teníamos a nuestros enfermos perfectamente diagnosticados, preparados para la cirugía e incluso ya anestesiados, para poder empezar a operar apenas dos horas después de nuestra llegada.

Tampoco era necesario perder tiempo en controlar a los operados. Cada mañana, cuando llegábamos a la clínica, Barhano y los demás colaboradores, bajo la mirada siempre atenta de la Sister, habían hecho la primera cura a los pacientes intervenidos y sólo era necesario visitar a

los que presentaban alguna complicación destacable. Disponíamos ahora de dos quirófanos, sencillos pero completamente equipados, en los que podíamos operar simultáneamente. Incluso en los casos en los que fallaba la corriente eléctrica, podíamos continuar normalmente la cirugía gracias a los servicios de un potente generador.

En Wukro, sin embargo, casi nada parecía haber cambiado. La ciudad había crecido formándose nuevos barrios de chabolas de piedra y lata a lo largo de la carretera, conservando, eso sí, esa cuadrícula perfecta de calles polvorientas, casi obsesiva, de las ciudades y pueblos etíopes. A diferencia de Makellé, allí no habían aparecido edificios modernos, calles asfaltadas ni tiendas de electrodomésticos con escaparates luminosos. Como diez años antes las calles se encontraban ocupadas por cientos de niños harapientos y descalzos pero sonrientes que corrían felices tras el coche.

—¿Que habrá sido de aquellos niños que, como estos, ocupaban las mismas calles diez años antes? ¿qué habra sido de Gergist? —me pregunté cuando enfilamos la calle principal en dirección a la casa de Ángel dispuestos a pasar allí el fin de semana.

Habíamos partido tarde de Makellé, después de curar a los pacientes operados y visitar algunos rezagados, y llegábamos a Wukro a la hora del almuerzo. Ángel no estaba en la casa y comimos junto con sus compañeros (en los conventos los horarios de las comidas se respetan escrupulosamente). Durante la comida, nos explicaron que Ángel estaba últimamente muy ocupado atendiendo a los huérfanos. Había en la ciudad, por lo visto, muchas mujeres enfermas de SIDA con un gran número de hijos a su cargo. Cuando una de estas mujeres fallecía, Ángel se hacía cargo de los niños. Nombraba al mayor responsable de la familia y le daba algún dinero para comprar alimentos y pagar el alquiler de la casa, con la condición de que todos fueran a la escuela. Así los hermanos permanecían juntos y tenían alguna posibilidad de sobrevivir. El problema radicaba en que en los últimos años el número de niños a los que atendía se había incrementado enormemente y en ese momento ¡1240! niños de Wukro, que de otra forma habrían muerto, sobrevivían gracias a la iniciativa de Ángel, que sin embargo se encontraba desbordado por la magnitud de la situación.

Un par de horas más tarde llegó Ángel en compañía de Belén, una pediatra del país vasco, como él, que se encontraba pasando 2 meses en

Wukro para ayudarlo a poner un poco de orden en el asunto de los huérfanos. Ambos venían del hospital de donde les habían llamado para atender a unos niños. Belén venía visiblemente afectada. Me contó que cuando llegaron al hospital se encontraron dos niños de 3 y 5 años completamente abandonados sobre unos cartones en una esquina de la habitación en la que su madre había fallecido 2 días antes, después de una larga estancia en el hospital. Mientras duró la enfermedad de su madre ambos niños habían sobrevivido a duras penas con restos de comida que les daban otros enfermos y el personal del hospital. Ahora, una vez muerta la madre, alguien se había percatado de la situación de las dos criaturas y había llamado a Ángel para que, como siempre, se hiciera cargo de la situación. Belén y Ángel habían tomado consigo a los dos niños, desnutridos y sucios, con las ropas impregnadas de sus propios excrementos acumulados durante días y sin fuerzas siquiera para llorar. Demasiado pequeños y sin hogar, requisitos indispensables para acogerse al programa de Ángel, llevaron finalmente a los niños al convento de las hermanas de la Madre Teresa de Calcuta, quienes se ocuparían de ellos hasta que alguien quisiera adoptarlos.

Una noche, algunas semanas más tarde, regresaba de nuevo a Barcelona, el lugar donde había nacido y en el que me había criado. El lugar al que sin duda pertenecía. Mientras el avión sobrevolaba el frente marítimo y contemplaba la gran ciudad llena de millones de puntos luminosos, recordé la intensa sensación, incluso física, que me había producido llegar a aquella ciudad, diez años antes, de vuelta de mi primer viaje a Etiopía.

Tras una larga temporada en el Tigray, la llegada entonces a Barcelona fue también un choque formidable. Ruido, mucho ruido, colores brillantes, todo nuevo y, sobretodo, derroche de luces y movimiento: derroche de energía. Parecía que la ciudad bien alimentada derrochaba actividad. Todo estaba en movimiento, los coches circulaban, la gente se desplazaba continuamente, los ascensores no paraban, un metro seguía a otro. Tuve la sensación, después de algún tiempo en Etiopía, de que todo el mundo andaba frenéticamente buscando algo sin saber exactamente que. Me pareció que aquella ciudad a la que regresaba, aséptica e inodora, poco tenía que ver con los pueblos del Tigray, en donde solo los niños parecen tener energía, en donde el tiempo y la energía parecen tener otra dimensión, donde dos personas pueden encontrarse en la calle y en lugar de un simple saludo con la mano, pueden perder varios minutos en inclinaciones de cabeza y saludos proto-

colarios antes de iniciar la conversación. En donde un trozo de leña es todo el combustible que una familia gasta durante todo un día.

Sin apenas dilación me incorpore a mis tareas habituales. Frecuentemente en mi trabajo me relacionaba con parejas que habían adoptado niños etíopes y me los traían para visitarlos. Aquella tarde, apareció en mi consulta un matrimonio con una preciosa niña de 8 años, de origen etíope, a la que había adoptado hacia un año.

La niña se encontraba perfectamente de salud, pero mientras la enfermera se la llevaba para hacerle algunas pruebas, la pareja me contó la siguiente historia. La niña procedía de un pueblo cercano a Gondar y fue cedida en adopción por su madre moribunda, afecta de SIDA, que no podía cuidar de ella. La pequeña hablaba con frecuencia de su tierra y de su madre, así que, recientemente, habían investigado el origen de la niña y se habían enterado de que la madre, finalmente, había tenido acceso a los modernos retrovirales y se encontraba relativamente recuperada. La niña tenía además dos hermanas mayores, en situación bastante precaria, que habían tenido que dejar los estudios para ponerse a trabajar y cuidar de la madre.

Los padres adoptivos habían conseguido en Barcelona un profesor etíope para que la niña continuara estudiando el Amárico, su lengua vernácula, y tenían pensado pasar las vacaciones en Etiopía para que la niña mantuviera sus raíces, pero no estaban seguros de que un nuevo contacto con su antigua familia fuera positivo para la niña. Por otra parte, les hubiera gustado ayudar a la familia de su hija adoptiva pero no sabían como hacerlo sin que la ayuda pareciera una especie de pago por la niña adoptada. ¿Que haría yo en su caso? —me preguntaron. Y yo, la verdad, no supe que contestarles. La historia me rondó en la cabeza durante el resto del día y cuando por la noche se la expliqué a mi pareja, que también colorea con Proyecto Visión, y le pregunté su opinión, me di cuenta de la complejidad de la cuestión.

De nuevo Norte y Sur unidos, en un mundo global, por historias personales, individuales, que evidencian problemas formidables: la familia de mi familia adoptada pasa hambre. ¿Qué debo hacer?...

En este mundo globalizado, desigual y paradójico, mientras miles de africanos llegan, cuando no mueren, cada año frente a las costas de Andalucía y Canarias, otros africanos llegan a cientos cada año a Cataluña habiendo sido adoptados. El hecho es que miles de niños africanos ven morir a sus madres prematuramente o son cedidos por ellas por ne-

cesidad. Cientos de familias españolas, generosas y solidarias, se embarcan cada año en la aventura de adoptar un niño africano que de otra forma moriría. ¿Pero es acoger a los africanos o adoptar a sus hijos la solución? ¿Es que en lugar de solucionar de una vez por todas los problemas de este continente vamos a despoblarlo desarraigando a miles de personas? La adopción es sin duda un fenómeno positivo, que se ha incrementado enormemente en los últimos diez años, y que no debiera existir. En los países desarrollados apenas hay niños disponibles para ser adoptados. Sin duda cualquier niño tiene derecho a vivir en la tierra que le pertenece y que le ha visto nacer, a que su madre no muera prematuramente de una enfermedad evitable. Cualquier emigrante tiene derecho a trabajar y vivir dignamente en el lugar en el que ha nacido.

Diez años después de mi primer viaje a Etiopía creo sinceramente que la situación en África no ha mejorado. Gracias a la globalización de las comunicaciones África a conocido Occidente y lo ha tomado como referencia, pero Occidente no parece enterarse de que África es algo más que el origen de un gran número de emigrantes. Resulta paradójico que sólo nos acordemos de que existen algunos países africanos, y enviemos allí a nuestros embajadores, para pedirles que frenen la emigración. Emigración y adopción son la consecuencia de desigualdades intolerables. A veces puede parecer que hacemos un favor a los africanos permitiéndoles emigrar o adoptándolos, sin darnos cuenta que ambos fenómenos son indicativos de una situación desesperada de todo un continente, y que emigrados y adoptados constituyen una minoría de supervivientes que pagan su supervivencia con el desarraigo: irse o morir es realmente la alternativa para muchos. Se trata de una catástrofe sin precedentes únicamente paliada por la iniciativa de miles de personas en occidente, que de forma individual mantienen en pie a organizaciones no gubernamentales, que solo pueden actuar parcialmente, mientras que gobiernos y poderes fácticos se inhiben, o son incapaces de encontrar las grandes soluciones políticas y económicas que requiere el problema.

Barcelona, agosto de 2006

Viajar significa cambiar de lugar, de clima, de costumbres... y un viaje es tanto más enriquecedor cuanto más profundo es el cambio que experimenta el viajero. Un libro de viajes es, con frecuencia, una narración de los lugares y de las costumbres que se visitan; pero en este sentido, puede ser también la crónica de los cambios que sufre el viajero a lo largo del trayecto, y no sólo dependen del lugar visitado si no también de la procedencia y de la sensibilidad de quien viaja.

Una mirada etíope narra un viaje al Tigray, una zona semidesértica del norte de Etiopía en donde según las leyendas gobernó la reina de Saba, hasta donde llegó el Arca de la Alianza robada del templo de Jerusalén, cuna de la inmemorial dinastía de los emperadores etíopes y origen de la Iglesia Ortodoxa Etíope, cuyos ritos antiquísimos continúan practicándose en primitivas iglesias excavadas en la roca. De la mano del autor, un médico español que viaja en una expedición organizada por la ONG PROYECTO VISIÓN, recorreremos este remoto país conociendo a sus gentes y descubriendo su concepción de la vida, fruto de su historia, su cultura y su aislamiento del resto del mundo. Pero, además, experimentaremos con el autor un auténtico shock cultural, como consecuencia de la constatación de que, a poca distancia de nuestra vieja Europa, existen lugares donde la lucha por la supervivencia, la lucha contra el hambre, la enfermedad y la muerte, constituyen la realidad diaria para muchos hombres y mujeres.

ISBN 84-89644-56-X

PVP 15,00 €



9 788489 644564


Ediciones
FLOR DEL VIENTO